

ERLE STANLEY  
GARDNER



# PERRY MASON



EL CASO DE  
LAS GARRAS  
DE TERCIOPELO



Una mujer glamorosa pero indiscreta confía en el abogado criminalista Perry Mason para la tarea de desenredar una red de chantaje.



Erle Stanley Gardner

# **El caso de las garras de terciopelo**

**Perry Mason - 01**

ePub r1.1

Titivillus 10.12.2017

Título original: *The case of the velvet claws*

Erle Stanley Gardner, 1933

Traducción: Zoe Godoy

Ilustración: Noiquet

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



## Guía del lector

*En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.*

**ATWOOD (Arturo):** Abogado de Carlos Griffin.

**BELTER (Eva):** Amiga del anterior y esposa de,

**C. BELTER (Jorge):** Propietario del «Spicy Bits».

**HARRISON BURKE:** Político y financiero.

**CRANDELL:** Reportero del «Spicy Bits».

**DAGETT:** Cajero de un Banco local.

**DIGLEY:** Mayordomo de Belter.

**DRAKE (Pablo):** Experto detective al servicio de Mason.

**DRUMM (Sidney):** Detective oficial.

**GRIFFIN (Carlos):** Sobrino de Jorge Belter.

**HOFFMAN (Bill):** Sargento de la sección de homicidios.

**LINTEN (Esther):** Amiga de Locke.

**LOCKE (Frank):** Director del «Spicy Bits».

**LORING (Harry):** Esposo de Norma.

**MASON (Perry):** Célebre abogado, protagonista de esta novela.

**MITCHELL (Pedro):** Íntimo amigo de Burke.

**STEIMBURG (Sol):** Judío y dueño de una casa de préstamos.

**STREET (Della):** Gentil secretaria de Mason.

**VEITCH (Mistress):** Ama de llaves de los Belter.

**VEITCH (Norma):** Hija de la anterior.

## Capítulo I

Un sol de otoño daba de lleno en los cristales de la ventana, sin atreverse a penetrar más allá.

Mason estaba sentado ante la gran mesa escritorio. Su actitud era la de quien aguardaba una visita; su rostro inmóvil, el del jugador de ajedrez en el acto de estudiar el tablero. Mas aquel rostro, a excepción de los ojos, rara vez variaba de expresión; producía la impresión de que su dueño era un pensador y, al propio tiempo, el hombre que aguardaba, con paciencia infinita, una posición desfavorable del adversario, y entonces, ¡zas!, acaba con él de un puñetazo certero y formidable.

En las paredes de la habitación se alineaban estanterías repletas de libros con lomo de cuero. En un rincón, había una enorme caja de caudales, aquí y allá, sillas, y detrás de la mesa, el sillón que ocupaba Mason. La atmósfera del despacho parecía saturada de la franca actividad que emanaba de su persona.

Della Street, su secretaria, penetró en el despacho, cerrando tras sí la puerta y le anunció:

—Ahí fuera está una señora que desea verle. Dice que se llama mistress Eva Griffin.

Mason la miró a los ojos.

—Pero usted no lo cree, ¿eh? —observó.

Della movió la cabeza.

—No sé; me parece sospechosa —replicó—. He buscado su nombre y apellido en el listín de teléfonos, luego en la Guía de forasteros, y ni en uno ni otra lo encuentro. Lo propio me sucede con la dirección.

—¿Cuál es la que da?

—Grove Street, la anotó en un pedacito de papel.

—Quiero ver a esa señora —dijo a su secretaria.

—Bien —respondió Della Street—. Sólo deseaba prevenirle.

Della Street era una esbelta muchacha, de unos veintisiete años, cuya mirada firme penetraba la superficie de las cosas. Ya en el umbral de la pieza se volvió a mirar a Mason con tranquila insistencia.

—Antes de trabajar para esa desconocida —observó—, averigüe usted quién es en realidad.

—¿Me lo pide usted?

—Se lo ruego —replicó Della sonriendo.

Mason bajó la cabeza. Su rostro continuaba siendo inescrutable, más sus ojos habían asumido una expresión cautelosa y dispuesta.

—Bien está. Mándela usted y... ya veremos —dijo.

Della Street cerró la puerta al salir, sin quitar empero la mano del pomo; al poco rato giró éste y una mujer penetró en el despacho con aire de tranquila seguridad.

Representaba treinta, veintinueve años, quizás; era distinguida, y a juzgar por su actitud, parecía acostumbrada a agradar. Antes de posar los ojos en el hombre sentado tras de la mesa paseó en torno una escrutadora mirada.

—¡Adelante! —le animó Mason—. Siéntese usted...

Entonces ella le miró con leve expresión de enojo en el semblante. Había esperado que él la acogiera con la deferencia debida a su sexo y posición.

De momento, pareció decidirse por hacer caso omiso de la invitación. Luego se acercó a la silla que había junto a la mesa, frente a Mason, y miró al hombre.

—¿Y bien? —inquirió él.

—¿Es usted míster Mason, procurador de los tribunales?

—Sí, señora.

Las celestes pupilas cesaron en su examen furtivo y se dilataron. Ellas daban un aire de candor externo al rostro de la desconocida.

—Pues verá usted —comenzó a decir—, estoy en un aprieto...

Perry Mason respondió a la declaración con un gesto de indiferencia. ¡Aquel principio era tan rutinario y se hallaba tan acostumbrado a oírlo!... Mas en vista de que mistress Griffin se había interrumpido, replicó:

—Las personas que vienen a verme, están todas en el mismo caso.

—¡Bonita manera de ayudarme a exponer mi apuro! —dijo la dama bruscamente—. En su mayoría, los procuradores que he consultado...

Y guardó súbito silencio.

Perry Mason le dedicó una sonrisa. Púsose lentamente en pie, colocó ambas manos sobre la mesa, descansó sobre ella el peso de su cuerpo y en esta posición dijo:

—Sí, ya comprendo. En su mayoría los procuradores que ha consultado poseen lujosísimos despachos de los que entra y sale sin cesar una nube de pasantes. Usted les ha dado grandes sumas por consejos de poco valor y ellos la han acogido inclinándose hasta el suelo y andando hacia atrás... cobrando por ello buenos anticipos. Pero cuando se halla usted en un verdadero apuro, como el de hoy no se atreve a consultarles.

La dama contrajo las pupilas. Ella y Mason se miraron un segundo y después la mujer bajó los ojos.

Entonces Mason, sin alzar la voz, pero cada vez con mayor energía y fuerza de expresión, continuó diciendo:

—Pues bien: yo soy diferente. Ejercicio una profesión, porque luché por ejercerla y porque sigo luchando en beneficio de mis clientes. Pero jamás he abierto un testamento ni sabría entablar, substanciar y decidir un juicio hipotecario. Tampoco me han pedido que organice una asociación y apenas si he firmado doce contratos en toda mi vida. La gente no viene a consultarme a causa del color de mis ojos, o porque les agrada cómo tengo amueblado el despacho o porque me hayan conocido en un club. Vienen porque necesitan de mis servicios y porque saben lo que puedo hacer.

Ella le miró.

—Y, ¿qué hará usted, míster Mason? —inquirió.

Como una bala salió de su boca el infinitivo.

—¡Luchar!

Mistress Griffin asintió con una brusca inclinación de cabeza.

—Pues esto es precisamente lo que deseo que haga en mi obsequio —replicó.

Sentóse él de nuevo en el sillón y encendió un cigarrillo. Se había aclarado la atmósfera, como si la personalidad de aquellos dos seres hubiera creado una borrasca y ésta se apaciguara de pronto.

—Bueno. Hemos derrochado el tiempo en preliminares. Volvamos a la realidad. Sobre todo, quién es usted y cómo se le ha ocurrido venir a verme. Quizá le sea más fácil empezar por ahí. ¿No le parece?

Ella dijo rápidamente, como quien trae estudiada una lección:

—Soy casada. Me llamo Eva Griffin y habito en Grosvenor Street, número 2271. Mi caso es de aquellos que no pueden discutirse con los procuradores y abogados que hasta ahora me han representado y por ello acudo a usted, de quien me habló una amiga, cuyo nombre no puedo mencionar. Por ella sé que es usted más que procurador, que desempeña por sí mismo cualquier misión y asimismo que investiga... cosas. ¿Eso es cierto? —agregó tras de un instante de silencio.

Perry Mason afirmó con un ademán.

—Sí, señora —repuso—. Muchos procuradores alquilan pasantes y detectives para que trabajen por su cuenta y les proporcionen las pruebas que necesitan. Yo no lo hago. Y ¿por qué no?, dirá usted. Es muy fácil de comprender. Porque no confío en que nadie pueda ayudarme a sacar adelante los casos que se me confían. No se me confían muchos, verdad es, pero cuando esto sucede se me paga bien, y por lo general doy buen resultado. Cuando tomo un detective a mi servicio es únicamente para que descubra un hecho: un hecho solo.

Mistress Griffin asintió a estas palabras con un vivo y reiterado movimiento de cabeza. Ahora que el hielo estaba roto deseaba, por lo visto, proseguir su historia.

—Los periódicos le habrán enterado ya de lo ocurrido anoche en Beechwood. Así, pues, no le molestaré repitiéndolo. Únicamente deseo recordarle que había varios huéspedes en el comedor de la casa y otros tantos en los reservados. Un hombre trató de... y le pegaron un tiro.

—Sí, lo he leído —dijo Mason.

—Pues bien: yo estaba allí.

El procurador se encogió de hombros.

—¿Sabe usted algo del asesino?

Mistress Griffin bajó los ojos, pero tornó a alzarlos en seguida para mirar a Mason.

—No —respondió sin vacilar.

Él la contempló ceñudo, con las pupilas contraídas. Ella sostuvo su mirada un segundo y luego tornó a bajar la vista al suelo. Mason aguardó como si ella no hubiese respondido a su pregunta.

Pasado un momento, mistress Griffin tornó a alzar la vista y se movió inquieta en la silla.

—Bueno —dijo al fin—; va usted a ser mi procurador y debo decirle la verdad: sí.

Mason hizo un gesto de satisfacción.

—Prosiga —le ordenó.

—Después del suceso tratamos de salir del hotel, pero nos fue imposible. Más adelante supimos que se había llamado a la policía antes del tiroteo; y en el momento preciso en que se inició el alboroto, antes de que pudiéramos escapar, sitió el hotel.

—Habla usted en plural. ¿Quién le acompañaba?

Mistress Griffin estudió la punta de sus zapatos antes de responder con voz queda:

—Harrison Burke.

—¿El mismo que aspira ser elegido por...?

—¡Sí! —se apresuró a decir mistress Griffin, interrumpiéndole.

—Y, ¿qué hacían ustedes allí?

—Cenar y bailar.

—Adelante.

—Volvimos al reservado y permanecimos allí en silencio para que no se advirtiera nuestra presencia, y cuando los agentes de la policía comenzaron a anotar los nombres de todos los presentes, míster Harrison se encontró con un amigo suyo, sargento de policía, y le dio a entender que sería fatal para su carrera que los periódicos dieran la noticia de que se hallaba en Beechwood Inn. Entonces el sargento nos dejó permanecer en el reservado y cuando todo hubo concluido, nos hizo salir por la puerta de servicio.

—¿Le vio alguien?

—Nadie, que yo sepa —repuso mistress Griffin, moviendo de izquierda a derecha la cabeza.

—Perfectamente.

Entonces la desconocida dijo bruscamente mirándole a los ojos:

—¿Conoce usted a Fran Locke?

—¿El director de *Spicy Bits*?

Ella apretó los labios de modo que formaron una firme línea, y

bajó la cabeza asintiendo.

—Y bien, ¿qué tiene que ver con nuestro caso? —inquirió Mason.

—Mucho, pues sabe todo lo ocurrido.

—¿Y usted cree que lo publicará?

Mistress Griffin tornó a asentir en silencio.

Mason sopesó el pisapapeles. Tenía las manos bien formadas, finas y nervudas y no obstante, sus dedos parecían estar dotados de una fuerza poco común. Era indudable que, de ofrecerse ocasión, aquélla podría ejercer una presión aplastante.

—Cómprele usted —insinuó al cabo—. Compre su silencio.

—No puedo. Hágalo usted por mí.

—¿Yo? ¿Y Harrison Burke? Me parece que él es el llamado a...

—¡Oh, no! Quizá pueda explicar satisfactoriamente su presencia en Beechwood Inn con una mujer casada, pero, ¿cómo quiere usted que trate descaradamente de sobornar a un periódico? Tenemos que dejarle al margen de la cuestión. Podría caer en un lazo.

Perry Mason tecleó sobre la mesa.

—Así, ¿desea que tercie yo en el asunto? —inquirió.

—Que lo arregle usted.

—¿Cuánto quiere pagar?

Mistress Griffin dijo precipitadamente, inclinándose hacia él:

—Voy a decirle una cosa; no la olvide, pero no me pregunte cómo he llegado a saberla. No creo que pueda deshacerse de Locke por un precio irrisorio, pues su sueño dorado es comprar el *Spicy Bits*. Usted conoce el periódico. Es un pretexto para el *chantaje* y sus derivados. Pero Frank Locke es un figurón. Escuda a un personaje más elevado: el propietario del periódico. Y ambos se valen, para librarse de un proceso por difamación o de una acusación de *chantaje*, de un buen abogado. Y si las cosas van mal, es Frank Locke quien recibe generalmente los golpes.

Mistress Griffin dejó de hablar y hubo una pausa.

—Estoy aguardando —dijo firmemente Mason.

Ella se mordió los labios, alzó la cabeza y continuó diciendo en tono vivo:

—Ambos han descubierto la presencia de Harrison en Beechwood Inn, pero ignoran quién es la mujer que le acompañaba. De todos modos dirán que él estaba allí, anoche, y exigirán que se le

cite como testigo del crimen. Ahora bien; éste aparece envuelto en el misterio, pues, según parece, alguien hizo caer a la víctima en un lazo para poder despacharla sin dar lugar a preguntas impertinentes y tengo entendido que la policía piensa interrogar a cuantos se hallaban en Beechwood.

—¿A usted también?

Mistress Griffin denegó con un enérgico movimiento de cabeza.

—No. Excepto el sargento de policía, nadie sabe que estuviera allí y no se nos molestará. Además, le di un nombre supuesto.

—En tal caso no comprendo...

—¿De verdad no comprende que si Locke ejerce presión sobre los oficiales de policía nuestro amigo tendrá que interrogar a Harrison? Y entonces no le quedará más remedio que descubrir mi identidad, o de lo contrario empeorará su situación. A propósito: ésta no era equívoca, pues ambos teníamos derecho a estar en Beechwood.

Mason tornó a teclear repetidas veces sobre la mesa de su despacho y después la miró fijamente.

—Perfectamente, pero entendámonos —dijo—. ¿Trata usted de salvar la carrera política de Harrison Burke?

Ella respondió a su mirada con otra muy expresiva.

—No. Salvo mi reputación —replicó.

Mason continuó tecleando unos minutos y al cabo dijo:

—Va a costarle muchísimo dinero.

Ella abrió su bolso.

—Cuento con ello —respondió—, y he venido preparada.

Mason la examinó atentamente mientras ella sacaba el dinero y lo colocaba en montoncitos iguales sobre la mesa escritorio.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una parte de sus honorarios —repuso mistress Griffin—. Cuando sepa lo que va a costarle echar tierra sobre el asunto, póngase en comunicación conmigo.

—¿De qué modo?

—Por ejemplo: poniendo un anuncio en el *Examiner*, que diga, sobre poco más o menos: «E. G. Estoy dispuesto a finalizar el trato, P. M.». Y entonces vendré por aquí.

—Pues, con franqueza, me agrada poco entrar en tratos con unos *chantajistas*. ¿No habría otro medio de arreglar el asunto?

—Dígame usted uno —propuso mistress Griffin.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué sé yo? Pero debe haber uno... o varios.

—Aún puedo decirle otra cosa respecto a Locke —dijo ella de pronto—. Hay algo en su pasado a lo que tiene mucho miedo. No sabría decirle exactamente lo que es. Creo que estuvo preso una vez... o algo por el estilo.

Mason la miró.

—¡Qué bien le conoce usted! —exclamó.

—Pues no le he visto en mi vida —replicó mistress Griffin.

—Entonces, ¿cómo está tan bien enterada de sus hechos?

—Ya le advertí que no me lo preguntase.

Él tornó a su tecleo.

—¿Puedo presentarme a él como representante de Harrison Burke? —inquirió.

—No. No diga que va en nombre de persona determinada. Mejor dicho: no mencione nombre alguno. Pero usted sabe manejarse solo, no es preciso que yo le diga lo que hay que hacer.

—¿Cuándo debo iniciar las gestiones?

—Lo antes posible.

Perry Mason pulsó un timbre, situado a su derecha, sobre la mesa. Pasado un momento se abrió la puerta del despacho y entró Della Street con una libreta en la mano.

Mistress Griffin se recostó en el respaldo de la silla asumiendo un aire distraído, indiferente, como el de quien desea que no se discutan sus asuntos ante un inferior.

—¿Desea usted algo? —preguntó Della a Mason.

Éste alargó el brazo y sacó una carta de uno de los cajones de la mesa.

—Sí, miss Street —repuso—. Deseo añadir algo a esta misiva. ¡Ah! Voy a salir, pues deseo despachar un asunto importante y no sé a qué hora volveré.

Della Street inquirió:

—¿Desea que le llame a un sitio fijado de antemano?

Él meneó la cabeza.

—No. Si es necesario, seré yo quien la llame a usted.

Atrajo hacia sí la carta y apresuradamente trazó unos signos al margen. Della titubeó un instante. Luego dio una vuelta en torno a

la mesa, de modo que pudiera mirar por encima del hombro de su jefe.

Éste escribió «Llame a la agencia de detectives de Drake y pregunte por Pablo Drake. Cuando se ponga al habla dígame que siga a esta mujer en cuanto salga de aquí. De ningún modo debe dejarla sospechar que se la vigila. Adviértale que me importa mucho averiguar quién es».

Secó la nota con una hoja de papel secante y se la entregó a Della.

—Dese prisa. Deseo firmarla antes de salir —observó al propio tiempo.

Ella tomó la carta, adoptando un aire de indiferencia.

—Está bien —dijo, y abandonó el despacho.

Perry Mason se volvió a mistress Griffin.

—Bueno. ¿Cuánto es exactamente lo que puede ofrecer a míster Locke? —inquirió.

—¿Qué le parece? Dígame una cantidad razonable.

—Para mí ninguna lo es —repuso él muy tieso—. Me desagrada ser víctima de un *chantaje*.

—Ya lo sé. Pero usted es hombre de experiencia y por ello le consulto.

—El señor Locke le pedirá lo que crea conveniente —repuso Mason—. Ahora bien: si exigiera demasiado probaré de ponerle obstáculos en el camino. Si, por el contrario, se muestra razonable, despacharé pronto el asunto.

—Por fuerza tendrá que hacerlo pronto.

—Bueno, pero no nos apartemos de la cuestión. ¿Cuánto piensa usted ofrecer?

—Hasta unos... diez mil dólares —aventuró mistress Griffin.

—Harrison Burke se ha metido en la política, pero he oído decir que no es hombre opulento. Forma parte del partido reformista y esto le hace más valioso a los ojos del partido contrario.

—Bien, y ¿qué consecuencia saca de ello?

—La siguiente: para el *Spicy Bits* cinco mil dólares deben ser, en este caso presente, como una gota de agua.

—Bueno. Les ofrezco nueve, quizá diez mil dólares, si me apuran mucho.

—¡Oh, la apurarán, descuide usted!

Ella se mordió los labios por segunda vez.

—Suponiendo que suceda algo imprevisto, algo que me obligue a entrar en contacto con usted antes de poner el anuncio —preguntó a continuación Perry Mason—, ¿a quién debo dirigirme? ¿Podré escribirle a usted?

Ella hizo un enérgico ademán negativo.

—¡De ningún modo! —replicó—. Sepa usted, de una vez para siempre, que no debe escribirme, ni telefonearme, ni siquiera tratar de descubrir la identidad de mi esposo.

—¿Vive usted con él?

—¡Naturalmente! ¿De lo contrario, de dónde iba yo a sacar el dinero?

Llamaron a la puerta del despacho, y Della asomó la cabeza y hombros por el hueco entreabierto.

—Tengo copiada la carta, míster Mason. Puede usted firmarla si gusta.

Mason se puso en pie y miró de un modo significativo.

—Perfectamente, mistress Griffin. Haré todo lo que pueda.

Ella abandonó a su vez el asiento, dio un paso en dirección a la puerta, se detuvo de pronto, y miró el dinero que había sobre la mesa.

—¿Puede darme un recibo? —insinuó señalándolo.

—Si lo desea...

—Sí, con franqueza. Me gustaría tenerlo.

—Por mi parte no tengo inconveniente en entregárselo, siempre y cuando —añadió en un tono significativo— le agrade llevar en el bolso un documento extendido a nombre de Eva Griffin y firmado por Perry Mason.

Ella frunció el entrecejo.

—No lo haga así —dijo en seguida—. Ponga: el poseedor del presente recibo me ha entregado la cantidad de quinientos dólares como anticipo de mis honorarios.

Mason torció el gesto. Sus manos hábiles recogieron el dinero y llamó con una seña a Della Street.

—¡Eh, Della!, llévase este dinero —dijo—. Luego entregue a mistress Griffin una hoja numerada y en el recibo haga constar que el número de dicha hoja corresponde, en nuestro libro mayor, al de la página en que tenemos asentados los quinientos dólares. Anote

también que dicha cantidad es en concepto de anticipo.

—¿Podría decirme a cuánto ascenderá en total sus honorarios? —preguntó mistress Griffin.

—Serán crecidos, señora —repuso el procurador—. Mas no tema, guardarán relación con mi trabajo... y sus resultados.

Ella bajó la cabeza, titubeó un instante y luego dijo:

—Bien. Por hoy creo que no tengo nada más que decir.

—Mi secretaria le entregará el recibo —advirtió Mason.

Ella sonrió.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —replicó Mason.

Al llegar a la puerta, mistress Griffin se volvió a mirarle y le vio junto a la ventana, de espaldas a ella y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Por aquí, haga el favor —le dijo Della, y cerró la puerta del despacho.

Perry Mason continuó mirando por la ventana, hasta que Della volvió al cabo de cinco minutos.

—Ya se fue —anunció aludiendo naturalmente a la desconocida visitante.

Mason giró vivamente sobre sus talones.

—¿Por qué le parece sospechosa? —preguntó.

Della le miró fijamente a los ojos.

—No lo sé —replicó lentamente—; mas presiento que va a ocasionarnos algunos disgustos.

Él encogió los anchos hombros.

—Para mí vale los quinientos dólares del anticipo... y otros quinientos a modo de honorarios, para cuando tenga su caso resuelto —observó.

La muchacha dijo con cierta emoción:

—Pues es sospechosa... y complicada; una arpía muy bien mantenida, que traicionaría a cualquiera por satisfacer su egoísmo.

Perry Mason la miró reflexivamente.

—Verá: no piense hallar lealtad en una mujer casada que paga anticipos de quinientos dólares —observó al cabo—. Considerémosla solamente como cliente.

—No es eso lo que quiero decir —replicó Della—. Quiero decir que tiene un aire falso; que le oculta algo... que debe usted saber.

Le envía a ciegas a la lucha, cuando podría hacer mucho por usted con un poco de franqueza.

Perry Mason hizo un gesto desdeñoso.

—¡Bah! ¿Para qué facilitarme las cosas cuando sólo me paga el tiempo que voy a invertir en mi cometido?

Della Street observó pausadamente:

—¿Está usted seguro de que sólo se trata de su tiempo?

—¿Por qué no?

—No sabría explicárselo. Sin embargo, esa mujer es peligrosa. Le meterá en un embrollo y luego le dejará salir de él como pueda.

La faz de Mason no varió de expresión, pero sus ojos despidieron un acerado fulgor.

—Ésa es una eventualidad con la que hay que contar —replicó—. Yo no debo esperar lealtad de mis clientes. ¿Me pagan? Pues es bastante.

Ella le contempló con aire tierno y pensativo.

—En cambio, usted es leal con ellos... aunque sean malos.

—Es mi deber.

—¿Profesional?

—No; para conmigo mismo. Soy un luchador a quien pagan los clientes para que defienda sus intereses. Algunos son poco rectos (precisamente por ello necesitan que yo les sirva) y se han metido en conflictos de los cuales debo yo sacarles. Yo soy honrado en mis tratos con ellos, pero no debo esperar que ellos lo sean conmigo.

—¡Pero eso no es justo! —exclamó indignada Della.

—Claro que no —replicó Mason riendo—. El negocio es el negocio.

La muchacha se encogió de hombros.

—Ya le he dicho al detective que usted desea que se la vigile —dijo de pronto recordando su encargo—, y me contestó que estaría aquí para cuando ella saliera.

—¿Habló usted con el propio Drake?

—Naturalmente. De otro modo no le hubiera dicho a usted que todo iba bien.

—Perfectamente. Reserve trescientos dólares para ingresar en el Banco a mi nombre y deme los doscientos restantes. Tengo que descubrir la verdadera identidad de míster Griffin y entonces habremos conseguido un buen triunfo.

Della Street salió del despacho, regresando al poco rato con los doscientos dólares, que entregó seguidamente a Perry Mason.

Él le dedicó una sonrisa.

—Es usted una buen chica, Della —dijo—, a pesar de sus raras ideas acerca de las mujeres.

Ella dio media vuelta y se encaró con él.

—¡La odio! —exclamó—. ¡Odio hasta la tierra que pisa! Pero ahora no se trata de eso, sino de algo más importante: de una corazonada.

Mason metió ambas manos en el bolsillo del pantalón y se plantó delante de ella, con los pies separados, como para guardar mejor el equilibrio.

—Veamos, ¿por qué aborrece a mistress Griffin? —inquirió con acento tolerante y divertido a la par.

—¡Odio todo lo que ella representa! —dijo Della—. Yo tengo que trabajar para poseer lo poco que tengo. Jamás ansié una cosa que no me costara trabajo adquirirla. Y a veces he trabajado días y más días sin que nada compensara mi trabajo. Esa mujer, en cambio, jamás ha trabajado. Es más: nunca da nada en compensación de lo que recibe. Ni siquiera su persona.

Perry Mason frunció pensativo los labios.

—¿Así, le bastó mirarla para indignarse tanto? ¿Es que no le agrada cómo viste mistress Griffin?

—Sí, me agrada, aunque lleva encima una millonada. Su vestido le ha costado a alguien muchísimo dinero..., pues creo que no ha sido ella quien lo ha pagado. Va *demasiado* bien vestida, *demasiado* bien arreglada, y su rostro es *demasiado* infantil. ¿Ha reparado en cómo abre los ojos cuando quiere impresionar? Ha ensayado ese gesto más de una vez delante del espejo.

Mason la miró con ojos súbitamente profundos y enigmáticos.

—Si todos los clientes tuvieran su lealtad, Della —observó luego—, no existirían los negocios. Téngalo presente y tome a la gente como es. Usted es distinta, ya lo sé. Su familia era rica y perdió su fortuna. Entonces usted se puso a trabajar. No todas las mujeres de su clase hubieran hecho lo mismo.

Della tornó a asumir una expresión triste y pensativa.

—¿Qué hubiera podido hacer, más que trabajar? —observó.

Mason respondió pausadamente.

—Casarse con un hombre rico, irse a divertir con otro a Beechwood Inn, y después..., tener que buscar un abogado que la sacara del enredo.

Ella se volvió a medias para ocultar la expresión de sus ojos resplandecientes de alegría.

—¡Es gracioso! —exclamó—. ¡Yo he comenzado a hablar de sus clientes y usted acaba hablando de mí! —empujó la puerta del despacho y penetró en el gabinete que hacía las veces de secretaría.

Perry Mason se acercó a dicha puerta y estuvo mirando a la muchacha mientras ésta se aproximaba a la mesa, tomaba asiento, y deslizaba una hoja de papel en la máquina de escribir. Todavía estaba allí, inmóvil, cuando se abrió la puerta del piso y un hombre de estatura elevada, hombros caídos y largo cuello penetró en el antedespacho con la cabeza inclinada. Miró a Della Street con ojos vidriosos, saltones, que expresaban constante buen humor, le dedicó una sonrisa, vio a Mason y le dijo a modo de saludo:

—¡Hola, Perry!

—¡Hola, Pablo! Entra y toma asiento —repuso el procurador—. ¿Has averiguado ya algo?

Drake respondió:

—Ahora lo sabrás.

Mason mantuvo la puerta abierta y la cerró en cuanto el detective hubo entrado en el despacho.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió.

Pablo Drake ocupó la silla que había dejado vacante mistress Griffin, colocó cómodamente los pies sobre la que tenía delante y encendió un cigarrillo.

—Esa niña es prudente —observó.

—¿Por qué dices eso? ¿Te ha visto acaso? —preguntó Mason.

—Hombre, no lo creo —repuso Drake—, porque yo estaba junto al cuadro del ascensor desde donde podía verla. Al salir del despacho me metí en el primer ascensor mientras ella se volvió para mirar hacia mí. Quizá pensó que enviarías tras ella a tu secretaria. Y, al llegar a la portería, pareció respirar más a gusto.

»Anduvo hasta la esquina y yo detrás, dejando siempre entre ella y yo algunas personas. Atravesó la calle, entró derecha en un almacén de modas, como quien conoce el camino y se metió en el saloncito de descanso para señoras.

»Me hizo gracia que entrara allí y se me ocurrió que podía ser una estratagema, por lo que busqué a un dependiente y le pregunté si el saloncito tenía alguna otra salida. Me contestó que tenía tres: una que daba al salón de belleza: otra al salón de manicura, y otra al café.

—¿Y cuál eligió la dama para escapar? —preguntó Mason.

—La del salón de belleza, del cual pasó, unos quince segundos antes que yo, al tocador. Me figuro que hizo esto porque sabía que allí no la podía seguir hombre alguno, y así fue. Total: lo único que he podido sacar en limpio es que a la puerta del salón de belleza la esperaba un coche, era un «Lincoln». ¿Te puede ser de utilidad este detalle?

—Hombre, no —dijo Mason.

—Ya me lo figuraba —repuso Drake, sonriendo.

## Capítulo II

Frank Locke tenía una tez oscura y vestía un traje de cuadros de dos colores. Su piel no mostraba ese tostado propio de quien practica los deportes al aire libre; más bien parecía haber absorbido nicotina en tan gran cantidad, que ella le hubiera coloreado. Sus ojos, de un color castaño claro, como de chocolate con leche, carecían en absoluto de brillo: eran fríos y apagados. Tenía nariz grande y boca débil: cualquier observador casual le hubiera juzgado inofensivo y blando de carácter.

—Bueno. Aquí puede usted hablar sin reservas —dijo a Mason.

Éste meneó la cabeza.

—No —repuso—. Sé que tiene usted repartidos por su despacho toda clase de dictáfonos. Hablaré donde sepa que sólo usted puede oírme.

—¡Ah! Y, ¿adónde iremos? —preguntó Frank Locke.

—A mi despacho, si no tiene usted inconveniente —propuso Mason sin gran entusiasmo.

Locke se echó a reír con risa que crispaba los nervios, tan falta estaba de alegría.

—¡Tiene gracia! —exclamó.

—Póngase el sombrero y venga conmigo. Entre los dos buscaremos un sitio a propósito.

—¿Qué, qué? —inquirió Locke con recelosa mirada.

—Que elegiremos un hotel.

—¿Lo elegiremos o lo tiene escogido de antemano?

—No. Tomemos un taxi, digamos al chófer que dé unas vueltas y elijiremos al azar. Vamos —agregó, al ver la actitud del otro—. Si sospecha de mí, le permito que escoja usted mismo el hotel.

Frank Locke titubeó un instante, antes de responder:

—Bueno. Perdone que le deje solo un momento. Voy a ver si

puedo salir ahora y de paso miraré cómo marchan unos artículos que he dado a la imprenta.

—Bien —replicó Mason, sentándose.

Locke saltó del sillón que ocupaba tras de la mesa y abandonó la habitación, dejando la puerta abierta al salir. De las oficinas del periódico salía el tecleo de las máquinas de escribir y un murmullo de voces. Perry Mason fumaba plácidamente. Su semblante había asumido la absorta expresión que le era habitual.

Aguardó unos diez minutos y al cabo de ellos Frank Locke regresó con el sombrero puesto.

—Todo va bien. En marcha —dijo.

Salieron juntos del edificio y tomaron un taxi de alquiler.

—Dé una vuelta por el barrio comercial —dijo Mason al chófer.

Locke dirigió al procurador la mirada inexpresiva de sus ojos apagados.

—¿No podríamos hablar aquí? —insinuó.

—No me gusta hablar a gritos —replicó Mason.

—Pues yo estoy acostumbrado a que hablen de ese modo —observó su interlocutor, sonriendo.

Mason dijo, malhumorado:

—Yo aludía exclusivamente a los negocios.

Locke encendió un cigarrillo, con aire aburrido.

—¿Ah, sí? —dijo en tono indiferente.

El taxi volvió a la izquierda.

—¡Hola! He aquí un hotel —dijo Mason.

Locke hizo una mueca.

—Ya lo veo —dijo—, pero no me gusta, porque usted lo ha elegido y además porque está muy cerca de mi despacho. Quiero ser yo quien lo escoja.

—¡Adelante! —respondió Mason—. Pero no le dé órdenes al chófer; que nos lleve a la ventura, y así podrá usted escoger el hotel al pasar.

Locke soltó una carcajada.

—Nos volvemos prudentes, ¿eh? —observó.

Mason asintió con un gesto.

De pronto su acompañante dio unos golpecitos en el cristal.

—Vamos a apearnos ahí, delante de ese hotel.

El chófer le miró y su semblante expresó sorpresa, pero detuvo

el coche. Mason le entregó una moneda de cincuenta centavos y los dos hombres penetraron en el vestíbulo del hotel, que era de aspecto modesto.

—¿Le conviene el salón? —dijo Locke.

—Me conviene —repuso Mason.

Atravesaron el vestíbulo y tomaron el ascensor. Éste les dejó en el entresuelo. Salieron al departamento de manicura, lo atravesaron, y poco después estaban cómodamente instalados en sendos sillones, teniendo entre ambos una mesita con el cenicero.

—Bueno —dijo Locke—. Usted es el procurador Perry Mason. Viene usted aquí en representación de otra persona y desea decirme no sé qué. Desembuche.

Mason replicó:

—Quiero hablarle de cierta noticia que deseo, a ser posible, que no se publique en el *Spicy Bits*.

—Mucha gente desea lo mismo. ¿Qué noticia es ésa?

—Hombre, primero discutamos los trámites del asunto. ¿Me permite que le haga una proposición... de interés? En una palabra: ¿qué le hable de dinero?

Locke meneó la cabeza.

—De ningún modo —dijo—. En mi periódico no somos chantajistas. Sin embargo, a veces, concedemos determinados favores a nuestros anunciantes.

—Ya.

—Eso es.

—¿Y qué podría anunciar para disfrutar de tal prerrogativa?

Locke se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! —dijo—. No anuncie nada, si no tiene nada que ofrecer. Adquiera el espacio libre; es suficiente.

—Comprendo.

—¡Bien! Pero explíquese usted de una vez.

—Pues verá: anoche se cometió un crimen en Beechwood Inn. Es decir, se dispararon unos tiros, ya que ignoro, en realidad, si se trata o no de un asesinato. Sé únicamente que el muerto trataba allí de hacerse el amo.

Frank Locke miró a Mason.

—¿Y bien...? —inquirió.

—Parece ser que este hecho tiene algo de misterioso —siguió

diciendo el procurador— y que el fiscal del distrito va a hacer una investigación judicial.

Locke observó:

—Al grano, al grano.

—A ello voy.

—¡Bien! Prosiga.

—Bueno, pues tengo entendido que quizá no esté completa la lista de testigos del crimen que obra en poder del fiscal.

Locke le miró fijamente.

—¿A quién representa usted? —preguntó.

—A un posible anunciante de su periódico —repuso Mason.

—Perfectamente. Continúe, que deseo conocer el asunto y llegar pronto al final.

—Lo conoce usted tan bien como yo.

—Más no está bien que lo confiese —repuso Locke—. Mi obligación, en este caso, se reduce a vender los espacios del periódico dedicados a anuncios. Y si desea entrar en tratos conmigo tendrá que alquilar uno. Es mi última palabra.

—Bien, pues; como anunciante efectivo declaro que veré con desagrado que se mezcle el *Spicy Bits* en el asunto de anoche; que deseo que no mencione testigo alguno de crimen, o tiroteo, cuyo nombre y apellidos hayan sido excluidos de la lista dada al fiscal del distrito; que lamentaría muchísimo que cometieran ustedes el error de mencionarla preguntando al propio tiempo por qué ha sido eliminado y asimismo la razón de que no se le haya sometido a un interrogatorio. Y, siempre con el carácter de anunciante, me opongo a que se discuta si dicha persona iba o no acompañada de otra y a que se pretenda averiguar su identidad. ¿Me expreso bastante claro? Pues ahora dígame lo que me va a costar el anuncio.

—Si pretende dictar órdenes al periódico —repuso Locke— le llevará mucho espacio. Lo mejor será hacer un contrato. Yo lo redactaré y convendremos que usted adquiere un espacio durante un período determinado. Y para el caso de que se le antojara romperlo, en el ínterin, le añadiremos una cláusula por la cual se obligará a pagarnos daños y perjuicios.

Perry Mason observó:

—¿Deberé pagar esa indemnización en cuanto rompa el contrato?

—Así es —dijo Locke.

—Y lo mismo puedo romper el contrato apenas esté redactado, ¿verdad?

—No; esto ya no nos agradaría. Le haríamos esperar, para romperlo, un día o dos.

—Y entretanto ustedes no intentarían, naturalmente remover el asunto.

—Claro que no.

Mason sacó la pitillera; sus hábiles y largos dedos pescaron un cigarrillo; lo encendió y dirigió a Locke una mirada fría, hostil.

—Perfectamente. He dicho todo lo que tenía que decir. Ahora, le escucho.

Locke se levantó del sillón y paseó impaciente por el salón. Había adelantado la barbilla y pestañeaba sin cesar.

—Deseo reflexionar un poco antes de darle una respuesta —dijo al cabo.

Mason sacó su reloj del bolsillo del chaleco.

—Conforme —dijo, consultando al propio tiempo la hora—. Le concedo diez minutos.

—¡No, no! Diez minutos es muy poco —protestó el otro.

—No tal.

—Sí tal.

—Le concedo diez minutos —insistió Perry.

—Yo no lo he llamado: usted me ha venido a buscar —observó entonces Locke.

Y Mason replicó:

—No sea bobo y recuerde que represento a un cliente. Tiene usted que hacerme una proposición, yo debo procurar que le sea transmitida, y crea que no es fácil ponerse al habla con él.

Locke alzó las cejas.

—¿Así estamos? —dijo.

—Así estamos.

—En tal caso, procuraré reflexionar en diez minutos. Pero antes tengo que hacer una visita a mi despacho.

—Bien. Aquí le aguardo.

Locke encaminóse en el acto al ascensor y bajó a la planta baja. Mason fue tras él y le vio cruzar el vestíbulo. Locke no se acercó a las casillas del teléfono, sino que, en efecto, abandonó el hotel.

Mason penetró, a su vez, en el ascensor, oprimió el botón, bajó al vestíbulo, se dirigió recto como una bala a la puerta y cruzó la calle. Entró en un portal y allí estuvo aguardando y fumando mientras vigilaba la entrada del hotel que acababa de dejar.

Locke regresó a él al cabo de unos tres o cuatro minutos. Salía de la tienda de un droguero y se dirigía con calma al hotel. Mason tornó a atravesar la calle, entró en el hotel detrás de Locke, a unos pasos de distancia, y le siguió hasta llegar frente a las casillas del teléfono. Entonces entró en una de ellas, dejó la puerta abierta y asomando la cabeza llamó:

—¡Eh, Locke!

El director del *Spicy Bits*, giró alarmado, sobre sus talones, con la rapidez del rayo, y se encaró con Mason. El terror dilataba sus pupilas apagadas.

—He creído que sería conveniente telefonar para ponerme al habla con mi cliente y dar a usted una pronta respuesta, pero el aparato no funciona. Nadie contesta y quisiera recuperar el *níquel*<sup>[1]</sup> que le he echado.

Locke aprobó estas palabras con un ademán. Su mirada aún era recelosa.

—Deje el *níquel* en paz. Nuestro tiempo vale más que una simple moneda —replicó.

Mason le contestó:

—Será el suyo —y tomó el teléfono. Sacudió el aparato dos o tres veces, lanzó una exclamación de disgusto, encogióse de hombros y abandonó la casilla. Los dos hombres volvieron al salón del entresuelo y ocuparon los sillones una vez más.

—¿Y bien? —dijo Mason, iniciando la conversación.

—Pues he estado reflexionando.

—Eso presumo —contestó secamente Mason.

—Y, sin mencionar nombre alguno, creo que la situación que ha creado puede tomar un importantísimo cariz político.

—Pues, también sin mencionar nombre alguno, creo que no lo tomará. ¡Ea, no regateemos como dos charlatanes! ¿Cuánto pide usted por su anuncio?

—Por consiguiente —siguió Locke imperturbable—, en el caso de que sea roto el contrato, su cliente pagará veinte mil dólares por daños y perjuicios.

—¡Usted está loco! —exclamó el procurador.

Locke se encogió de hombros.

—Usted es quien desea adquirir un espacio en nuestro periódico —observó—. A mí me da igual.

Mason se puso en pie de un salto.

—Yo diría, por el contrario, que no desea venderlo —observó. Se dirigió al ascensor y Locke fue tras él.

—Más adelante deseará, quizás, adquirir o alquilar otro espacio en el *Spicy Bits* —insinuó—. Para entonces tenga presente que nuestros precios son elásticos.

—¿Puede bajar? —preguntó Mason.

—¡Ah! —dijo concisamente el primero.

Se detuvo, de pronto, giró sobre sus talones y posó en Locke una fría mirada.

—O subir, en el caso presente —replicó Locke sin disimular la ironía.

—Oiga; sé muy bien a lo que me expongo —dijo—; pero desde ahora le digo que no se saldrán ustedes con la suya.

—No comprendo.

—¡Oh, sí! Me comprende usted perfectamente. Son ustedes unos chantajistas y ya hace tiempo que vienen abusando de la gente; pero, ¡jojo!, desde ahora vean dónde ponen el pie.

Locke recuperó algo de su compostura y se encogió de hombros.

—Ya estoy acostumbrado a que me amenacen en vano —observó.

—Es que ahora *no* es en vano. *No* lo es.

—Ya le oigo. No alce tanto la voz.

—Bien. Ya está usted avisado. Sepa que de ahora en adelante andaré tras de ustedes; quiero ver si les pesco *in fraganti*.

Locke se sonrió.

—Muy bien —replicó—; pero, entretanto, tenga la bondad de pulsar el botón o, por lo menos, de quitarse de delante para que yo lo pulse.

Mason se volvió y puso en marcha el ascensor. Los dos hombres bajaron y en silencio atravesaron el vestíbulo.

Al llegar a la calle, Locke observó sonriente, fijando en Mason sus ojos castaños.

—Bueno, despedámonos... Sin rencor, ¿eh?

Mason le volvió la espalda exclamando:

—¡Váyase al demonio!

## Capítulo III

Perry Mason encendió un cigarrillo en la colilla que aún sostenían sus labios y se retrepó en el asiento. Tenía los ojos brillantes y un aire de paciente concentración endurecía sus facciones. Parecía un atleta acurrucado en un rincón del *ring* mientras aguarda la señal que ha de lanzarle a la pelea. Llevaba una hora fumando cigarrillo tras cigarrillo, mas sólo este hecho insólito descubría la tensión de sus nervios.

Frente a él, al otro lado de la calle, se erguía el edificio en que estaban instaladas las oficinas y Redacción del *Spicy Bits*, objeto de su vigilancia.

Terminaba el último cigarrillo de la caja cuando salió Locke de la Redacción y echó a andar hacia abajo. Sus ojos no se posaban en un objeto determinado, miraban maquinalmente en torno, como por un hábito contraído de antiguo. Su aspecto era el del zorro viejo que ha andado de caza toda la noche y al volver, furtivo, a su madriguera, es sorprendido por los primeros rayos del sol naciente.

Perry tiró el cigarrillo y oprimió con el pie la palanca de marcha. El ligero *coupé* se apartó suavemente de la acera y penetró en la corriente del tráfico.

Al llegar a la esquina, Locke torció a la derecha y tomó un taxi de alquiler. Mason le siguió de cerca, quedándose un tanto rezagado al aclararse la circulación.

Al llegar a una calle desconocida, Locke se apeó, pagó el taxi, penetró en un patio y llamó a una puerta. Ésta se abrió después de haberse descorrido una mirilla y Mason vio saludar, sonriente, a un hombre. Luego sonó un portazo.

Entonces llevó el coche a cierta distancia de la puerta, sacó un paquete de cigarrillos, rompió la envoltura y tornó a fumar con afán.

Tres cuartos de hora permaneció Locke encerrado en la misteriosa vivienda, al cabo de los cuales se lanzó a la calle, no sin echar antes una ojeada en derredor, y volvió la esquina. El alcohol le prestaba una singular vivacidad de movimientos y le hacía echar ligeramente los hombros hacia atrás.

Mason aguardó, inmóvil, en su puesto a que buscara otro taxi y después echó a andar tras él. Locke despidió el coche al llegar frente a un hotel. Entonces Mason detuvo el coche y penetró en el vestíbulo adoptando ciertas precauciones. Locke había desaparecido.

Mason paseó una mirada ligera en torno. El hotel tenía un aire modesto y parecía dedicado al alojamiento de viajeros y corredores de comercio. Poquísimas personas se encontraban en el vestíbulo en aquel momento. A un lado vio una hilera de casillas de teléfono. Junto a ellas, detrás de una mesa, estaba la telefonista.

Husmeó cauta y sigilosamente todos los rincones, y examinó la gente que encontraba al paso. Luego se dirigió al mostrador.

—¿Tendría la bondad de decirme —preguntó al encargado— si se aloja aquí un tal mister Frank Locke?

El hombre tomó el registro y su índice fue recorriendo uno a uno los nombres inscritos en él.

—Aquí hay una Joan Locke —dijo al cabo.

—No; la persona que busco se llama Frank.

—Pues no está aquí. Lamento no poder complacerle —replicó el encargado.

—Bueno, no se preocupe —dijo Mason, y le volvió la espalda.

Atravesó el vestíbulo y fue a estacionarse junto a la puerta del comedor. Había pocas personas comiendo en las mesas, pero Locke no estaba entre ellas. Como había una peluquería para caballeros en el bajo, Mason descendió la escalera y miró a través de los cristales de la mampara.

En efecto: allí, sentado en la tercera silla a partir del ángulo extremo de la peluquería, estaba Locke con el rostro cubierto de toallas calientes. Mason le reconoció por el traje y los zapatos.

Tornó a subir la escalera, y en dos zancadas se plantó junto a la telefonista.

—Oiga: ¿se cuida usted del servicio de todos estos teléfonos? —inquirió.

La telefonista hizo una seña afirmativa.

—Bien. Voy a enseñarle cómo se ganan sin gran trabajo veinte dólares.

Ella se le quedó mirando sorprendida y al cabo dijo:

—¿Se burla usted de mí?

Mason meneó la cabeza negando.

—No, escuche: quiero saber un número, nada más.

—No comprendo.

—Me explicaré. Voy a llamar a un individuo. Probablemente se pondrá furioso, pero vendrá aquí. Ahora está en la peluquería. Después que hable conmigo llamará a un número determinado. Pues bien; deseo saber cuál es.

—Pero, ¿y si no llama desde aquí? —insinuó la telefonista.

—En tal caso, usted habrá hecho lo que ha podido y, por consiguiente, recibirá los veinte dólares —replicó Perry Mason.

—Mi deber me prohíbe acceder a lo que me pide —contestó la muchacha.

Mason se sonrió.

—¡Toma! Por eso le doy los veinte dólares. Por eso y porque escuche la conversación de ese individuo.

—¡Oh, no! ¡Yo no debo escucharle ni menos decir a usted lo que él ha dicho!

—No será necesario. Yo se lo diré. No deseo sino que retenga en su memoria ese número, por estar seguro de que es el que necesito saber.

Ella vaciló y miró furtivamente en torno, como si temiera que, de una ojeada, se pudiera comprender de qué hablaba con Mason.

Éste sacó del bolsillo interior de la americana dos billetes de a diez, los dobló y después los enrolló en silencio.

La muchacha posó los ojos en ellos como hipnotizada.

—Bueno —dijo al fin.

Mason le entregó los dos billetes.

—El individuo de que le hablo se apellida Locke —le explicó rápidamente—. Voy a llamarle dentro de dos minutos. Después Locke llamará a un sujeto cualquiera o a una pandilla y le preguntará si le parece bien que pague cuatrocientos dólares por un informe relativo al nombre de una mujer. Se le responderá que puede hacerlo.

La muchacha aprobó con un pausado movimiento de cabeza.

—¿Recibe usted las llamadas del exterior? —le preguntó Mason.

—No; a menos que pida usted comunicación con la central número trece.

—Bien —dijo al oír la voz de la telefonista—. Voy a llamar a Frank Locke. Hágame venir a la central. Probablemente no lo hará de momento, pero ya mantendré la comunicación. Está en la peluquería, mas no le diga al botones que yo le he dicho nada. Dígale simplemente que el señor Locke se halla en la peluquería.

—Comprendo —respondió la telefonista.

Mason aguardó con el auricular pegado al oído y al cabo de dos minutos tornó a oír la voz de la muchacha.

—El señor Locke dice que me dé usted su número y que él llamará más tarde.

—Perfectamente. Mi número es Harrison, veintitrés mil ochocientos cincuenta. Pero diga al botones que le lleve directamente a la central número trece.

—Así lo haré, no se preocupe.

—Bien. Cuando tenga el número, que pregunte por míster Smith.

—¿Nada más?

—Nada más; sólo Smith y el número.

—Bien —replicó la telefonista, dando así su conformidad.

Mason cogió el auricular y aguardó. Transcurrieron diez minutos y a poco sonó el timbre del teléfono. Respondió a él en un tono de voz quejumbrosa y oyó hablar a Locke usando de una extremada precaución al otro extremo de la línea.

—Oiga —dijo Mason alzando mucho la voz—. Que no haya confusión: ¿es usted Frank Locke, director del *Spicy Bits*?

—El mismo. Y usted, ¿quién es y cómo sabe dónde estoy? —respondió Locke.

—Estuve en su despacho unos dos minutos después de haber usted salido y allí supe que podría encontrarle en cierta vivienda de Webster Street y más tarde ahí, en el hotel.

—No comprendo cómo diantres saben todo eso en la Redacción —observó malhumorado Locke.

—Pues yo tampoco. Repito lo que me han dicho; nada más.

—Bueno, ¿y qué es lo que desea?

—Le diré: ante todo, sé que a usted no le agrada hablar de

negocios por teléfono, mas el caso es que me urge acabar de una vez con el que traigo entre manos. Supongo que usted no trabaja por deporte, ¿verdad? Pues yo tampoco.

—Oiga —la voz de Locke sonaba cautelosa—. No sé quién es usted, pero lo mejor será que venga a verme a mi despacho de la Redacción del periódico. ¿Está usted muy lejos?

—No, relativamente cerca, pero escuche: tengo algo que decirle que quizá le sirva de mucho. Mas no se lo comunicaré ahora y, si no le interesa, buscaré a quien le interese. Sólo deseo saber si a usted le conviene o no el informe. Por ejemplo: ¿le agradaría saber el nombre de la mujer que acompañaba anoche a Harrison Burke?

El silencio más profundo reinó en la línea por espacio de unos segundos.

—Le diré —repuso Locke al cabo—, nuestro periódico recoge informes sabrosos o picantes respecto a personas de posición y, por consiguiente, en la Redacción recibimos con alborozo toda noticia nueva.

—No disimule. Sabe tan bien como yo lo sucedido anoche. En la lista hecha después del... acontecimiento, no figura para nada el nombre de Harrison Burke ni tampoco el de la mujer que iba en su compañía. Pues bien; si le doy una prueba convincente respecto a la identidad de esa mujer, ¿me valdrá el informe mil dólares?

—No —repuso firme y resueltamente Locke.

—Bueno, bueno —apresuróse a decir Mason—. ¿Quinientos dólares entonces?

—No.

Pero Mason no se dio por vencido.

—Bueno —insistió con tono más zalamero—. Sólo le haré pagar cuatrocientos. Es lo último, pues otra persona me ofrece trescientas cincuenta. Me ha costado tiempo y dinero dar con usted.

—Sin embargo, cuatrocientos dólares son mucho dinero.

—También vale mucho mi informe.

—Pues tendrá que proporcionarme algo más —dijo Locke—. Necesito algo que se pueda utilizar como prueba en el caso de que se intente procesarme por difamación.

—¡Ah, bien! —replicó Mason—. Deme los cuatrocientos dólares y le proporcionaré esa prueba.

Locke guardó silencio un instante.

—Desearía reflexionar un momento acerca de su proposición —dijo luego—. Ya volveré a llamarle.

—Hágalo a este mismo número —replicó Mason, y colgó el auricular.

Sentóse en un taburete ante el mostrador donde se despachaban los mantecados y se bebió un vaso de soda sin darse mucha prisa ni demostrar la menor emoción. Sus ojos miraban absortos, pero estaba tranquilo.

Transcurrieron seis o siete minutos y después sonó de nuevo el timbre del teléfono. Mason respondió con acento plañidero.

La voz de Locke llegó hasta él recorriendo veloz los alambres telefónicos.

—Sí —dijo—; estamos dispuestos a dar el precio fijado por su informe, siempre que le acompañe la prueba.

—Bien —dijo Mason—. Mañana tendré el gusto de ir a verle a su despacho y hablaremos.

—¡Venga esta noche y despachemos cuanto antes el asunto! —propuso Locke, en cuya voz se descubría cierta agitación.

—No puede ser. Esta noche puedo darle el informe que desea, pero no la prueba.

—No importa —insistió Locke—. Deme esta noche la información y mañana pagaré, cuando me traiga la prueba.

Mason soltó una carcajada burlona.

—¡No es usted tonto! —exclamó.

Locke dijo irritado:

—¡Bueno, bueno! Haga lo que le parezca.

Mason tornó a reírse.

—Gracias —replicó—. Así lo haré —y abandonó el teléfono.

Volvió a su coche, entró en él y permaneció allí sentado por espacio de unos veinte minutos. Al cabo de ellos, Frank Locke salió del hotel con una mujer. Iba muy afeitado y el masaje le había coloreado la tez cetrina. Tenía el aire despreocupado y gozoso de un hombre de mundo.

La joven que le acompañaba no tenía más de veinte o veintidós años, a juzgar por su semblante. Poseía un cuerpo bien contorneado, una cara inexpresiva y un exceso de compostura. Era bella como una flor en su plenitud.

Perry Mason aguardó a que tomaron un taxi; luego entró en el

hotel, y se llegó a la mesa de la telefonista.

La muchacha alzó la vista, dirigióle una ansiosa mirada y sacó de su cinturón un papel que entregó a Perry Mason.

Perry Mason se lo guardó en el bolsillo.

—¿Oyó usted la conversación sostenida por Locke a propósito de mi informe? —preguntó a la telefonista.

—Sí, señor; pero no quisiera divulgarla.

—Comprendo. Sin embargo, me dirá lo que no forme parte de ella, ¿eh?

—Quizá.

—Perfectamente. En este caso responda a una pregunta: ¿me ha contado lo que sabe?

—¡No, señor!

—Bien; no necesito saber más —observó Mason; y se despidió de la muchacha con una sonrisa.

## Capítulo IV

Perry Mason entró en la sección de detectives de la Delegación de Policía.

—¿Está Drumm? —inquirió.

Uno de los agentes que allí había, respondió con un gesto de afirmación y con el pulgar le indicó una puerta que se abría a sus espaldas.

Mason se dirigió a ella.

—¿Sidney Drumm? —dijo a un individuo que fumaba sentado en un ángulo de la pieza, tras una mesa escritorio. Otro individuo alzó la voz y gritó:

—¡Eh, Drumm! ¡Sal, que hay visita!

Se abrió una puerta y Sidney Drumm asomó la cabeza. Miró en torno hasta que vio a Mason y le dedicó una sonrisa.

—¡Hola, Perry! —dijo.

Era un hombre alto, flaco, de pómulos salientes y pupilas de color desvaído. Mejor que en la sección de detectives de la Delegación de Policía hubiera estado sentado en un elevado taburete ante una mesa atestada de libros de contabilidad, con la pluma detrás de la oreja y ante los ojos una visera verde, pero precisamente por su aspecto era por lo que hacía tan buen detective.

Mason le saludó con un gesto afectuoso y le notificó:

—Tengo que hablarte, Sidney.

—Bien —respondió Drumm—. Voy contigo en seguida.

Mason salió al corredor y Sidney se unió a él al cabo de cinco minutos.

—Habla —dijo.

—Verás: estoy siguiendo la pista de un individuo con motivo de un hecho que quizá te interese y no sé, en este momento, adónde

me conducirá. Por de pronto y en beneficio del cliente por cuya cuenta trabajo, desearía saber a nombre de quién se halla cierto número de teléfono.

—¿Qué número es ése?

—Freyburgo, seiscientos veintinueve mil ochocientos tres. Si dicho individuo es tan listo como creo, no podremos tacharle de embustero, pero... tampoco hallaremos ese número en el listín. Ve tú en persona a la Telefónica y examina las listas, ¿quieres?

—Chico, me parece que te han dado un hueso duro de roer —observó Drumm.

—Ya te he dicho que trabajo por cuenta de un cliente —respondió malhumorado Mason—. En su nombre te ofrezco veinticinco dólares por la comisión. Vaya, ¿no está bien pagado el viaje?

Drumm se sonrió.

—Sí, hombre. Pudiste comenzar por ahí —repuso—. Aguarda, que voy por mi sombrero. ¿Iremos en tu coche o en el mío?

—Cada uno en el suyo —dispuso Mason—, pues no pienso volver por aquí.

—Bien —replicó el detective—. Entonces lo mejor será que nos encontremos en la Telefónica.

Mason salió a la calle, se metió en el coche y se dirigió a la oficina central de la Compañía de Teléfonos. Drumm estaba allí cuando él llegó ante el edificio. Había ido en un coche de la Policía.

—Pensé —dijo al reunirse con Mason— que era mejor que no nos vieses juntos, y así he subido solo a hablar con el director.

—Y bien, ¿qué has descubierto?

—Que ese número pertenece a Jorge C.

Belter —replicó Drumm—, que vive en Elmwood Street, número quinientos cincuenta y seis. Tenías razón. No se halla en el listín y en Informaciones está prohibido dar razón de él; por consiguiente, olvida la fuente de información que te has procurado.

—Ah, sí, sí —dijo Mason, sacando la cartera y de ella dos billetes de diez dólares y otro de cinco.

Los dedos de Drumm se cerraron firmemente sobre los billetes.

—¡Chico, qué bien me vienen! —comentó—. Anoche perdí en el juego. Siempre que tengas un cliente como el de ahora, ven a verme

a la Delegación.

—¡Oh! Todavía no he acabado con él —respondió Perry Mason.

—Pues, encantado, ya lo sabes —dijo Drumm.

Mason penetró en el coche. Tenía el rostro sombrío cuando dio marcha y partió, raudo como una centella, hacia el paseo de Elmwood.

Éste estaba enclavado en el distrito más aristocrático de la ciudad. Las casas, situadas al fondo del jardín o prados, aparecían entre setos y bien cuidados árboles. Mason detuvo el coche, que patinó por el impulso hasta quedar inmóvil frente al número 556. Era una casa suntuosa que ocupaba la cima de una pequeña loma. En un radio de doscientos pies no se alzaba otro edificio a un lado y otro de la morada.

Mason no dejó el coche en la calzada, sino en la calle y a pie se llegó junto a la puerta de la entrada. La tarde era calurosa y miríadas de insectos se apiñaban en torno de la luz, golpeando con sus alas el gran globo de cristal deslustrado que rodeaba la lámpara del porche.

Tras de llamar dos veces, abrió la puerta un criado de librea.

Perry Mason le entregó su tarjeta.

—Míster Belter —dijo— no me espera, pero estoy seguro de que accederá a recibirme.

El criado leyó la tarjeta y se hizo a un lado.

—Tenga la bondad de pasar, caballero —dijo a Mason.

Éste entró en una salita de recibo y el criado le indicó una silla. Mason le oyó subir la escalera, oyó ruido de voces procedentes al parecer del primer piso, y después las pisadas del criado que bajaba.

Entró en la salita y dijo a Mason:

—Perdone el señor, pero míster Belter dice que no le conoce. ¿Quiere el señor explicarme para qué desea verle?

Mason le miró a los ojos y dijo brevemente:

—¡No!

El criado aguardó un momento, creyendo sin duda que Mason iba a añadir algo al adverbio. Pero en vista de su silencio, dio media vuelta y tornó a subir la escalera.

Esta vez estuvo ausente tres o cuatro minutos. Cuando volvió su rostro era impenetrable.

—Por aquí —dijo—. Míster Belter accede a recibirle.

Mason siguió al hombre y éste le llevó escalera arriba, introduciéndole a continuación en un saloncito que sin duda formaba parte de la serie de habitaciones que comenzaba en el vestíbulo y ocupaba toda un ala de la casa. La habitación estaba amueblada con cierto confort, pero sin ningún estilo. Las sillas eran macizas y cómodas. Y como no se había tratado de seguir un plan determinado respecto a su decorado, la habitación revelaba una masculinidad que no atemperaba ningún detalle que denunciase la mano o el gusto de una mujer.

Abrióse una puertecilla en el fondo de la pieza y en el umbral apareció un hombre corpulento.

A Mason se le ofreció entonces ocasión de echar una ojeada a la habitación de la que había surgido el hombre, y no la desperdició. Al parecer, era el estudio o biblioteca, a juzgar por las estanterías pegadas a las paredes, la mesa maciza y un sillón giratorio situado detrás, en un ángulo. Más allá vislumbró el cuarto de baño. Fue cuestión de un instante. Luego, el hombre penetró en el saloncillo, cerrando tras de sí la puerta.

Era corpulentísimo y tenía una cara gruesa y blanda, de ojeras abotargadas, unos hombros anchísimos y el pecho muy desarrollado, pero en cambio ostentaba caderas estrechas y a Mason le produjo la impresión de que debía tener las piernas delgadas. Desde luego, lo que más le llamó la atención fue la expresión de los ojos, dura como el diamante y extraordinariamente fría.

Por espacio de un segundo estuvo el hombre parado junto a la puertecilla, con la mirada fija en el visitante, y al adelantarse, su andar afirmó la impresión de Mason. A aquellas piernas se les había impuesto una tarea excesiva cargándolas con el peso del tronco.

Dedujo que el hombre que tenía delante estaba muy próximo a cumplir los cincuenta años y, por su aspecto, que debía ser cruel y despiadado en los negocios.

Puesto en pie, Mason era unas cuatro pulgadas más bajo, aun cuando tenía igual anchura de hombros.

—¿Míster Belter? —inquirió.

El hombre se plantó delante de él con los pies separados y se le quedó mirando descaradamente.

—Yo soy ¿Qué desea? —saltó.

Mason replicó sin inmutarse:

—Lamento venir a molestarle en su casa, pero me urge hablarle de un asunto que me interesa muchísimo solventar cuanto antes.

—¿De qué se trata?

—De un hecho que el *Spicy Bits* amenaza publicar y que yo no quiero que publique.

Los ojos de diamante le miraban fijamente, sin cambiar ni siquiera momentáneamente de expresión.

—¿Cómo se le ocurrió venir aquí con este cuento? —inquirió.

—Simplemente porque creo que es usted la persona a quien tengo que ver.

—Pues no lo soy.

—Sí lo es.

—Repito que no. No sé de qué me habla. Sólo una vez en mi vida he leído el *Spicy Bits*, que, en mi opinión, es un periódico indecente. Esto es todo.

A Mason se le endureció la mirada y dobló ligeramente la cintura hacia delante.

—Perfectamente. No le pregunto nada. Únicamente digo...

—¿Qué dice usted? —inquirió, interrumpiéndose, Belter.

—Que vengo aquí en representación de un cliente a quien el *Spicy Bits* trata de hacer víctima de un chantaje, cosa que me desagrada muchísimo; que él no piensa pagar la suma que se le exige ni tampoco otra menor, téngalo presente; que no compraré ningún espacio en blanco del periódico y sobre todo que éste no publicará una información que perjudique a mi cliente. Apréndelo de memoria, y, ¡que no se le olvide!

Belter dijo desdeñosamente:

—Me está bien empleado por admitir en casa al primer picapleitos que llama a la puerta. Debí ordenar al mayordomo que le echase de ella a puntapiés. Usted está loco, borracho... o ambas cosas a la vez. Bien, salga usted... ¿Desea que llame a la Policía?

—Saldré —dijo Mason— cuando haya acabado de hablar. En este asunto del periódico hace usted servir de pantalla a Locke. Éste lucha y entretanto usted cobra los dividendos que le produce el chantaje. Pero de hoy en adelante ya no serán activos, sino pasivos esos dividendos.

Belter continuaba mirándole sin decir nada.

—No sé si sabe usted quién soy yo y lo que quiero —continuó

diciendo Mason—, pero puede enterarse muy pronto. Hable usted con Locke. Y tenga presente que si el *Spicy Bits* publica algo relativo a mi cliente, le quitaré la máscara al propietario de ese periodicucho, ¿entiende usted?

—Muy bien —observó Belter—. Ahora me toca hablar a mí. No sé efectivamente quién es usted ni me importa. Es posible que su reputación sea tan intachable que le permita hacer tales amenazas; quizá no. De todos modos, antes de arrojar piedras al tejado ajeno, observe usted el propio.

—No esperaba menos de usted —dijo Mason.

—Si así es, no le desilusiono —replicó Belter—. Mas no crea que mis palabras envuelven la confesión de mi intromisión en los asuntos de *Spicy Bits*. Los desconozco en absoluto y deseo continuar ignorándolos. Y ahora, ¡salga usted!

Mason dio media vuelta y se dirigió en silencio a la puerta.

En el umbral estaba el mayordomo.

—Perdón, señor —dijo a Belter—. La señora desea verle antes de salir y se dispone a irse.

Belter se aproximó a él.

—Está bien —dijo—. Fíjese bien en este hombre, Digley. Si vuelve, échelo a la calle, y si se resiste, llame en su ayuda a un policía.

Mason se volvió a mirar al mayordomo.

—O a dos policías, Digley —observó—. Le harán falta.

Bajó la escalera, consciente de que los dos hombres iban pisándole los talones, y al llegar al vestíbulo de la planta baja, vio salir corriendo a una mujer de un rincón próximo a la puerta.

—No quisiera molestarte, Jorge —dijo—, pero...

Éste la reconoció en el acto. Era la misma que había ido a verle al despacho con el nombre de Eva Griffin.

Su rostro perdió hasta la más leve partícula de color y el terror ensombreció los azules ojos. Mas se rehízo en seguida, adoptando la infantil expresión que ya había ensayado en el despacho de Mason.

Éste no había movido ni un músculo de su semblante y la miraba con serena expresión.

—Bueno —preguntó Belter a su esposa—, ¿qué se te ofrece?

—Nada, Jorge, perdona —repuso ella con voz débil y temblorosa—. No sabía que tuvieras visita.

Belter observó:

—Si es por este hombre, no te preocupes. Es un picapleitos que ha entrado en casa valiéndose de un pretexto... y se va a escape.

Mason giró rápidamente sobre sus talones.

—Oiga usted —dijo—, sepa que...

El mayordomo le cogió por un brazo.

—Por aquí, caballero —dijo.

Los poderosos hombros de Mason describieron una semicircunferencia digna de un jugador de golf y el mayordomo fue lanzado al otro lado del vestíbulo. Allí chocó con tal fuerza contra la pared, que los cuadros se balancearon al extremo de sus cordones. Mason se encaró con el macizo cuerpo de Belter.

—Estaba decidido a arruinarle —dijo—. Mas acabo de variar de idea. Si menciona con una sola palabra a mi cliente o habla de mí en su periódico, le mandaré veinte años a presidio, ¿entiende?

Los ojos de diamante le contemplaron con el centelleo poco cordial con que los ojos de una serpiente miran el rostro de un hombre armado de un bastón. Jorge Belter había introducido su mano derecha en el bolsillo de la chaqueta.

—Me alegro de que se haya detenido donde está —observó—. ¡De dar un paso más, le hubiera saltado la tapa de los sesos! Tengo testigos y éstos declararán que tuve que defenderme de usted. En verdad que no sé cómo me contengo.

—No se moleste —replicó Mason con acento moderado—. No detendrá mi acción de ese modo. Otras personas saben lo que sé yo de usted y asimismo que estoy aquí y a lo que he venido.

Belter crispó los labios.

—Buen hombre, se hace usted pesado repitiendo la misma cantinela —dijo—. Pero se equivoca si cree que me asustan las amenazas de un mercenario picapleitos como usted. Y ahora, por última vez: ¡salga de mi casa! —vociferó.

Mason le volvió la espalda.

—Bueno, saldré. No tengo más que decir.

Al llegar a la puerta, alcanzó sus oídos este sarcástico comentario de Belter:

—Como que lo ha repetido dos..., no, tres veces.

## Capítulo V

Sentada en el despacho particular de Perry Mason, Eva Belter lloraba en silencio, tapándose la cara con el pañuelo.

Mason la contemplaba sentado tras de la mesa y en mangas de camisa, con mirada cautelosa y una ausencia total de simpatía.

—No debió usted hacer eso —decía Eva entre sollozos—. No debió ir a ver a mi esposo.

—Pero, ¿qué sabía yo? —protestó el procurador.

—Es tan cruel, tan extraordinariamente cruel y desconsiderado...

—También yo lo soy.

—¿Por qué no puso el anuncio en el *Examiner*?

—Le diré: el director del *Spicy Bits* me pedía un precio exorbitante. Sin duda creyó que iba a desempeñar el Papel de Santa Claus.

—Sí; tiene olfato. Sabe que puede sacar mucho de este negocio.

Mason no dijo nada.

Mistress Belter siguió sollozando bajito por espacio de unos segundos y al cabo levantó los ojos y los posó con muda angustia en Mason.

—No debió amenazarle —observó—. No debió ir a casa. Con amenazas no se saca nada de él, pues aun cuando le acorralen en un rincón, luchará hasta morir. Nunca pide cuartel ni tampoco lo concede.

—¿Conoce usted sus proyectos? —inquirió.

—Sí; quiere arruinarle a usted —replicó Eva sollozando más fuerte—. Va a indagar en qué pleitos o causas ha intervenido usted y le acusará de soborno del Jurado, de perjurio, de conducta escandalosa. No parará hasta arrojarle de la ciudad.

—En cuanto insinúe algo contra mí en el periódico —dijo

sombríamente Mason— le perseguiré por calumnia y le haré procesar cuantas veces lo haga y procederé sin compasión.

Mistress Belter meneó la cabeza. Las lágrimas humedecían sus mejillas.

—¡Oh, es muy listo! —observó—. Sus abogados le aconsejarán. Le atacará por la espalda y meterá miedo a los jueces que defiendan la causa de usted: les obligará a emitir un fallo adverso. Luchará en la sombra y le disputará el terreno palmo a palmo.

Mason tecleó una marcha sobre la mesa.

—¡Bah! —dijo por todo comentario.

Eva repitió con voz plañidera:

—¿Por qué, por qué fue a casa? ¿Por qué no puso el anuncio en el *Examiner*?

Mason se puso en pie de un salto.

—Fui porque me pareció conveniente; y no se hable más del asunto —replicó—. Ese condenado periódico trataba de pararme los pies y no se lo consiento. Su esposo puede ser despiadado; también lo soy yo. Hasta ahora jamás pedí misericordia..., ni la he concedido.

Se interrumpió para dirigir a la dama una acusadora mirada y después siguió diciendo:

—Si al venir aquí la primera vez hubiera sido franca conmigo, no hubiera sucedido nada de esto. Pero usted prefirió ocultar la verdad; por consiguiente tiene la culpa de este embrollo. Por ello pesa sobre sus hombros.

—No se enfade, mister Mason —le suplicó Eva—. De ahora en adelante únicamente podré contar con usted. Sólo usted puede sacarme de este embrollo, como dice muy bien.

Él se sentó una vez más y dijo:

—Bueno, pero no mienta.

Ella bajó la vista, se alisó el borde de la falda y con la punta de los dedos enguantados le fue haciendo pliegues.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Ante todo, comenzar por el principio y hacer examen de conciencia —dijo el procurador.

—Usted lo sabe todo.

—En este caso, vuelva a explicármelo y haré una comparación.

Eva frunció el ceño.

—No comprendo.

—Adelante. Comience usted... y dígamelo todo.

Eva seguía haciendo pliegues a la falda por encima de las piernas cruzadas y no le miró al decir con voz oprimida:

—Nadie sabe la relación que tiene Jorge con el *Spicy Bits*. La ha tenido tan oculta, que ni siquiera se sospecha. Tampoco saben de ella en la Redacción, si se exceptúa a Frank Locke, a quien Jorge tiene en un puño. Le acusa de algo terrible, que no sé a punto fijo lo que es..., aunque bien pudiera ser un crimen.

»Sea como quiera, el caso es que ninguno de nuestros amigos sospecha que él sea dueño del periódico. Todos los años creen que juega a la Bolsa. Hace siete meses que me casé con Jorge, de quien soy la segunda mujer, fascinada por su personalidad y por su dinero, pero no nos llevamos bien. Nuestras relaciones se tornan más y más tirantes, sobre todo de dos meses a esta parte. Por ello pienso entablar una demanda de divorcio... y sospecho que él no lo ignora.

Se detuvo para mirar a Mason y no vio ninguna simpatía en sus ojos.

—Soy amiga de Harrison Burke —continuó diciendo—, a quien conocí hace ocho semanas. Nos une una verdadera amistad, nada más. Salimos juntos la noche en que ocurrió el crimen, y naturalmente de haber divulgado mi nombre, Harrison Burge hubiera puesto fin a su carrera política, porque Jorge habría entablado la demanda de divorcio y acusado a Harrison de cómplice mío. Esto no podía ser y por ello se me ocurrió echar tierra al asunto.

—Quizá no lo hubiera descubierto su esposo —insinuó Mason—. El fiscal del distrito es un caballero, y si Burke le hubiera explicado francamente lo sucedido, no la hubiera llamado a declarar, a menos que usted hubiera visto algo que hiciera forzosa una inevitable declaración.

—Habla usted así porque desconoce a mi esposo. Yo no estoy muy enterada de sus asuntos, pero sé que tiene espías en todas partes. Éstos compran los informes que necesitan y andan a la caza de chismografías. Cuando un ser cualquiera alcanza una posición lo bastante elevada para atraer la atención general, trabajan laboriosamente hasta conseguir toda la información que pueden

respecto a su persona. Harrison Burke es una figura destacada de la política y se preparan a reelegirle como diputado. Los del *Spicy Bits* le tienen entre ojos y él lo sabe. Además, oí hablar por teléfono a mi esposo con Frank Locke y de su conversación deduje que estaban sobre la pista. Quería comprar su silencio antes de que se enterasen de que era yo la que estaba con Burke en Beechwood Inn.

—Si su amistad con éste es inocente —observó Mason—, ¿por qué no se dirige a su esposo y le enteras de la situación tal cual es? Después de todo, él no querrá cubrir su nombre de lodo.

Eva meneó con vehemencia la cabeza.

—Usted no le conoce. Lo demuestra la manera que tuvo de tratarle anoche. Es un salvaje, un ser sin corazón. Es un luchador y el dinero le vuelve loco. Sabe que si entablo una demanda de divorcio y me lo conceden, tendrá que pasarme una cantidad crecida, y pagar los honorarios del abogado y los gastos de la causa. Por eso quisiera poder acusarme de algo, y si además consigue arrastrar el nombre de Harrison por los juzgados, estará encantado.

Perry Mason frunció perplejo el ceño.

—Me llama la atención el elevado precio que ponen a su silencio los de *Spicy Bits* —observó—. Demasiado elevado para un chantaje político. ¿Qué le parece? ¿Sospecharán de usted su esposo o Frank Locke?

—No —replicó mistress Belter con firmeza.

Hubo un momento de silencio y después Mason reanudó la conversación.

—¿Qué haremos? —preguntó—. ¿Pagaré la cantidad fijada por Locke?

—No —replicó su interlocutora—; porque Jorge pondrá fin a toda negociación. Luchará. No querrá declararse vencido, pues si lo hiciera, supone que usted le perseguiría implacablemente hasta dar fin con él. Como él es así, cree que todo el mundo es lo mismo. Simplemente *no puede* ceder. No es propio de su carácter.

Mason puso cara sombría.

—Perfectamente. Si desea que haya lucha, saldré al ruedo con él —dijo—. Una de las primeras cosas que haré será denunciar al *Spicy Bits* en cuanto mencione mi nombre, tomaré declaración a Frank Locke y le obligaré a que descubra quién es el dueño actual del periódico. O quizá le acuse de perjurio. Esto alegrará a muchos,

pues conozco a más de cuatro que quisieran ver desaparecer a ese diario de la circulación y encarcelados a sus directores.

—¡Usted no comprende la situación! —exclamó mistress Belter, y agregó rápidamente—: Usted no sabe cómo lucha mi esposo; le desconoce; costaría mucho, muchísimo tiempo cursar su denuncia, y entretanto, Jorge tomaría sus medidas. Además, recuerde que soy un cliente que espero que usted me proteja... y que mucho antes de que se salga usted con la suya, me veré arruinada, perdida irremisiblemente. Tenga presente que mi esposo removerá cielo y tierra con tal de derribar a Harrison Burke.

Mason tecleó otra vez sobre la mesa y luego dijo:

—Escuche: hace poco dijo usted que su esposo domina a Frank Locke valiéndose de algo que sabe de él y que puede perjudicarlo. Creo que usted no ignora de lo que se trata. Pues bien: dígamelo y verá cómo hago restallar el látigo sobre la cabeza de Locke.

La dama le miró y Mason reparó en que había palidecido.

—Pero, ¿sabe usted lo que dice? —exclamó—. ¿Sabe lo que va a hacer? ¿En lo que va a meterse? ¡Le matarían! No sería la primera vez que Locke y Jorge cometen un crimen valiéndose de sus conocimientos en el bajo mundo de los *gangsters* y pistoleros.

Mason la dominó con la mirada.

—¿Qué sabe usted de Frank Locke? —inquirió.

Ella se estremeció y bajó la vista.

—Nada —replicó con voz débil, tras de una pausa.

Mason observó con impaciencia:

—Cada vez que viene a verme, me dice una mentira con esa cara inocente. Es usted una embustera de las que salen del paso con el engaño. Porque es bella se la disculpa, pero engaña usted lo mismo a los hombres a quien ama, que a los que la amaban. Ahora, que se encuentra en un apuro, pretende también engañarme a mí.

Ella le miró con indignación, natural o fingida.

—¡No tiene derecho a hablarme así! —exclamó furiosa.

—Pues yo creo que sí —replicó malhumorado Mason.

Se contemplaron por espacio de uno o dos segundos.

—Pues parece ser que le sucedió algo, allá, en el Sur —dijo Eva al fin con acento sumiso.

—¿A quién?

—A Locke. Pero no sé exactamente dónde fue ni cómo sucedió.

Sólo sé que había de ser por medio de una mujer, que por ella comenzó la cosa y que ésta acabó mal..., quizá con un crimen. Esto lo sabe Jorge, y gracias a ello maneja a Locke como le viene en gana. Es un sistema que aplica a todo el mundo.

—¿También a usted? —dijo Mason, mirándola fijamente.

—Por lo menos lo intenta.

—Y..., ¿se casó con usted por el mismo procedimiento?

—No sé, no —repuso mistress Belter.

Mason soltó una siniestra carcajada.

—¿Es este detalle tan imprescindible? —inquirió mistress Belter.

—No sé; tal vez. Tengo que pedirle más dinero —respondió el procurador.

Mistress Belter abrió el bolso.

—Puedo darle trescientos dólares —replicó—. No poseo mucho más.

Mason meneó la cabeza.

—Usted tiene cuenta corriente en el Banco —murmuró— y yo necesito una suma crecida. Tengo que hacer grandes desembolsos. Recuerde que lucho a la vez por los dos.

—No, no la tengo. Jorge no lo consentiría. Así no le puedo dar un cheque. Éste es otro procedimiento por el cual tiene sujeta a la gente. Si no me da dinero al contado, tengo que proporcionármelo recurriendo a otros medios.

—¿Cuáles? —inquirió Mason.

Ella no contestó. Extrajo del bolso un fajo de billetes y se lo enseñó al procurador, diciéndole al propio tiempo:

—Aquí hay quinientos dólares. No poseo ni un centavo más.

—Entonces, guárdese veinticinco —dijo Mason— y deme el resto.

Pulsó el timbre y en la puerta del despacho apareció la expresiva fisonomía de miss Street.

—Della —dijo Mason—, haga un recibo para esta señora igual al que le entregó en otra ocasión y haga constar que recibimos de ella cuatrocientos setenta y cinco dólares a cuenta.

Eva Belter entregó el dinero a Mason. Éste lo tomó y a su vez se lo dio a Della.

Las dos mujeres se miraban con frialdad hostil.

Della Street tomó el dinero alzando mucho la barbilla y tornó a

la oficina.

—Ella le dará el recibo cuando salga —dijo Mason a su cliente—. Y ahora, dígame: ¿cómo me comunicaré con usted de ahora en adelante?

Mistress Belter respondió prontamente:

—Es muy sencillo: llame a casa y pregunte por mi doncella. Dígame que es el tintorero y que no encuentra el vestido que yo he enviado. Ella me dará el recado y entonces yo le hablaré directamente.

Mason se echó a reír.

—¡Caramba! ¡Qué pronto ha encontrado un medio! —comentó—. Debe apelar a él a menudo.

Ella lo miró con las azules pupilas dilatadas por una mirada candorosa.

—No comprendo...

Mason echó hacia atrás el sillón, se puso en pie y pasó al otro lado de la mesa.

—En lo venidero —dijo a Eva Belter—, puede ahorrarse la molestia de adoptar esa expresión infantil. Nos conocemos muy bien, creo yo. Usted se halla en un apuro y yo trato de sacarla de él. Eso es todo.

Ella se alzó lentamente de la silla, clavando los ojos en los de Mason y de pronto apoyó ambas manos en los hombros de él.

—De todos modos me inspira usted confianza —dijo—. Es el único que se atreve a hacer frente a mi esposo y por ello me aferro a usted, ¿no es verdad que me protegerá?

Y sin dejar de mirarle, echó hacia atrás la cabeza de modo que sus labios estaban muy cerca de los de Mason. También su cuerpo estaba peligrosamente próximo al del procurador.

Mas sus largos dedos firmes la cogieron por un brazo y la separaron.

—Sí, la protegeré —replicó—, mientras me pague al contado.

Ella dio media vuelta y se encaró con él:

—¿No piensa usted más que en el dinero? —inquirió.

—Nada más..., tratándose de negocios.

—Ah, pero yo no puedo confiar en nadie más —dijo mistress Belter con voz plañidera—. No tengo a nadie en el mundo. Sólo usted puede interponerse entre la ruina y mi persona.

—Bueno, eso es cuenta mía —replicó fríamente Mason—, para eso estoy aquí.

Mientras hablaba, se había dirigido paso a paso a la puerta del despacho, y al poner una mano en el pomo, ella se desasíó de un tirón de la otra con la que todavía la tenía sujeta.

—Muy bien, gracias —le dijo con acento glacial; y cruzó el umbral.

Perry Mason cerró tras ella la puerta. Tornó junto a la mesa, tomó el auricular del teléfono y llamó a su secretaria. Cuando oyó la voz de ésta, le pidió:

—Póngame inmediatamente en comunicación con el exterior, Della.

Cuando, tras de pedir el número de la sección de detectives, tuvo a Paul Drake al otro lado de la línea, díjole así:

—Oye, Pablo: tengo trabajo para ti y deseo que lo despaches lo antes posible. Frank Locke, el director del *Spicy Bits*, es mujeriego. Tiene una conquista en el Wheelwright Hotel, con la que anda arriba y abajo. Ella vive allí. Él va a buscarla a hora fija, y mientras la espera está en la peluquería. Me han dicho que es oriundo del Sur del país, pero no sé exactamente de qué Estado, y parece ser que salió de él a causa de algo gordo. Probablemente Frank Locke no es su verdadero nombre. Por ello me convendría enterarme cuanto antes de lo que hay de verdad en todo esto. Toma los hombres que necesites y despacha pronto..., ¿cuánto va a costarme la función?

—Doscientos dólares —respondió la voz de Drake en el acto—, y otros doscientos a fin de semana, si se alarga la faena hasta la fecha.

—¡Hum! ¡No sé cómo decírselo a mi cliente! —observó Mason—. Me parece un precio exorbitante.

—Bueno, entonces quedamos en trescientos veinticinco, y si puedes sumarlos a la lista de gastos final, házmelo así.

—Bien —dijo Mason—. Manos a la obra.

—¡Un momento! Precisamente iba a llamarte para decirte que frente a este edificio hay un «Lincoln» parado. El chófer está sentado al volante. Me parece que es el mismo coche que utilizó tu amiga, la dama misteriosa, para darte el esquinazo. ¿Quieres que le siga? Le he tomado el número al entrar.

—No —dijo Mason—. Ya la tengo fichada. Olvídala y dedícate de lleno al asunto Locke.

—Está bien —replicó Drake; y cortó la comunicación.

Mason dejó en su sitio el receptor. Della Street aguardaba en pie junto a la puerta.

—¿Se fue ya mistress Belter? —le preguntó Mason.

Della hizo un gesto afirmativo.

—Esa mujer va a causarle un disgusto serio —observó.

—Ya me lo dijo usted en otra ocasión.

—No importa: se lo repito.

—¿Por qué?

—Porque no me agrada su aspecto —replicó Della— ni cómo se conduce con una empleada como yo. Es una *snob* del tipo más complicado.

—Mujeres así las hay a millares, Della.

—Ya lo sé, pero ella desconoce, además, la lealtad. Le agrada la superchería. Si le conviniera, se volvería contra usted.

Perry Mason se quedó pensativo.

—Ya, pero... no le conviene, Della —observó, aunque ya algo preocupado.

Miss Street le contempló un instante; luego cerró suavemente la puerta y le dejó solo.

## Capítulo VI

Harrison Burke era un hombre alto, con cierto aire de distinción. Su actuación en el Congreso había sido mediocre, y se llamaba a sí mismo el «amigo del pueblo», gracias a un proyecto de ley que un núcleo de políticos había introducido en la Cámara, a sabiendas de que jamás sería aprobado por el Senado, o aun cuando lo fuera, de que tropezaría con el veto del presidente.

Astutamente, nadaba entre dos aguas, pero se disponía a desarrollar un plan de campaña en el Senado, que interesaría seguramente a la burguesía del país, produciéndole al propio tiempo la impresión de que él era en el fondo conservador, y así, al hacer esto, procuraría conservar su reputación de amigo de las clases populares y el crédito de que gozaba entre ellas.

Clavó una mirada penetrante en Perry Mason y observó:

—No comprendo a dónde desea ir a parar.

—Pues en ese caso hablaré sin rodeos —replicó el procurador—. Le hablo de cierta noche en que fue a divertirse a Beechwood... en compañía de una mujer casada.

Burke se tambaleó como si le hubieran asestado un golpe. Hizo una profunda aspiración, como para recuperar el aliento, y en seguida asumió su semblante una expresión impasible que petrificaba sus facciones como si éstas fueran de roca tallada.

—A usted le han informado mal, sin duda —replicó con su acento usual, profundo y vibrante—. Y como precisamente esta tarde estoy abrumado de trabajo, tendré que rogarle que se retire.

Mason asumió una expresión, mezcla de disgusto y de resentimiento. Adelantó un paso en dirección a la mesa escritorio y contempló de hito en hito al político.

—Se ha metido en un callejón sin salida —observó—, por consiguiente, déjese de fingimientos y hablemos claro, si desea salir

de él cuanto antes.

—Pero yo no le conozco —protestó Burke—. Usted no trae documento alguno que le acredite.

—En el caso presente —replicó Mason— no se necesitan documentos. Basta con saber. Represento a la mujer que estuvo con usted en Beechwood y deseo que sepa que el *Spicy Bits* va a publicar lo sucedido allí aquella noche memorable, y a pedir que le lleven a usted a los tribunales con objeto de que declare lo que vio y quién era la persona que le acompañaba.

El rostro de Burke se cubrió de un color ceniciento y el hombre se inclinó sobre la mesa, como si necesitara descansar sobre ella los codos.

—¿Qué? —dijo.

—Lo que oye.

—Pero yo no sabía... Ella no me ha dicho... Estoy seguro de que aquí debe haber una equivocación.

—No la hay.

—¿Y cómo es usted el que viene a comunicarme la noticia?

—Porque probablemente la dama no se atreve a hacerlo, y por ello se vale de un intermediario —replicó Mason—. Tiene que pensar en sí misma y trata de salir como pueda del callejón en que, como usted, está metida. Yo la ayudo lo mejor que puedo y sé, naturalmente, pero el caso es que necesito dinero. No creo que ella se atreva a pedírselo, y a ello vengo.

—¡Ah! ¿Quiere usted dinero? —inquirió Burke.

—Sí, señor. ¿Para qué estaría aquí si no?

Al parecer, la comprensión plena y total de lo que oía penetró gradualmente y en oleadas sucesivas en el cacumen de Burke.

—¡Dios mío! —exclamó al cabo—. Pero, ¡esto será mi ruina!

Mason guardó silencio.

—Cualquiera puede comprar el *Spicy Bits* —siguió diciendo Burke—. No estoy bien enterado de cómo se hace; sin embargo, creo que es mediante un trato, por el cual uno compra uno de los espacios que el periódico reserva para los anuncios y después rompe el contrato, el cual incluye una cláusula en que se hace mención de cierta indemnización por daños y perjuicios... Pero usted es abogado y debe saber lo que hay que hacer.

—El *Spicy Bits* no puede comprarse... ahora —dijo Mason—, en

primer lugar, porque pide una suma muy crecida por guardar silencio, y en segundo lugar, porque prefiere luchar contra nosotros. Ni piden cuartel ni desean concederlo.

Harrison Burke se enderezó en su asiento.

—Señor mío —dijo—. Ésa es una apreciación equivocada. Yo no veo por qué ha de adoptar el *Spicy Bits* una actitud semejante.

Mason se echó a reír en su cara.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pues bien; sepa que el poder oculto que dirige ese periódico, su verdadero director y propietario es

Jorge C.

Belter, y que la mujer que acompañaba usted en Beechwood Inn, la que intenta plantear una demanda de divorcio, es su mujer. Reflexione acerca de esto.

Burke tenía el rostro más blanco que el papel.

—¡Es imposible! —protestó—. Belter es un caballero. No puede estar mezclado en tan sucio negocio.

—Pues, así y todo, es el propietario del periódico —insistió Mason.

—¡Oh, no!

—Sí, sí —repitió el procurador—. Yo le doy el aviso; utilícelo si quiere, y si no, no lo utilice. No es mi funeral; es el suyo. Si sale de ésta, será porque juega bien la partida y recibe buenos consejos. Yo estoy dispuesto a aconsejarle.

Harrison Burke se retorció las manos.

—Veamos, ¿qué es exactamente lo que desea? —dijo a Mason.

—Que yo sepa —replicó éste—, sólo hay un medio de acabar para siempre con esa partida de chantajistas, y éste es combatirla a sangre y fuego. Para ello, yo mismo voy a practicar un chantaje. Pienso averiguar algo que me interesa, valiéndome de los informes que he podido obtener, y necesito dinero. Mistress Belter no posee ni un céntimo, y como es natural, yo no pienso sufragar los gastos que me acarree el asunto.

»Cada vez que la manecilla de ese reloj describa un círculo, transcurrirá una hora dedicada por mí al trabajo..., por mí y por otros..., y con ellas irán ascendiendo los gastos. Vista de este modo la cuestión, no le extrañará, pues, mi visita, sin ser llamado, para

que contribuya a dichos gastos.

Harrison Burge pestañeó.

—¿Cuánto cree que me costará el hacerlo? —inquirió con precaución.

—Por ahora me contentaré con mil quinientos dólares, y si le saco de éste... bueno, ya será otra cosa. Le costará un poco más.

Burke se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Tendré que pensarlo —dijo—. Para poder disponer de una cantidad tan considerable se necesita tiempo. Vuelva mañana por la mañana y le diré lo que haya.

—La cosa va de prisa —le advirtió Mason—. Entre hoy y mañana habrá corrido mucha agua bajo el puente.

—Entonces, vuelva dentro de dos horas —dijo Burke.

Mason le dirigió una mirada furtiva, respondiendo:

—Esta bien. Pero antes permítame decirle lo que piensa hacer. Usted va a tomar informes respecto a mi persona. Descubrirá que soy un letrado especializado en la defensa de criminales y, en juicio, en la de los intereses de mi clientela. Mis colegas procuran especializarse en alguna rama de la Jurisprudencia; yo me dedico exclusivamente a sacar a la gente de apuros. Trabajo para librarles de un mal paso y con orgullo declaro que ninguno de mis clientes se ha presentado jamás ante un Tribunal.

»No busque mi nombre en las listas de una corporación, porque no me encontrará, y si habla mal de mí con algún abogado le dirá que soy un picapleitos, un trapisondista, y si lo hace con algún empleado de las oficinas del fiscal del distrito, que soy un antagonista peligroso, pero que apenas me conoce. Si busca mi nombre entre los cuentacorrentistas de un Banco, quedará chasqueado, porque no lo encontrará.

Burke abrió la boca como si fuera a hablar, pero cambió de parecer, porque permaneció callado.

—Así le aconsejaría que no pierda el tiempo —siguió diciendo Mason—. Tampoco hable de mí a Eva Belter. Se enfadará muchísimo cuando sepa que he venido a verle, porque desea llevar la voz cantante en este asunto y además es probable que no haya pensado en usted. De todos modos, si se pone al habla con ella, envíele un recado referente a un vestido o cosa así. Verá qué pronto le contesta.

Burke pareció sorprenderse ante aquellas manifestaciones.

—¿Cómo sabe usted eso? —inquirió.

—Así recibe toda clase de recados —observó tranquilamente Mason, sin responder a la pregunta—. Yo tengo que hablarle de la limpieza de un traje, ¿y usted?

—De la entrega de unos zapatos —replicó Burke.

—Es un buen sistema..., siempre que no se confunda y nombre una prenda por otra —dijo Mason—. En su lugar, yo desconfiaría de la doncella.

La reserva de Burke se fundió rápidamente.

—La doncella no sabe nada; simplemente transmite el recado que se le confía. Eva se reserva la clave... y a propósito, yo creía que usaba de ella nada más que para hablar conmigo.

Perry Mason lanzó una carcajada.

—No sea niño —observó.

Harrison Burke adoptó un aire digno.

—Esa señora —dijo— habló conmigo hará cosa de media hora y me ha pedido mil dólares contantes y sonantes. Dice que ha de vencer serias dificultades y desea que yo la ayude, pero no me ha explicado en qué va a emplear ese dinero.

—Puede usted suponerse —dijo Mason.

Burke hizo un gesto de aprobación.

—Vuelva dentro de media hora —dijo— y le daré una contestación.

Mason se movió en dirección a la puerta.

—Está bien —replicó—. Le aconsejo que me pague en dinero efectivo. No le conviene hacerlo mediante cheques; no sea que se publique lo que hago y en beneficio de quién actúo.

Burke echó atrás su silla y le tendió cordialmente la mano, puesto en pie, pero Mason no la vio, o no quiso molestarse en estrecharla, porque le volvió la espalda.

—Dentro de media hora estaré aquí —dijo desde el umbral, y cerró la puerta tras de sí.

Ponía la mano en el pomo de la portezuela del coche, cuando alguien le dio un golpecito en el hombro. Se volvió y hallóse frente a un individuo corpulento, de mirada atrevida.

—Desearía que me concediera una interviú, míster Mason —le dijo.

—¿Una entrevistó? —repitió sorprendido el letrado—. ¿Con quién diantres hablo?

—Con míster Crandall —dijo el hombre—, reportero del *Spicy Bits*. El periódico se interesa por los hechos de los hombres eminentes, míster Mason, y por ello quisiera que me concediera una entrevista, y saber su conversación con míster Burke.

Lenta, deliberadamente, Perry Mason separó la mano del pomo y giró sobre sus talones, encarándose con el individuo, sin quitarle la vista de encima.

—Adivino su táctica —dijo—, y ya veo que piensa aplicármela.

Crandall continuaba clavándole la descarada mirada.

—No sea testarudo —observó—, porque es inútil. No le venderemos ningún espacio.

—¡Lo veremos, caramba! —exclamó Mason. Midió la distancia y asestó en la sonriente boca del otro un directo terrible.

La cabeza de Crandall osciló violentamente, éste dio, tambaleándose, unos pasos y finalmente cayó al suelo como un costal de paja.

Algunos transeúntes se detuvieron a mirar y se formó un pequeño grupo.

Mason no le prestó atención. Volvióse, abrió de un tirón la portezuela del coche, penetró en su interior, pisó el embrague, accionó la palanca de marcha y salió escapado.

Desde una farmacia cercana llamó por teléfono al despacho de Burke.

Cuando le tuvo al otro lado de la línea le dijo:

—Mason le habla, Burke. No salga de casa y búsquese alguien que le guarde las espaldas. El periódico de que hablábamos ha soltado contra nosotros un par de hombres vigorosos que andan por ahí prontos a mezclarse en nuestros asuntos, de modo que poco bueno saldrá de ellos. Cuando haya recibido el dinero que me destina envíelo a mi despacho por un mensajero de confianza, pero no le diga qué es lo que le confía. Ponga el dinero en un sobre lacrado, como si se tratara de un documento, y creará que lleva papeles.

Harrison Burke iba a decir algo, sin duda, pero Mason colgó de su gancho el auricular, salió de la farmacia y tornó a meterse en el auto.

## Capítulo VII

Una tormenta procedente del Sudeste había estallado, sin previo aviso, sobre la ciudad. Pesados nubarrones cruzaban lentamente el espacio en tinieblas e inundaban las calles con cataratas de agua.

El viento soplaba con fuerza en la esquina que ocupaba la casa de Mason y aunque la ventana de su dormitorio estaba apenas entreabierta penetraba soplando por ella y hacía oscilar las cortinas.

Mason sentóse en la cama y a oscuras buscó el aparato telefónico. Lo halló, pegó a su oído el auricular y dijo:

—¿Diga?

La voz de Eva Belter, rápida y aterrorizada, sonó al otro lado de la línea.

—¡Gracias a Dios que contesta! —decía—. ¡Venga en seguida! Soy Eva Belter.

Perry Mason estaba aún adormilado.

—¿A dónde he de ir? —inquirió—. ¿Qué le sucede?

—Una cosa espantosa —replicó mistress Belter—. Venga, venga..., pero no a mi casa.

—¿Pues a dónde?

—A la avenida Griswold. Me he refugiado en una farmacia. Suba por la avenida y distinguirá sus luces. Le aguardo a la puerta.

Perry Mason recuperaba poco a poco el uso de la razón. Dijo:

—Oiga, muchas veces he acudido a citas como ésta y luego he descubierto que se me llamaba para dar un paseo. Me parece muy extraño lo que sucede.

Ella le chilló por el aparato con voz impaciente:

—¡Diantre de hombre! ¡Qué desconfiado es! Venga al instante. Me hallo en una situación horrorosa, se lo repito. ¿Es que no conoce mi voz?

Mason replicó con calma:

—Perfectamente. ¿Cuál fue el nombre que usó al venir por vez primera a mi despacho?

—¡Griffin, Eva Griffin! —le chilló mistress Belter.

—Bien. Ahora voy.

Se vistió; deslizó un revólver en el bolsillo del pantalón, se puso el impermeable y se encasquetó la gorra; apagó la luz de su cuarto y salió del departamento. Tenía el coche en el garaje. Puso el motor en marcha y antes de que estuviera del todo caliente, salió a escape bajo la lluvia.

Al volver la esquina, el coche, patinaba sobre el asfalto mojado; Mason continuó pisando el acelerador. La lluvia azotaba el parabrisas. Pequeñas salpicaduras de agua subían del pavimento y la luz de los faros del coche arrancaba brillantes destellos a las gotas, desparrramadas en todas direcciones.

Mason atravesó con creciente rapidez las calles transversales, desdeñando la posibilidad de cualquier otro movimiento de tráfico en su camino. Al llegar a la avenida Griswold torció a la derecha y corrió unos dos kilómetros o más, antes de aminorar la marcha y comenzar a buscar las luces.

Por fin vio a mistress Belter parada delante de la farmacia. Iba a cuerpo y sin nada a la cabeza, indiferente a la lluvia que había empapado sus cabellos. Tenía los ojos dilatados por el espanto.

Perry Mason acercó el coche a la acera.

—Creí que no iba usted a llegar nunca —le dijo mistress Belter cuando él abrió la portezuela para que ella subiera.

Penetró en el interior del coche y Mason reparó en que llevaba traje de noche y calzado de raso. Cubría sus hombros una chaqueta de hombre. Tan empapadas tenía las ropas, que el agua se escurría de ellas, mojando el suelo del coche.

—Bueno, ¿qué sucede? —inquirió Perry Mason.

Ella le miró. Tenía el rostro pálido, chorreando agua y respondió:

—¡Pronto! Lléveme a casa.

—Pero, ¿qué sucede? —tornó a preguntar su acompañante.

—¡Que han asesinado a mi esposo! —gimió mistress Belter.

Antes de replicar, Mason encendió la luz del techo.

—¡Por favor, no encienda! —suplicó Eva.

Él la miró fijamente.

—Cuénteme cómo ha sido —dijo haciendo caso omiso de su protesta.

—Antes ponga el motor en marcha.

—No. Quiero conocer los hechos ahora mismo.

—Es que tenemos que llegar a casa antes que la policía.

—¿Por qué?

—Porque es necesario.

Mason meneó la cabeza.

—No —dijo—, no quiero ver a la policía hasta que sepa con exactitud lo que ha pasado.

—¡Oh, ha sido terrible, terrible!

—¿Quién mató a Belter?

—No lo sé.

—Bien. ¿Qué es lo que sabe?

—Sé..., pero, ¿quiere apagar la luz de una vez?

—Después de que me lo haya contado todo —insistió Mason.

—No comprendo para qué la ha encendido.

—Para verla mejor, querida señora —replicó el procurador sin ironía. Tenía un aire grave.

Ella exhaló un suspiro de cansancio.

—En realidad, ignoro lo que ha sucedido, pero sospecho que se trata de un nuevo *chantaje de mi esposo*. Su víctima vino a verle y sus voces airadas descendían desde el piso superior hasta donde yo estaba. Ambas sonaban tan iracundas, que me asomé a la escalera a escuchar.

—¿Y pudo oír lo que decían?

—No, sólo palabras sueltas y el tono con que se pronunciaban. Los dos hombres maldecían, y de vez en cuando cambiaban una palabra que otra. Mi esposo usaba el frío y sarcástico acento que adopta cuando está loco de rabia y con ganas de luchar; el otro hablaba en voz alta, pero no gritaba. De vez en cuando interrumpía a mi esposo.

—¿Cómo acabó la cuestión?

—Había yo bajado un poco la escalera para oír mejor —siguió diciendo mistress Belter— cuando... —se paró de pronto y contuvo la respiración.

—Prosiga. De pronto..., ¿qué sucedió?

—Oí el ruido de un disparo y el golpe sordo de un cuerpo al

desplomarse.

—¿Sólo un tiro?

—Uno solo, seguido, como le digo, por un golpe sordo. ¡Oh, fue espantoso! Y retumbó en toda la casa.

—Perfectamente. ¿Qué hizo usted después?

—Di media vuelta y salí corriendo, presa de un pánico sin nombre.

—Corrió... ¿adónde?

—A mi habitación.

—¿La vio alguien?

—No. Me parece que no.

—¿Entonces...?

—Aguardé allí por espacio de un minuto...

—¿Y oyó algo?

—Sí. Oí bajar corriendo la escalera al asesino y salir de la casa.

—Perfectamente. ¿Y qué más? —dijo Mason insistiendo siempre.

—Entonces me decidí a ir junto a Jorge y ver lo que podía hacer por él. Subí a su gabinete y allí lo encontré... tendido en el suelo..., muerto... Por lo visto acababa de tomar un baño, pues llevaba puesto el albornoz.

—¿Dónde estaba tendido? —inquirió despiadadamente Mason.

—¡Por favor, no me haga entrar en detalles! —imploró mistress Belter—. No puedo decírselo exactamente. Creo que está cerca del cuarto de baño, del que acababa de salir. Debía estar en pie, junto a la puerta, cuando comenzó la disputa.

—¿Y cómo sabe que estaba muerto?

—Porque le miré, pero... ahora ya no estoy tan segura. Ya no me atrevería a afirmarlo. Venga conmigo. ¡Ayúdeme! Si no está muerto, todo puede arreglarse aún. Si lo está... en buen lío estaremos metidos.

—¿Por qué?

—Porque se sabrá todo, ¿no lo comprende? Frank Locke sabe lo del asunto Burke, y naturalmente, creará que él ha sido el asesino de mi esposo. Obligado por las circunstancias, Burke mencionará mi nombre y entonces no sé lo que sucederá. Quizá se sospeche de mí...

Mason dijo:

—¡Deseche todo temor! Locke sabe lo de Burke, es verdad, pero

Locke es un jefe nominal, un figurón, y tan pronto como pierda el apoyo de su esposo se vendrá al suelo. Además, no veo que Harrison Burke sea el único que tiene motivos de queja contra su esposo.

—No, claro está —dijo Eva, insistiendo en su idea—; pero es el más ofendido. Además, los otros no saben quién dirige el periódico: Harrison Burke, sí. Usted mismo se lo dijo.

—Y él se lo contó a usted, ¿eh? —insinuó Mason.

—Sí, me lo contó. ¿Por qué se dirigió a él?

—Porque —repuso sombríamente Mason— le quería hacer pagar mis servicios. No iba a consentir que pusiera usted todo el dinero.

—Pero eso es cuenta mía, ¿no le parece?

—No.

Mistress Belter se mordió los labios. Iba a decir algo, pero cambió instantáneamente de idea.

—Escuche —dijo Mason—. Si su esposo está muerto, abrirá una investigación, por consiguiente, ha de conservar el valor. ¿Tiene usted idea de quién es la persona que estaba hace poco en su casa?

—No podría afirmar qué es lo que supongo, a juzgar por el tono de su voz —replicó mistress Belter.

—Perfectamente. Sospecha usted de alguien y esto ya es algo. ¿Dice usted que no oyó lo que ambos hombres se decían?

—No —replicó pausadamente mistress Belter—, pero oía el sonido de sus voces y reconocí sus timbres. Oí la voz de mi esposo y luego la del hombre que discutía con él.

—¿La había oído antes?

—Sí.

—¿Sabe a quién pertenece?

—Sí.

—Pues entonces no sea tan reservada —exclamó Mason—. Soy su abogado y como tal debo saber la verdad.

—Usted sabe quién es —afirmó muy seria.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Oiga, uno de los dos se ha vuelto loco, no cabe duda —replicó Mason—. ¿Cómo quiere que yo lo sepa?

—Porque —replicó Eva lentamente—, ¿era usted quien discutía con mi marido!

Él le dirigió una mirada dura, glacial y penetrante.

—¿Yo? —repitió.

—¡Sí, usted! No quería decírselo. Mi intención no era dejarle comprender siquiera que estaba enterada de su presencia en mi casa. Deseaba guardar su secreto, mas usted me ha sonsacado. No tema: no se lo diré nunca a nadie, ¡nunca, nunca! Es un secreto que compartiré con usted.

Él la miró fijamente, con los labios apretados.

—Ya veo que es una excelente amiga y compañera —observó.

Ella le miró a los ojos y asintió con un lento movimiento de cabeza.

—Sí, míster Mason —dijo—; confíe: no le traicionaré.

Él ahogó un suspiro.

—¡Para lo que va a servirme! —exclamó.

Hubo un momento de silencio; luego Perry Mason preguntó con voz desprovista de toda expresión:

—¿Oyó partir un coche... luego...?

Mistress Belter titubeó un instante antes de responder.

—Sí, creo que oí rodar un coche; pero la tormenta estaba en todo su furor, y las ramas de los árboles del jardín azotaban las paredes de la casa de tal modo, que no podría asegurarlo.

—Es usted muy nerviosa y, además, está trastornada. Pero, una de dos: o se deja vencer por sus nervios y llama a un médico que se niegue a dejarla hablar con nadie, o da usted una versión coherente de lo sucedido. De lo contrario, menudo lío se va a armar cuando haya de responder a las preguntas de una indagatoria judicial. ¿Oyó o no oyó el rodar de un coche que se alejaba?

—Sí, lo oí —replicó en son de desafío Eva Belter.

—Está bien. ¿Cuántas personas había o hay en la casa?

—No comprendo.

—Me refiero a la servidumbre. Deseo saber de cuántos individuos se compone.

—Pues verá usted: consta de Digley, el mayordomo...

—Ya lo conozco y sé qué clase de persona es. ¿Quién más hay?  
¿Un ama de llaves?

—En efecto. Ejerce este cargo una tal mistress Veicht. Tiene una hija que está pasando unos días con ella.

—Comprendido. Pero hablemos de los hombres. ¿No hay más

hombres en la casa que su esposo y el mayordomo?

—No. También se encuentra en ella Carlos Griffin.

—Griffin, ¿eh?

—Sí —replicó Eva, ruborizándose.

—Comprendo por qué se apropió del nombre de Griffin cuando me visitó.

—No diga eso. Le aseguro que empleé el primer apellido que me vino a la mente.

Él replicó, sonriendo:

—Yo no digo nada. Usted se lo dice todo.

Eva Belter dijo rápidamente:

—Carlos Griffin es sobrino de mi esposo. Rara vez se le halla en casa por las noches. Es muy desordenado y lleva una vida muy alegre. Se dice que vuelve a casa borracho muchas veces. Yo no le he visto. Sólo sé que está muy unido a mi esposo y que Jorge le quiere como a pocas personas. Jorge es muy raro, ¿sabe usted? En realidad, no quiere a nadie. Desea poseer, dominar, aplastar, mas no puede amar. No tiene amistades y se basta a sí mismo.

—Comprendo —dijo Mason—. Ya conozco a esa clase de individuos. Sin embargo, ahora no me interesa el carácter de su esposo. Hábleme más extensamente de Carlos Griffin. ¿Estaba esta noche en casa?

—No; salió de ella a primera hora de la tarde y no sé que haya vuelto para cenar. Me parece recordar que salió con intención de visitar el club de golf, para jugar allí. ¿A qué hora comenzó a llover por la tarde?

—A las seis en punto. ¿Por qué?

—Sí; ahora recuerdo que después del mediodía estaba el ambiente muy agradable y que Carlos se fue a jugar al golf. Más tarde, Jorge nos dijo que había telefoneado desde el club diciendo que se quedaba a cenar y que volvería tarde a casa.

—¿Y *está segura* de que no había vuelto cuando oyó discutir a su marido? —preguntó Mason.

—Segurísima.

—¿Está segura —siguió inquiriendo Mason— que no era su voz la que oyó en el estudio?

Eva Belter titubeó un instante.

—No —dijo al cabo—. No era su voz, sino la de usted.

Mason lanzó entre dientes una exclamación de enojo y ella se apresuró a rectificar:

—Es decir: se le parecía muchísimo. El antagonista de Jorge hablaba como usted; con el mismo acento tranquilo y dominador. Levantaba la voz y, sin embargo, ésta era mesurada, suave, como la de usted, mas no tema, no lo diré a nadie, ¡a nadie! ¡Aunque me torturen, no mencionaré su nombre!

Y así diciendo, Eva le miró con las pupilas dilatadas mediante un esfuerzo de voluntad, y con una expresión de estudiada inocencia.

Perry la miró fijamente a su vez y en seguida se encogió de hombros.

—Hablaemos de esto más tarde —dijo— y entretanto procure reponerse. Pero antes, dígame: ¿acaso reñían por *usted* su esposo y el otro hombre?

—No lo sé. No lo sé —repitió mistress Belter—. Ya le he dicho que no oía lo que decían. Sólo sé que *debo* volver a casa. ¿Qué sucederá si alguien descubre el cadáver y se ve que yo no estoy?

Mason replicó:

—Tanto nos hemos demorado, que ya no importa que tardemos en volver minuto más o menos. Aparte de que antes de partir deseo saber todavía una cosa.

—¿Cuál?

Mason se inclinó sobre ella, le tomó la barbilla y le volvió la cara de modo que ésta quedaba bañada totalmente por los rayos de la lámpara fija en el techo del coche. Luego inquirió, pausadamente:

—¿Era Harrison Burke el que acompañaba a su esposo cuando sonó el tiro?

A ella se le cortó la respiración.

—¡Dios mío, no! —replicó.

—¿Estaba en la casa?

—No.

—¿Por la tarde o en alguna hora de la noche le llamó por teléfono?

—Tampoco. No sé nada de Harrison Burke, ni le he visto ni oído desde la noche en que visitamos Beechwood Inn. Es más: le confieso que no quiero saber nada de él. No hace más que acarrearle disgustos.

Mason observó, sombríamente:

—Entonces, ¿cómo sabe usted que le hablé del papel de su esposo en el *Spicy Bits*?

Mistress Belter bajó los ojos y trató de liberar la mano que el procurador aprisionaba entre las suyas.

—Responda —ordenó él, despiadadamente—. ¿Se lo dijo esta noche en su casa de usted?

—No —balbució mistress Belter en voz baja—. Fue esta tarde, por teléfono.

—De modo que la llamó esta tarde, ¿eh?

—Sí.

—¿Sabe si fue mucho después de ir yo a verle?

—En cuanto usted le dejó.

—O sea, antes de enviarme algún dinero por conducto de un mensajero.

—Eso es.

—¿Y por qué no me lo ha dicho? ¿Por qué pretendía hacerme creer que no ha visto, hace días, a míster Harrison?

—Pues porque se me olvidó. Si mi intención fuera engañarle, no le habría dicho, en un principio, que hablé con él.

—¡Oh, sí! Usted me ha hablado de ello porque no ha creído que yo pudiera sospechar que él estaba en el estudio con su esposo cuando sonó el tiro.

—No es cierto.

—Sí, lo es. Usted es una embustera —Mason hizo esta declaración, fría y desapasionadamente—. No sabe decir la verdad. No juega limpio con nadie; ni siquiera consigo misma. Y ahora vuelve a mentir. Usted sabe perfectamente quién era el interlocutor de su marido.

Pero ella movió la cabeza.

—¡No, no, no! —dijo—. No lo entiende usted. ¡Yo no se quién era! ¡Creí que era usted! Por eso no le llamé desde casa. Preferí hacerlo desde aquí, o sea, a unos mil metros de distancia.

—Pues no lo entiendo.

—Es muy sencillo. Mi intención era dejarle llegar a su casa, ¿comprende?, y así poder decir, si me interrogaban, que le llamé por teléfono y que usted me contestó en el acto, desde allí. Hubiera sido terrible haberle llamado y que usted estuviera fuera después de haber reconocido antes su voz.

—Usted no reconoció mi voz —observó tranquilamente Mason.

—Bueno; creí reconocerla —respondió con gazmoñería Eva Belter.

—Pues no tiene que creer nada. Estaba en la cama y llevaba durmiendo en ella dos o tres horas cuando usted me llamó, mas no puedo probarlo, naturalmente. Si la policía cree que he estado en su casa me costará mucho demostrar mi inocencia, y usted cuenta con esto.

Ella alzó los ojos para mirarlo y, de súbito, le echó los brazos al cuello.

—¡Oh, Perry, no me mires así! ¿Cómo es posible que creas que voy a delatarte? Estás metido hasta el cuello, como yo, en el horrible caso. Has hecho lo que has podido para sacarme de él con bien, pero ambos estamos en iguales circunstancias: ayúdame y te ayudaré.

Él la rechazó y oprimió con los dedos los brazos mojados de ella, hasta que se vio libre de su contacto. Después tornó a levantarle la cara para verle los ojos.

—Delira usted —dijo—. No estamos hundidos en nada, nada. Usted es mi cliente y yo la defiendo como a tal; esto es todo, ¿entiende?

—Sí —dijo mistress Belter.

—Perfectamente. ¿De quién es la chaqueta que lleva puesta?

—De Carlos. La encontré en el pasillo. Había salido ya a la calle, cuando me di cuenta de que estaba lloviendo, y para no mojarme, volví a entrar en casa y la cogí.

—Bien. Reflexione en todo ello mientras llegamos a su casa, no sé si la policía estará o no allí. ¿Sabe si, además de usted, oyó el tiro alguna otra persona?

—Me parece que no.

—Bueno. Se nos ofrece ocasión de utilizar este negocio antes de que llegue a su casa la policía, olvídense de que bajó a la farmacia y de que me llamó desde ella. Diga que se comunicó conmigo desde su dormitorio y que después corrió a mi encuentro, ¿comprende? Usted no pudo permanecer en la casa, tuvo miedo y salió a la calle. Por eso se ha mojado.

—Sí, sí.

Perry Mason apagó la luz, movió la palanca y puso el coche en

marcha. Seguía lloviendo.

Eva se arrellanó en el asiento junto a él y con el brazo izquierdo rodeó su cuello mientras apoyaba la mano derecha en sus rodillas.

—¡Tengo miedo —gimió— y estoy sola!

—¡Silencio! —le ordenó Mason—. Reflexione.

Llevó el coche a una marcha delirante por la prolongada ladera de la colina, torció al llegar al paseo de Elmwood y en un segundo escaló la cima de la colina donde se hallaba situada la casa. Una vez frente a ella se metió por la calzada y detuvo el auto delante mismo del pórtico.

—Ahora escuche —dijo en voz baja a su compañera, mientras la ayudaba a apearse—. La casa está sumida en el silencio, como si nadie hubiera oído la detonación y, por consiguiente, la policía no ha llegado aún. Ahora tiene que apelar a su ingenio. Si ha mentido, peor para usted, ya que se encontrará con serias dificultades.

—No he mentido. Dios es testigo de que he dicho la verdad —afirmó Eva, muy seria.

—Bueno —replicó Mason; y juntos atravesaron velozmente el pórtico.

—He dejado la puerta abierta —dijo mistress Belter—. Entre usted.

Y se apartó para dejarle paso.

Perry puso la mano en el pomo.

—Se equivoca —dijo—. Está cerrada con llave. ¿Tiene ahí con qué abrir?

Ella le miró con inexpresivo semblante.

—No —repuso—; tengo la llave en el bolso.

—¿Y dónde está su bolso?

Ella dirigió una mirada vaga, pero su actitud demostraba que se había quedado helada de terror.

—¡Dios mío! —exclamó—. Sin duda lo dejé arriba... junto al cuerpo de mi esposo.

—¿Lo llevaba cuando subió? —inquirió Perry Mason.

—Sí, y debió caerse al suelo, porque no recuerdo haberlo llevado al salir de casa.

—Doble motivo para que no dejemos de entrar. ¿Sabe si hay alguna otra puerta abierta en el edificio?

Eva movió la cabeza negativamente; pero, recapacitando, dijo:

—Sí; en la parte posterior hay una puerta destinada a los criados. La llave está colgada bajo el alero del tejado del garaje. Ella nos proporcionará el acceso al interior de la casa.

—Pues, ¡adelante!

Bajaron los escalones del pórtico y recorrieron el enarenado sendero que corría en torno de la finca. Ésta permanecía oscura y silenciosa. El viento azotaba los arbustos del sendero y la lluvia arremetía los costados de la casa, pero ni el menor ruido salía del interior de la melancólica y solitaria mansión.

—¡Silencio! Procure no hacer ruido —recomendó Mason a su acompañante— si desea entrar sin que la oigan los criados. Si nadie está despierto, necesito un minuto o dos para orientarme, después que vea la disposición del terreno dentro de la casa.

Ella hizo un gesto de asentimiento; a tientas buscó la llave junto a las tejas del garaje y, una vez que la hubo hallado, abrió la puerta de servicio.

—Bueno; ahora entre callandito y ábrame la puerta principal. Entretanto cerraré desde afuera esta puerta y volveré a colgar la llave de su clavo.

Ella aprobó el plan con una inclinación de cabeza y desapareció en el oscuro interior de la finca. Mason cerró la puerta con llave, puso ésta en su sitio y, después, se apresuró a desandar el camino recorrido en torno de la casa.

## Capítulo VIII

Al llegar frente al pórtico se detuvo y aguardó un minuto o dos, según le pareció, antes de oír los pasos de Eva Belter al otro lado de la puerta y el rechinar de la llave en la cerradura. Por fin abrióse aquélla y vio en el umbral a Eva, que le dedicaba una sonrisa.

En el vestíbulo de entrada ardía una luz, pero una luz de noche, que iluminaba vagamente todos los objetos, mostrando el oscuro tramo de escaleras que conducía al primer piso, el mobiliario del vestíbulo, un par de sillas de recto respaldo, un espejo monumental, un perchero y un paragüero.

En el perchero había colgada una chaqueta de mujer y en el paragüero, metidos, un par de bastones y tres paraguas. En torno de uno de ellos habíase formado un charco que reflejaba los rayos del farol de la entrada.

—Oiga: ¿apagó la luz antes de salir? —preguntó Mason a Eva, con voz tenue como un susurro.

—No. Está conforme la dejé.

—Es decir, que su esposo dejó que el que venía a verle traspasara el umbral sin encender en su honor más que ese farol.

—Justamente. Así debió ser.

—Y mientras la familia no se retira a descansar, ¿no tiene una luz encendida más viva en la escalera?

—Sí en ocasiones —le explicó mistress Belter—, pero Jorge se reserva para sí todo el departamento, y como no molesta, procuramos no molestarle.

—Bien, subamos —profirió Mason—. Encienda ahora la luz.

Precediendo a su compañera, Mason subió la escalera y penetró en la sala de recibo, donde por vez primera había visto y conocido a Jorge Belter.

La puerta por la cual había entrado Jorge en aquella ocasión

estaba ahora cerrada. Mason hizo girar el pomo y entró en el gabinete. Era ésta una habitación inmensa, amueblada y decorada conforme al mismo estilo que imperaba en la salita de recibo. Las sillas, tapizadas de una tela gruesa, eran de tamaño más que regular; la mesa escritorio dos veces mayor que una mesa corriente. Por una segunda puerta, abierta, se entraba en el dormitorio y, a unos pasos de distancia de éste, otra puerta conducía al cuarto de baño, al cual podía llegarse también desde el dormitorio por una puertecilla de escape.

El cuerpo de Jorge Belter yacía en el suelo del pasillo que iba del estudio al cuarto de baño. Estaba desnudo, conforme se veía por la abertura que dejaba en toda su longitud la bata de franela en que se había envuelto.

Dando un chillido, Eva Belter se abrazó fuertemente a Mason.

Éste la apartó de su lado sin ceremonias, se aproximó a Belter y arrodillóse junto a él.

Estaba muerto y bien muerto. Sólo había recibido un tiro de revólver, pero la bala habíase alojado en el corazón. Al parecer, la muerte había sido instantánea.

Mason palpó la cara interior de la bata y reparó en que estaba húmeda. La ciñó bien en torno del cadáver, saltó por encima de su brazo extendido, y pasó al cuarto de baño.

Como todas las habitaciones del primer piso, ésta había sido construida en gran escala, como para un gigante. La bañera, enclavada en el suelo de la habitación, bajo su nivel, medía ocho pies de longitud y tenía tres o cuatro de profundidad. Un lavabo descomunal ocupaba el centro de la pieza. Mason examinó los toalleros.

—Vea —dijo, volviéndose a Eva—. Todas las toallas están dobladas y secas. Su marido no tuvo tiempo de secarse; sólo de echarse la bata encima, lo cual demuestra que algo o alguien vino a interrumpir su baño.

Eva inclinó pausadamente la cabeza.

—Entonces, ¿le parece que mojemos y arruguemos una, como si él se hubiera secado con ella?

—No. ¿Para qué?

—¡Ah! Pues no sé. Se me ha ocurrido esa idea.

—Atienda y no olvide lo que voy a decirle —observó él, muy

serio—. Por lo visto y con excepción de usted, nadie sabe lo ocurrido..., ni cuando ocurrió. Y si no llama en el acto a la policía, ésta concebirá sospechas, y querrá que le explique por qué, antes que a ella, llamó usted a su abogado. Esta circunstancia la hará sospechosa, ¿comprende?

Eva tornó a inclinar la cabeza. Se le habían oscurecido las pupilas.

—Bueno, pues, fíjese bien en lo que le digo y procure no perder la cabeza. Diga a la policía todo lo que ha pasado, pero omita un detalle: el de que tornó a subir la escalera después de haber abandonado el asesino la casa. Este detalle es el que menos me agrada de su cuento, y probablemente le sucederá lo propio a la policía, pues es evidente que si tuvo la necesaria presencia de ánimo para venir aquí, también pudo tenerla para llamarla. El hecho de que pensase antes en el abogado hará creer que tiene usted conciencia de su culpa.

—Podemos explicar que ya había consultado con usted otro asunto relacionado con el presente, que por ello quise hablarle —observó Eva.

Pero Mason rió en sus narices.

—¡Dios mío, pues buena se armaría! —exclamó—. La policía desearía saber de qué asunto se trata y no tardaba usted en averiguar, a su costa, que les había dado motivo para creer que es usted la asesina de su marido. ¡No, no!, no hay que mencionar eso siquiera. Por el contrario: tenemos que ver a Burke y convencerle de que se esté callado.

—Pero, ¿y el periódico? —protestó Eva—. ¿Qué será del *Spicy Bits*?

—A la muerte de su esposo pasa usted a ser propietaria. ¿Se le ha ocurrido a usted esto? Ahora puede llevar las riendas, manejarlo a su antojo.

—¿Y si Jorge me hubiera desheredado?

—En este caso, pleitearemos y en el ínterin trataré de instalar a usted como su administradora temporal, hasta la terminación del pleito.

—Muy bien —replicó rápidamente mistress Belter—. Quedamos, pues, en que salí corriendo de casa, ¿y después...?

—Repetirá el cuento que me refirió, sin quitarle punto ni coma.

Dirá usted que, aterrada, salió corriendo de esta casa, recuerdo que esto fue antes de que bajara la escalera el hombre que discutía con míster Belter, y que se lanzó a la calle, indiferente al aguacero que caía, cogiendo al pasar por el vestíbulo la primera prenda de abrigo que halló a mano. Estaba tan excitada, que se apoderó de una chaqueta de hombre *en lugar de tomar una de las suyas, que estaba colgada del mismo perchero.*

—Comprendido —repuso mistress Belter con el mismo acento de impaciencia—. ¿Y qué más? Aconséjeme...

—Que —siguió diciendo Mason— vio un automóvil parado en la calzada, pero que no recuerda, tan aturdida estaba, si era un coche cerrado o abierto, de turismo o de lujo. Comenzó a correr y entonces vio salir precipitadamente de la casa a un hombre. Éste se metió de un salto en el automóvil, encendió los faros y entonces usted se ocultó entre los árboles del parque para que él no la viera.

»El coche pasó por delante de usted, calzada abajo, y usted corrió tras él con objeto de ver el número, pues por entonces se daba ya cuenta de lo importante que era descubrir la identidad del hombre que estaba junto a su marido cuando sonó el disparo.

—Perfectamente, ¿y después...?

—Dígales lo mismo que a mí: que tuvo miedo de volver sola a casa y que fue en busca del teléfono más próximo. Pero no olvide, durante todo este tiempo, que usted *no sabía* que su esposo había muerto. Usted oyó un tiro, mas ignoraba si éste fue disparado por su esposo contra el hombre que huía herido, quizá, o por éste contra su esposo. También ignora si el tiro dio en el blanco o no, si su esposo ha sido muerto, sería o ligeramente herido, o si se suicidó mientras estaba en compañía del otro. ¿Tendrá presente todo esto?

—Sí, creo que sí.

—Bueno, pues por este motivo me llamó usted y yo le dije que venía al instante. Recuerde que usted no me ha hablado por teléfono del tiro. Sencillamente me ha dicho que había tenido un disgusto, que tenía miedo y que deseaba que yo viniera a hacerle compañía.

—Pero, ¿por qué le he escogido? —inquirió Eva Belter—. ¿Qué excusa inventaremos?

—Pues diremos que soy un antiguo amigo. Doy por supuesto que usted no frecuentaba mucho la sociedad en compañía de su esposo.

—No, en efecto.

—¡Espléndido! —dijo Mason—. Hace poco me llamó una o dos veces por mi nombre. Prosiga haciéndolo sobre todo cuando haya gente delante. Como a un antiguo amigo y no como jurista me llamó usted, ¿comprende?

—Comprendo.

—Ahora bien; ¿se acordará de todo lo que le he dicho? ¿Lo tendrá presente? ¡Responda!

—Sí —replicó Eva Belter.

Él examinó la habitación de una rápida ojeada.

—Dijo usted que se había dejado el bolso: búsquelo —dijo a Eva. Ella se dirigió a la mesa escritorio y abrió uno de los cajones. El bolso estaba dentro. Lo sacó, preguntando al propio tiempo:

—Y del revólver, ¿qué haremos?

Mason siguió la dirección de su mirada y tirada en el suelo, casi debajo de la mesa y medio oculta por la sombra que aquélla proyectaba, vio una pistola automática.

—No —replicó—. Sería un error tocarlo. La policía puede seguir una pista y descubrir a quién pertenece.

Eva replicó con el ceño fruncido:

—Tiene gracia que ese hombre haya disparado un tiro y luego haya tirado el arma de que se valió para hacerlo. Nosotros ignoramos a quién pertenece. ¿No le parece que lo mejor sería hacer algo de él?

—¿Hacer qué?

—Esconderlo en alguna parte.

—Hágalo y así tendrá algo más que explicarle a la Policía cuando ésta lo encuentre —dijo con sorna Mason.

—Confío en usted, Perry —contestó Eva—, pero preferiría hacer lo que he dicho, para que sólo se encontrara aquí el cadáver.

—Pues yo no —fue la concisa réplica de Mason—. ¿Se acuerda de todo lo que le he dicho?

—Sí.

Él tomó el auricular.

—Señorita —dijo—, póngame en comunicación con la Jefatura de Policía.

## Capítulo IX

Bill Hoffman, oficial de la sección de homicidios, era un paciente hombretón de mirada escudriñadora y penetrante que antes de llegar a la conclusión definitiva, tenía por costumbre sopesar en su mente el pro y el contra de todas las cosas.

Sentado en el comedor de la casa de Belter miraba, a través del humo de su cigarro, a Perry Mason.

—Los papeles hallados —dijo— indican que el muerto era el verdadero propietario del *Spicy Bits*, el periodicucho ése que desde hace cinco o seis años está haciendo temblar a las gentes.

Perry Mason habló lenta y cautelosamente.

—Lo sabía —dijo.

—¿Hace mucho tiempo? —preguntó éste.

—No; hace poco.

—¿Cómo lo ha descubierto?

—Perdone: no puedo decírselo.

—¿Por qué casualidad estaba usted aquí, anoche, antes de que llegara la Policía?

—Ya ha oído lo que ha dicho mistress Belter. Es la pura verdad. Ella me llamó. Se inclinaba a creer que su esposo había perdido la cabeza y que disparaba sobre la persona que había venido a verle. No sabía lo que había sucedido y temía por sí misma descubrirlo.

—¿Qué es lo que motivaba su miedo? —preguntó Hoffman.

Mason se encogió de hombros.

—Usted ha visto al muerto —respondió—, y ya comprenderá qué tipo de hombre requiere la dirección del *Spicy Bits*. Aquí, entre nosotros, era muy duro y quizá no se condujera como un perfecto caballero en su trato con las mujeres.

Bill Hoffman reflexionó un momento antes de contestar:

—Bien. Cuando sepamos quién adquirió el revólver, sabremos

mucho más acerca de este negocio.

—¿Y podrán seguirle la pista?

—Desde luego. Además, el revólver lleva grabado el calibre.

—Sí, ya lo vi cuando lo apuntó el agente. Es un «Colt» automático del treinta y dos.

—Eso es —afirmó Hoffman.

Hubo una pausa. Hoffman fumaba, pensativo. Perry Mason continuaba sentado y permanecía inmóvil, sin mover siquiera un músculo, en la posición del hombre que o está absolutamente tranquilo, o, por el contrario, teme hacer el más pequeño movimiento por temor a traicionarse.

Una o dos veces alzó Hoffman los plácidos ojos y los fijó en Perry Mason. Finalmente, observó:

—Hay algo extraño, algo que no sé explicar en este crimen.

—Eso es cuenta suya —replicó Mason—. Por regla general, yo me ocupo de los casos criminales mucho después de haber concluido con ellos la Policía. La situación en que me hallo constituye para mí una novedad.

Hoffman le dirigió una mirada penetrante.

—Sí —observó—. No es un hecho corriente el que un procurador se halle en el lugar del crimen antes de que llegue a él la Policía.

—Eso digo yo —admitió Mason—. Que no es hecho corriente.

Hoffman fumó un rato en silencio.

—Y bien: ¿localizaron ustedes al sobrino? —preguntó después Mason.

—No —replicó el sargento—. Se han registrado los lugares que frecuenta, y parece ser que a primera hora de la noche estuvo en un club nocturno con una mujer. Interrogada ésta ha manifestado que él separóse de ella antes de la medianoche, sobre las once y cuarto o cosa aproximada.

El ruido de un coche que ascendía penosamente la calzada, interrumpió súbitamente el diálogo entablado por los dos hombres. La lluvia había cesado y la Luna asomaba por entre jirones de nubes.

Por encima del ruido del motor oíase un continuo zump... zump... zump...

Después el coche se detuvo y sonó un claxon insistentemente.

—¿Qué diantres es eso? —exclamó Bill, alzándose pausadamente

de la silla.

Perry Mason escuchaba, con la cabeza ladeada.

—Suenan a neumático deshinchado —observó.

Entonces Hoffman se llegó a la puerta del comedor, y Mason fue en pos de él.

El policía abrió la puerta de la casa.

Fuera, en la calzada, veíanse inmóviles tres o cuatro coches de la Policía y fuera del círculo que formaban deteníase en aquel instante el coche recién llegado. Tenía las cortinillas subidas. Junto al volante divisábase la vaga silueta de un hombre situado de frente a la casa. A través de las cortinillas laterales veíase el blanco manchón de su semblante. Tenía puesta una mano sobre el claxon y éste sonaba incesantemente. El policía Hoffman salió al pórtico, encendido, y cesó el ruido del claxon.

Abrióse la portezuela del coche y una voz gruesa balbuceó:

—Digley, traigo reventado un neumático... que no puedo cambiar... porque no me encuentro bien y... no me atrevo a inclinarme. Ven tú a arreglarlo y a encargarte del coche.

Perry Mason observó en un tono indiferente y dirigiéndose a Hoffman:

—Éste debe ser Carlos Griffin. Veremos lo que dice cuando se entere de lo sucedido.

—¡Hum! —gruñó Hoffman—. Me parece que no llega en estado de poder decir muchas cosas.

Juntos se aproximaron al coche.

El joven salió vacilante, de atrás del volante, tanteó con el pie al vacío en busca del estribo, hallólo y se inclinó de un modo alarmante. Hubiera caído al suelo a no ser por su mano, que instintivamente se agarró a uno de los soportes de la capota, y permaneció en pie, tambaleándose.

—Se me ha roto un neumático —tornó a explicar—. Quiero que venga Digley y... usted no lo es... ni usted tampoco. ¿Quiénes son? ¡Caramba! ¿Y qué hacen aquí? Esta no es hora de visitas.

—Está usted borracho —dijo Bill Hoffman avanzando un paso.

El hombre le miró sonriendo.

—¡Toma, pues ya lo creo! ¿Para qué habría salido si no? —dijo con lengua estropajosa—. Estoy borracho.

Hoffman pacientemente y mirándole con fijeza inquirió:

—¿Es usted Carlos Griffin?

—Soy Carlos Griffin, naturalmente.

—Bueno, pues serénese. Su tío ha sido asesinado.

Hubo un momento de silencio durante el cual el joven meneó la cabeza dos o tres veces, como para sacudirse la neblina mental en que andaba sumido. Cuando habló, su voz era menos blanda.

—¿Qué está usted diciendo?

—Que su tío, Jorge Belter es su tío, según tengo entendido, ha sido asesinado hace una hora u hora y media a lo sumo.

El vahído del *whisky* nublabla la inteligencia del joven. Escuchó para recuperar el dominio de sí mismo, hizo dos o tres aspiraciones profundas y por fin observó:

—Usted está ebrio.

El sargento sonrió.

—No, Griffin —dijo pacientemente—, *no estamos* borrachos; usted sí que lo está. Se ha excedido. Vaya adentro —señaló la casa — y trate de serenarse.

—¿Dijo usted asesinado? —preguntó Griffin, antes de obedecer.

—Sí, asesinado —repitió Hoffman.

Entonces echó a andar hacia el pórtico, con la cabeza muy erguida y sacando el pecho.

—Pues si ha sido asesinado —declaró— lo ha matado esa maldita mujer.

—¿Quién? —sugirió el sargento.

—Esa bruja de la cara inocente con quien se casó —explícle el otro.

Hoffman le cogió por un brazo y se volvió a mirar a Mason.

—Mason: ¿quiere hacer el favor de parar el motor y apagar los faros del coche? —le pidió.

Deteniéndose para volver atrás con inseguro paso, agregó Griffin:

—Y cambie el neumático. Es el de la rueda anterior derecha. Lo he llevado reventado millas y millas. Substitúyalo por el de recambio.

Mason paró el motor, apagó los faros, cerró de golpe la portezuela abierta y echó a andar a buen paso para alcanzar a la pareja que iba delante.

Llegó a tiempo de abrirle la puerta a Hoffman y el hombre a

quien asía por el brazo.

Visto a la luz del vestíbulo, Carlos Griffin era un guapo muchacho, no obstante, su semblante, encendido en aquel momento por la borrachera y las evidentes señales de vida disipada. Tenía los ojos legañosos y sanguinolentos, pero todo él respiraba un aire de dignidad innata, de distinción que ponía de manifiesto el modo cómo trataba de adaptarse a la situación.

Bill Hoffman se plantó delante y le sometió a un detenido examen.

—Bueno, Griffin —inquirió—. ¿Le parece que se halla ya en estado de poder sostener una conversación?

El joven asintió, con un ademán:

—Sí; guarde un minuto. Pronto estaré bien del todo.

De un empujón quitó al policía de en medio y dirigióse, vacilando, a un cuarto lavabo que había al extremo del comedor.

Hoffman miró a Mason.

—Está como una cuba —observó este último.

—Desde luego —replicó Hoffman—, mas no como un novato. Se ve que está acostumbrado, porque trajo el coche hasta aquí, a pesar de llevar un neumático reventado y estar los caminos mojados.

—Sí, guió muy bien el coche —convino Mason.

—Por lo visto, no media un gran amor entre él y Eva Belter...

—¿Le mueve a decir esto lo que ha manifestado hace poco?

—Naturalmente.

—Pero ese hombre ha bebido. No irá a sospechar de ella con motivo de la aturdida declaración de un borracho, ¿verdad?

—¡Hum! Si en tal estado puede guiar bien un auto, también puede pensar con lucidez.

Mason se encogió de hombros.

—Piense lo que guste.

Desde el cuarto lavabo llegaban hasta ellos los sonidos de violentas aspersiones.

—Verá cómo se serena —observó el policía— y repite lo mismo que ya ha declarado respecto a esa mujer.

—Pues yo digo que está borracho y que seguirá estándolo dentro de un momento aun cuando no lo parezca —profirió vivamente Mason—. Muchos de estos individuos que se embriagan, engañan. Al parecer, están tan serios como jueces, pero no tienen la menor

idea de lo que hacen o dicen.

Bill le examinó con un ligero guiño malicioso.

—Parece que descontamos por anticipado lo que pueda decir Griffin, ¿eh, Mason? —dijo.

—Yo no he dicho eso.

Hoffman se echó a reír.

—Decirlo, claro que no lo ha dicho... por lo menos no ha empleado las mismas palabras.

—¿Y si le diéramos un poco de café? —inquirió, interrumpiéndole, Mason—. Me parece que sabré encontrar la cocina.

—Allí encontrará a la cocinera. No quisiera ofenderle, Mason, pero, con franqueza, deseo hablar a solas con ese hombre y no sé exactamente cuál es la posición de usted en el caso presente. Por lo visto es amigo y procurador de la familia.

—Así es. Comprendo que se halla en una situación embarazosa, pero ya que la casualidad me trajo aquí, quiero seguir.

—Bueno. En la cocina hallará a... mistress Veitch, creo que se llama. Es el ama de llaves, a quien hemos sometido ya a un interrogatorio, lo mismo que a su hija. Cuide de que hagan café, mucho café. Se lo daremos a Griffin y también a los muchachos que están arriba.

Abrió las puertas plegables del comedor, empujó otra giratoria y se halló en la cocina.

Era ésta una pieza de colosales dimensiones, muy bien provista y bien iluminada. Sentadas muy juntas, en sillas de enhiesto respaldo, ante la mesa, dos mujeres charlaban en voz baja al entrar Perry Mason, mas su presencia las redujo súbitamente al silencio y ambas levantaron la vista.

Una de ellas frisaba en los cincuenta años, tenía el cabello cano a trechos y ojos negros y sin brillo, tan hundidos como si desde el interior de las órbitas tiraran de ellos unos hilos invisibles, ahondándolos tanto, que costaba descifrar su expresión. Tenía una cara larga y estirada, boca firme de labios delgados y pómulos salientes. Iba vestida de negro.

La otra era mucho más joven, pues no contaría más allá de veintidós o veintitrés años. Tenía el cabello brillante y negro como el azabache. Sus ojos eran también negros, pero tan relucientes, que

contrastaban de modo notable con las apagadas pupilas hundidas, de su compañera. Tenía los labios gruesos y muy rojos; las cejas finas y arqueadas; las pestañas negras. En cuanto a su semblante, había recibido la debida atención, a juzgar por los polvos y el colorete que ostentaba.

—¿Es usted mistress Veitch? —preguntó Perry Mason dirigiéndose a la mujer de más edad.

Ella hizo un gesto de equiescencia con los labios apretados.

La muchacha que tenía al lado dijo con cálida voz gutural:

—Yo soy Norma Veitch, su hija. Mi madre está muy trastornada. ¿Qué es lo que desea?

—Sí, lo comprendo —dijo en son de excusa Mason—. Pues quisiera un poco de café. Carlos Griffin acaba de llegar y lo necesitaba mucho, lo mismo que los agentes que velan arriba.

Norma Veitch se levantó de la silla.

—Todo está a punto, ¿verdad, madre? —inquirió mirando a la mujer de más edad; y ésta tornó a hacer un gesto de asentimiento.

—Pues voy a hacerlo.

—No; lo haré yo —replicó mistress Veitch con una voz tan seca como el roce de las mazorcas—. Tú no sabes dónde tengo las cosas.

Echó hacia atrás su silla y atravesó la cocina en dirección a la alacena. Al llegar junto a ella corrió la puerta y sacó un bote de café y una gran cafetera. Su rostro era completamente inexpresivo, pero se movía como si estuviera fatigada.

Era lisa de pecho y caderas y andaba arrastrando los pies. Su actitud denotaba un extremo abatimiento.

La muchacha se volvió a Mason con una sonrisa en los rojos labios.

—¿Es usted un detective? —inquirió.

—No —repuso él—, soy la persona que acompañaba a mistress Belter: el que llamó a la Policía.

Norma Veitch dijo:

—¡Ah, sí! Ya he oído hablar de usted.

Mason se volvió a la madre.

—Yo haré el café, mistress Veitch, si no se siente usted con fuerzas.

—No —repuso ella, siempre con el mismo acento inexpresivo—, puedo hacerlo.

Vertió el café, puso agua en la cafetera, se dirigió a la cocina, encendió el gas, vigiló un instante la cafetera, y después, con paso pesado y lento, tornó a sentarse con las manos cruzadas sobre el regazo y bajó los ojos de modo que contemplaba el tablero de la mesa. Y así permaneció un buen rato, mirándolo con intensa fijeza.

Entretanto, decía Norma a Mason comentando el suceso:

—¡Ha sido horrible! ¿No es cierto?

Mason afirmó con un gesto y preguntó, adoptando un aire de indiferencia:

—¿Oyó usted la detonación?

—No; estaba profundamente dormida o por lo menos no me desperté hasta que llegaron los agentes —repuso la muchacha—. Hicieron levantar a mi madre y, claro está, no sabían que dormía yo en el cuarto vecino. Mientras ella estaba arriba, lo registraron y la primera cosa que vi al despertar fue un hombre que estaba mirándome junto a mi cama.

Bajó los ojos y se estremeció ligeramente. De su actitud se deducía que no había encontrado agradable el hecho.

—¿Y qué sucedió entonces? —preguntó Mason.

—Pues que los agentes se condujeron como si hubieran hallado una perla en un pajar —replicó Norma—. Me obligaron a vestirme sin perderme un momento de vista mientras lo hacía, me hicieron subir seguidamente al primer piso y me pasaron por lo que ellos llaman tercer grado, según creo. Vamos, que me sometieron a un largo interrogatorio.

—¿Y usted?

—Les dije la verdad: que dormía profundamente y que al despertar vi a un agente al lado de mi cama, pero —agregó aparentemente complacida— no me creyeron en absoluto.

Sentada ante la mesa, con las manos cruzadas sobre el regazo, su madre continuaba mirando el tablero fijamente.

—¿Y no oyó ni vio nada?

—Absolutamente nada.

—¿Qué piensa del crimen? ¿Se ha formado alguna idea?

—Ninguna que pueda mencionarse.

Él le lanzó una mirada penetrante.

—Pero —insistió—, ¿si pudiera hacerlo...?

—¡Hombre! —exclamó la muchacha—, llevo aquí una semana,

mas en este tiempo...

—¡Norma! —exclamó interrumpiéndola su madre; y su voz restalló en el aire como un látigo.

La muchacha guardó repentino silencio.

Mason miró a mistress Veitch. Ni siquiera había alzado los ojos del tablero.

—Y usted, ¿oyó algo, mistress Veitch?

—Soy una sirvienta. Ni oigo ni veo nada —repuso la aludida.

—Como sirvienta y referente a detalles de poca monta —observó Mason—, alabo su discreción; sin embargo, los que administran justicia tienen ideas propias respecto a estos casos y mucho me temo que exijan de usted que vea y oiga.

—No he visto nada —repuso mistress Veitch sin mover un músculo facial.

—¿Ni oyó nada?

—Ni oí nada.

Mason frunció el ceño. Instintivamente sentía que la mujer ocultaba algo.

—¿Respondió así mismo a las preguntas que le dirigieron arriba? —preguntó.

Pero mistress Veitch desvió la conversación.

—El café está a punto de hervir —observó—. Baje el gas cuando llegue al punto de ebullición para que no se derrame.

Mason concertó toda su atención en el café. La cafetera había sido hecha con vistas a calentar el máximo de agua en un minuto de tiempo y bajo ella ascendía una llama azul terriblemente cálida. El vapor comenzaba a ascender en la cafetera.

—Atenderé al café —murmuró—, pero *me interesa* saber si contestó o no en la forma que lo ha hecho ahora, a las preguntas que le dirigió la Policía.

—Sí, señor. Les dije lo mismo: que no he visto ni oído nada.

Norma comentó, riendo:

—No la sacan de ahí ni a tiros.

—¡Norma! —tornó a exclamar la madre.

Mason miró a ambas con plácida expresión en el semblante. Sólo sus ojos eran duros y calculadores.

—Soy abogado —observó—. Si tiene algo que confiarme no hallará ocasión más oportuna que ésta, se lo aseguro.

—Sí —repuso mistress Veitch.

—¿Cómo?

—Convengo con usted en que la ocasión es excelente —replicó la mujer.

Hubo una pausa. Los tres callaron. El silencio prolongóse.

—Bueno, diga usted —dijo Mason, al cabo.

—No tengo más que decir —repuso su interlocutora, con los ojos fijos siempre en la mesa.

En aquel momento preciso comenzó a barbotear el agua de la cafetera y Mason apagó el gas.

—Voy a buscar unos platos y tazas —dijo Norma, poniéndose en pie.

Pero su madre la contuvo.

—Siéntate, Norma. Yo lo haré —dijo.

Apartó la silla de la mesa echándola hacia atrás, se aproximó a una de las alacenas y de ella sacó platos y tazas.

—Que beban en éstas.

—Pero, madre, son las tazas destinadas a la servidumbre —protestó, al verlas, la muchacha.

—Es igual. También ellos son agentes de policía.

—No, madre; no es lo mismo.

—Bien sabes tú lo que hubiera ordenado el amo, de estar vivo. No les hubiera dado nada.

—Bueno, pero no lo está, y ahora mistress Belter será el ama de todo.

Mistress Veitch se volvió a mirar fijamente a su hija con sus ojos hundidos y sin brillo.

—Yo no lo aseguraría —observó.

Perry Mason vertió parte del café en las tazas y luego lo volvió a echar en el colador de la cafetera. Al colarlo por segunda vez salió negro y humeante.

—Deme una bandeja —pidió a mistress Veitch— y entraré un par de tazas a Carlos Griffin y a Hoffman. Usted puede servir a los demás.

En silencio ella le proporcionó la bandeja, Perry llenó tres tazas de café, tomó la bandeja y pasó al comedor y de éste al salón.

Allí estaba Hoffman, de pie en el centro de la pieza, con los pies separados como guardando el equilibrio, el cuello tendido y los

hombros echados hacia atrás.

Hundido en un sillón, con sofocado semblante y ojos inyectados, estaba Carlos Griffin. El sargento Hoffman tenía la palabra cuando entró Mason en el salón llevando el café.

—No hablaba de ese modo, hace poco, cuando llegó a casa —decía.

—Era porque estaba borracho —repuso Griffin.

Hoffman quedóse mirando.

—Muchas veces las personas dicen la verdad cuando están ebrias... y cuando están serenas ocultan sus sentimientos —observó.

Griffin arqueó las cejas con expresión de contenida sorpresa.

—¿De veras? —dijo—. Nunca he reparado en ello.

El sargento se percató entonces de que Mason estaba detrás de él, giró con la rapidez del rayo sobre sus talones y se sonrió al divisar las tazas humeantes.

—Bien, Mason. Esto va bien —dijo—. Beba, Griffin, y se sentirá mejor.

Griffin hizo un gesto de aprobación.

—Sí; parece estar muy bueno ese café, aun cuando no lo necesito.

Mason le alargó una taza.

—¿Sabe usted si su tío había hecho testamento? —preguntó bruscamente el sargento.

—Hombre, si no le importa, preferiría no contestar a esa pregunta.

Hoffman replicó, mientras tomaba una taza de café:

—Sí, casualmente me importa muchísimo.

—En tal caso, sí; existe un testamento —confesó Griffin.

—¿Dónde está?

—Lo ignoro.

—¿Y cómo sabe que existe?

—Porque mi tío me lo enseñó.

—¿Sabe si la fortuna irá a parar a su mujer?

Griffin meneó la cabeza, negando.

—No creo que vaya a parar a ella, si se exceptúa la suma de cinco mil dólares.

El sargento alzó las cejas y sus labios emitieron un prolongado silbido.

—¡Hola! ¡Esto varía el aspecto...

—¿De qué?

—De la cuestión. Quiere decirse que ella dependía de él en cuestiones económicas, mientras viviera. En cambio, se quedaba sin nada en cuanto él muriese.

Entonces declaró por vía de explicación:

—Es porque no congeniaban mucho.

—No es ése mi punto de vista —murmuró el policía—. Quise decir que en todo caso criminal hay que buscar el móvil del crimen.

Mason le dedicó una sonrisa.

—¿Insinúa usted, acaso, que mistress Belter disparó el tiro que mató a su esposo? —preguntó, como si le pareciera humorística la idea.

—No, Mason. Hacía unas suposiciones rutinarias a fin de descubrir *quién* puede haber matado a Belter. En tales casos solemos buscar ante todo un móvil del crimen, y después a la persona a quien aquél beneficia.

—Pues en tal caso —observó sobriamente Griffin—, mucho me temo que sospechen de mí.

—¿Y eso?

—Con motivo del testamento, por el cual vengo a ser único heredero de los bienes del tío —explicó pausadamente Griffin—. Esto no es ningún secreto, pues el tío Jorge me demostraba un afecto particular. Es decir: dada su índole especial, dudo mucho de que fuera capaz de querer a nadie, me tenía algo parecido a cariño.

—Y usted, ¿qué sentía por él?

—Muchísimo respeto por sus opiniones —replicó Carlos eligiendo cuidadosamente las palabras con que se expresaba— y el mayor aprecio por su carácter. Llevaba una vida muy retirada, porque su genio vivo le impulsaba a rechazar todo subterfugio e hipocresía.

—¿Por qué se condenaba a vivir separado de sus semejantes? No lo comprendo.

Griffin tuvo un leve encogimiento de hombros.

—Si su inteligencia fuera igual, no haría semejante pregunta —contestó—. El tío tenía una capacidad mental verdaderamente maravillosa. Poseía la habilidad de leer en las almas, de penetrar bajo la capa de doblez e hipocresía de que se revisten muchas

gentes. No tenía amigos por eso mismo. Además, se bastaba por sí mismo y por consiguiente no necesitaba el apoyo de nadie. Su única inclinación era luchar, y luchaba con todo el mundo.

—Mas, no con usted, evidentemente —observó el sargento.

—No —admitió Griffin—, no luchaba contra mí, porque sabía bien que se me daba un bledo de él y de su dinero. Yo no le lamía las botas ni tampoco era hipócrita. Le decía con franqueza lo que pensaba y luchaba con él a cara descubierta.

El policía contrajo las pupilas.

—¡Hola! ¿Quién usaba, pues, de doblez con él?

—No comprendo...

—Acaba usted de decir que él le quería porque no usaba de hipocresía...

—Eso es.

—Y ha recalcado la frase.

—Ha sido sin querer.

—¿Y su mujer? ¿Se llevaba bien con tío Jorge?

—No lo sé. Nunca me habló de ella.

—¿*Era falsa* con él?

—¿Cómo quiere que sepa yo esto?

Hoffman clavó en él una escrutadora mirada.

—Veo que es usted reservado —murmuró—, pero si no quiere hablar, yo no puedo obligarle, desde luego.

—Hablaré, señor —prometió Griffin—. Le diré lo que pueda.

El policía suspiró al decir:

—¿Quiere decirme exactamente dónde estaba cuando se cometió el asesinato?

El rubor invadió la faz de Griffin.

—Lo siento, sargento, pero no puedo decírselo —dijo.

—¿Por qué?

—Pues, en primer lugar, porque ignoro la hora en que fue cometido y en segundo lugar porque no sé dónde estaba. Me parece que me he divertido demasiado. A primera hora de la noche salí con una mujer, y después que la dejé, me fui a un *cabaret*. Al emprender el camino de vuelta a casa se me rompió el neumático y estaba muy borracho; por consiguiente, no pude cambiarlo por otro de repuesto. Llovía, no había garaje abierto a tales horas y por ello vine hasta aquí luchando con mi borrachera. Mas sin duda el llegar

me costó una o dos horas.

—En efecto, el neumático llegó hecho trizas —observó el policía—. Y a propósito: aparte de usted, ¿qué otra persona sabe que existe un testamento en la casa? ¿Lo ha visto alguien más?

—Sí, mi abogado.

—¡Ah! ¿Tiene usted su abogado también?

—Naturalmente. ¿Por qué no?

—¿Y quién es?

—Arturo Atwood. Tiene su despacho en el edificio de la Mutua. Hoffman se volvió a Mason.

—No le conozco. ¿Le conoce usted, Mason?

—Sí —respondió éste—. Le he visto una o dos veces. Es un individuo calvo, que entendía en la solución de casos de injuria personal resolviéndolos sin necesidad de acudir a los Tribunales y a satisfacción de todos.

—¿Por qué casualidad vio el testamento en presencia de su abogado? —preguntó ahora Hoffman a Griffin—. No es usual que un hombre visite a su protector en compañía de su abogado y que éste les muestre el testamento hecho.

Griffin apretó los labios.

—Discútalos con mi abogado —dijo—. Yo prefiero no hacerlo. Nada tengo que ver con ello.

—Bueno, adelante. Olvidemos esto y dígame de qué se trata.

—¿Cómo? No comprendo...

Bill Hoffman giró sobre sus talones de modo que quedó frente al joven. Le miró con una expresión dura en los ojos y mandíbula súbitamente caliente.

—Quiero decir, Griffin —explicó pausada y sombríamente—, que no vaya usted por ese camino. Usted trata de proteger a alguien, de portarse como un caballero. Mas así no conseguirá nada bueno. O me dice ahora mismo la verdad que oculta o le envío a presidio.

Griffin enrojeció.

—Oiga —protestó—, ¿no será algo aventurada esa amenaza?

—Me importa un comino —replicó Hoffman—. ¡Vamos, hable usted! No juegue conmigo. ¿Qué se dijo en esa entrevista y cómo fue que vieron usted y su abogado el testamento?

Griffin dijo como a la fuerza:

—Bueno, se lo diré; pero protesto de tener que hacerlo.

—Comprendido —dijo Hoffman—, explíquese.

—Ya lo he manifestado —dijo lentamente Griffin, con vidente repugnancia— que el tío Jorge y su esposa estaban algo distanciados. El tío estaba convencido de que ella entablaría contra él la demanda de divorcio en cuanto obtuviera las pruebas necesarias y por ello, y en cierta ocasión en que discutíamos un negocio, y llevaba algunos con él, en presencia de Atwood, sacó súbitamente a relucir el caso. Aquello parecióme embarazoso y por gusto mío no hubiera pasado de mencionarlo de pasada. Mas Atwood lo tomó desde el punto de vista legal.

Se interrumpió para observar, dirigiéndose a Mason:

—Usted, que es procurador, al parecer entenderá de esto.

Hoffman no apartaba los ojos del semblante del joven.

—No se ocupe de él, adelante —le ordenó.

—Entonces el tío Jorge nos mostró un documento escrito, todo él, de su puño y letra, y preguntó a Atwood si un testamento escrito todo él por el testador era válido sin testigos o si, por el contrario, éstos eran imprescindibles. Después le explicó que aquél era el suyo y que creía que originaría un pleito, ya que dejaba a su esposa la cantidad de cinco mil dólares yendo a parar a mis manos casi la totalidad de sus bienes.

—¿Y leyó usted el testamento? —inquirió el sargento.

—Lo examiné someramente y vi que, en efecto, estaba escrito por mi tío, mas no lo leí palabra por palabra. Atwood, en cambio leyólo atentamente.

—Muy bien, continúe. ¿Qué más sucedió?

—Nada más.

—Eso no es cierto —insistió el sargento—. ¿Qué más sucedió?

Griffin se encogió de hombros.

—Nada. El tío habló como todos los hombres en parecidas ocasiones —manifestó— y yo no le presté mucha atención, desde luego.

—¿Qué fue lo que dijo? ¡Vamos, hable!

—Pues dijo —balbuceó Griffin, poniéndose colorado— que deseaba redactar el testamento de modo que, en el caso de que le sucediera algo, su mujer no saliera beneficiada; y añadió que no quería darle ocasión de que tratara de acelerar su fin cuando viera

que no conseguía sacarle una bonita suma mediante el divorcio. Bueno, ahora ya sabe todo lo que yo sé, aun cuando no debiera insistir tanto en conocerlo; es cosa que no le interesa. Protesto, le repito, de su actuación y declaro que no me agrada su actitud.

—Déjese de comentarios —replicó Hoffman.

—Su relato responde exactamente a las palabras que dejó escapar cuando estaba ebrio en el momento en que le anuncié el asesinato de su tío. Por consiguiente, presumo...

Griffin le interrumpió, alzando la mano.

—Por favor, Hoffman —dijo—, que mis palabras no sirvan de base para una acusación. Si dije algo en contra de alguien ya no lo recuerdo y probablemente no pensaba además lo que decía.

—Desde luego, pero la verdad es que lo dijo —observó Mason terciando en el diálogo.

El sargento se volvió contra él.

—¡Basta, Mason! —gritó con acento airado.

—Soy yo quien dirijo el interrogatorio. Usted conténtese con oír y si no quiere hacerlo, ¡váyase a la calle!

—No me asusta usted con esos chillidos, Bill —replicó Mason—. Estoy en casa de mistress Eva Belter, soy su procurador y no puedo consentir que este hombre ataque su reputación con sus temerarias declaraciones. Y si no las apoya con pruebas tendrá que retirarlas.

La paciente expresión que ordinariamente asomaba a las pupilas de Hoffman habíase desvanecido, y miró malhumorado a Mason.

—Bien, sostenga sus derechos, si gusta... aunque también usted tendría que explicar muchas cosas. Por ejemplo: por qué usted y la dueña de la casa estaban sentados, de conversación, mientras llegaba la Policía. Es muy raro que cuando una mujer descubre que han asesinado a su marido llame a su abogado antes de hacer otra cosa.

Mason observó con acaloramiento:

—¡Bonita manera de hablar! Soy su amigo.

—Ya lo veo —replicó secamente el policía.

Mason se plantó resueltamente delante de él con la cabeza muy erguida y los pies separados.

—Entendámonos —dijo—. Yo represento a mistress Belter y no consentiré que se trate de mancharla del todo. La muerte de Jorge

Belter no le produce beneficio alguno, y en cambio, sí a este caballerete, quien presenta una coartada poco sólida y además dice cosas insidiosas respecto a mi cliente.

Esta declaración motivó una calurosa protesta por parte de Griffin. Pero Mason continuó diciendo, sin apartar la mirada de Hoffman:

—¡Y, por Dios, que con esas insidiosas alusiones no puede condenarse a una mujer! Se requiere un Jurado y éste no lo hará mientras no se pruebe su culpabilidad sin ningún género de duda.

El policía lanzó a Mason una mirada escudriñadora.

—¿Buscará usted la prueba, Mason? —inquirió.

—Joven —observó el procurador, señalando con el dedo a Griffin—. No crea que saldrá bien librado si lleva a mi cliente ante un tribunal, pues yo no soy mudo, y créame que no desperdiciaré la ocasión de introducir a usted y su testamento en la causa.

—¿Quiere usted decir que él es culpable de este asesinato? —preguntó en tono burlón Hoffman.

—No soy detective; soy abogado —replicó Mason—, y sé que el Jurado no puede declarar culpable a nadie mientras la culpabilidad de este alguien deje lugar a dudas.

Hoffman movió la cabeza.

—Sucede lo que yo temía —dijo—. No he debido permitir que entrara usted aquí; ahora ¡puede usted salir!

—Ya me voy —dijo Mason.

## Capítulo X

Serían aproximadamente las tres de la madrugada cuando Perry Mason llamó a Pablo Drake por teléfono.

—Pablo —dijo, cuando le tuvo al otro extremo de la línea—; tengo otro trabajo que darte y me corre mucha prisa. ¿Puedes utilizar más ayudantes?

—Sí, hombre. ¿Cuándo estarás satisfecho? —respondióle la voz soñolienta de Drake.

—Bueno, despábilate y despacha pronto, que tienes que adelantarte a la Policía.

—¿Cómo?

—Gracias a tus conocimientos, sé que fuiste representante de la Protectora de Comerciantes y que ésta guarda la factura duplicada de todas las armas de fuego que se venden en la ciudad. Ahora bien: deseo saber a quién se ha vendido un «Colt» automático del 32 que lleva grabado el número 127.337. Por rutina, la Policía tratará también de averiguar lo mismo que yo, y tomará las huellas digitales que lleve el arma, pero esto se hará, probablemente, por la mañana. Saben que es un detalle importante, pero no se figuran que corra tanta prisa averiguarlo. Tengo que tomarles la delantera en este terreno y por consiguiente deseo que me traigas cuanto antes una respuesta.

—Pues, ¿qué tiene esa arma? —preguntó Drake.

—Ella nada, pero se ha utilizado para meter una bala en el corazón de un hombre —replicó Mason.

Drake emitió un lento silbido.

—¿Tiene este asunto algo que ver con el otro en que intervengo? —preguntó luego.

—No lo creo, pero sí que puede ser que lo crea la policía y tenga que estar en situación de defender a mi cliente, proporcióname el

informe que te pido y que esto sea pronto no vaya a obtenerlo ella antes.

—De acuerdo —dijo Drake—. ¿Adónde quieres que te llame?

—No podrás hacerlo. Yo te llamaré.

—¿Cuándo?

—Dentro de una hora.

—¡Oh! Es muy pronto. Es imposible que en ese tiempo sepa yo cosa alguna —protestó Drake.

—Pues es preciso —insistió Mason—. Adiós.

Y colgó el auricular. Luego llamó a la residencia de Burke y no obtuvo respuesta. Marcó el número de la casa de miss Street en el disco y, casi en el acto, oyó al otro lado la línea de un soñoliento:

—¡Hola!

—Della, le habla Mason —advirtió a su secretaria—. Despierte y abra bien los ojos. Tenemos que trabajar.

—Pues, ¿qué hora es?

—Las tres o, todo lo más, las tres y cuarto de la madrugada.

—Bueno, ¿qué tengo que hacer?

—¿Está despierta del todo?

—¡Claro está! ¿Cree que hablo en sueños?

—Perdone, pero se trata de un asunto muy serio. Vístase y vaya inmediatamente a mi despacho, ¿quiere? Voy a pedir un taxi y lo encontrará a la puerta de su casa cuando salga.

—Bueno, ya me visto —repuso la muchacha—. ¿Tendré tiempo de ponerme bonita o sólo de echarme un vestido encima?

—Embellézcase lo que quiera. Pero no tarde mucho.

—Estaré con usted al instante —repuso Della.

Mason telefoneó a una Compañía de taxis y en seguida abandonó la farmacia desde la que se había valido del teléfono, penetró en su coche y se dirigió rápidamente a la oficina.

Una vez allí, encendió las luces, bajó las persianas y comenzó a pasear por la habitación.

Con las manos cruzadas a la espalda y el cuello ligeramente tendido, anduvo arriba y abajo, dando vueltas y más vueltas como tigre enjaulado. Parecía estar impaciente y, no obstante, se dominaba como luchador arrinconado, salvaje, que no se atreve a dar un paso en falso.

Rechinó una llave en la cerradura y entró Della Street.

—Buenos días, jefe —dijo—. Temprano amanece.

Él le hizo señas de que entrara y tomara asiento, observando a continuación:

—Éste es el principio de un día atareado.

—Pues, ¿cómo es eso? —inquirió ella con turbada mirada.

—Se ha cometido un asesinato.

—¿Y representamos a un cliente?

—No lo sé, pero estamos mezclados en él.

—¿Mezclados en él?

—Sí.

—Ah, ¡entonces ha sido esa mujer! —exclamó, arrebatada, Della.

Él hizo un ademán de impaciencia.

—Quisiera que se sobrepusiera a esa idea, Della.

Pero ella insistió tercamente:

—Ya sabía que nos iba a traer algún disgusto. Me inspiró desconfianza desde el momento en que la vi.

—Bien —dijo, cansado, Mason—; ahora olvídelo y atienda mis instrucciones, pues no sé lo que puede suceder y quizá tenga que tomar la dirección de mis asuntos cuando yo no pueda hacerlo.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué no podrá?

—No se preocupe.

—Pues sí me preocupo, sí —dijo Della con los ojos dilatados por el temor que sentía—. ¡Usted está en peligro!

—Esa mujer —siguió diciendo Mason— se acercó a nosotros con un nombre supuesto, traté de seguirla y no di con ella. Más tarde, entablé un duelo a muerte con el *Spicy Bits* e intenté averiguar quién era, en realidad, su director. Resultó ser un individuo apellidado Belter, que vivía en la avenida Elmwood. En los periódicos de la mañana leerá algo de él y de su casa. Fui a verlo y me acogió con dureza y descortesía. Mientras estaba allí tropecé casualmente con su mujer, que no era otra que nuestra cliente. Su verdadero nombre es Eva Belter.

—¿Con qué objeto daba un nombre supuesto? ¿Para engañarnos?

—No, sino porque se hallaba en un callejón sin salida —explicó Mason—. Se dejaba acompañar por un hombre que no era su marido y éste le seguía la pista. Pero ignoraba la identidad de la mujer; quien le interesaba era el hombre, cuyo nombre intentaba

publicar en su diario, con lo cual hubiérase descubierto también el de la mujer.

—¿Quién es el hombre? —preguntó Della Street.

—Harrison Burke —replicó pausadamente Mason.

La secretaria arqueó las cejas y guardó silencio.

Mason encendió un cigarrillo.

—¿Y qué dice de este caso, Harrison Burke? —inquirió Della al cabo de un rato.

Perry Mason hizo un gesto.

—Poca cosa. Nos ha enviado dinero: vino en un sobre esta tarde, ¿recuerda?, y lo trajo un mensajero.

—¡Oh!

Hubo una pausa. Los dos reflexionaban.

—Prosiga —dijo al cabo la secretaria—. ¿Qué es lo que van a traer los periódicos de la mañana?

Con voz monótona dijo Mason:

—A medianoche, quizá a las doce y treinta, Eva Belter me llamó por teléfono. Llovía a cántaros. Me pidió que fuera a buscarla a una farmacia y me confió que se hallaba en un trance apurado. Más tarde supe que un hombre había asesinado a su esposo, después de sostener con él una discusión.

—¿Conocía ella al hombre? —inquirió suavemente Della.

—No; ni tampoco lo vio. Sólo oyó su voz.

—¿La reconoció?

—Creyó reconocerla, en efecto.

—¿A quién pertenecía?

—A mí.

La muchacha miró fijamente a su jefe, sin que variara lo más mínimo la expresión de sus ojos.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—No. Yo estaba en casa, durmiendo.

—¿Podrá probarlo? —siguió preguntando Della, con un acento inexpresivo.

—¡No, por Dios! ¿Cómo iba a proveerme, durmiendo de una coartada? —exclamó con bastante impaciencia Mason.

—¡Hipócrita! ¡Embustera! —exclamó calurosamente Della, aludiendo, naturalmente, a Eva, y ya más serena, inquirió:

—¿Y qué más?

—Pues desde la farmacia fuimos directamente a su casa y allí encontramos a su esposo muerto, con una bala en el corazón. Le mataron mientras se bañaba, con un «Colt» automático del 32.

Della Street abrió los ojos.

—¿Y mistress Belter le llevó a usted allí antes de poner en conocimiento de la Policía lo que pasaba?

—Precisamente.

Tornóse blanco el rostro de la muchacha, abrió la boca como para decir algo, mas pensándolo mejor, sin duda, guardó silencio.

Con monótono acento continuó diciendo Mason:

—En la casa hay un sobrino que me gusta muy poco: es demasiado educado y por su causa he tenido una escaramuza con Bill Hoffman. Además, el ama de llaves oculta algo y su hija es una embustera. No he tenido ocasión de hablar con el resto de la servidumbre, pues mientras se la interrogaba arriba, en el primer piso, me obligaron a permanecer en la planta baja. De todos modos he examinado el lugar del crimen antes de que llegara a él la Policía.

—¿Le ocasionará algún perjuicio la escaramuza esa con Hoffman?

—Tal como está la cosa, puede dar lugar a pésimos resultados, en efecto.

—Lo cual quiere decir que se pone usted de parte de su cliente, ¿no es eso? —dijo Della, con un brillo sospechoso en la mirada—. Dios mío. ¿Qué sucederá ahora?

—Lo ignoro, mas sospecho que el ama de llaves acabará por cantar. Hasta ahora no la han apremiado mucho, pero ya lo harán. Estoy seguro de que sabe algo. Aun cuando no se me ocurra qué puede ser, pues ni siquiera estoy seguro de que Eva Belter me haya explicado exactamente los hechos.

—Y si lo ha hecho —observó Della, con ira—, puede usted decir que es la primera vez que no ha ocultado algo o mentido. Pero, ¡mire que meterle a usted en ese jaleo! ¡Gata marrullera! ¡Ah, la estrangularía!

—Bueno, bueno, calma, mucha calma. De nada sirve deplorar un hecho consumado —observó su jefe.

—¿Sabe Harrison Burke lo que sucede? —inquirió Della.

—Quise comunicárselo por teléfono, pero no estaba en casa.

—¡Miren, qué casualidad!

—¿Verdad? —dijo Mason con sonrisa de fastidio.

Y ambos cambiaron una mirada.

Della dijo, impulsivamente, tras de cobrar aliento:

—No permita que esa mujer le coloque en una posición embarazosa, por no decir ridícula, míster Mason. Usted tuvo un altercado con el muerto, no me cabe la menor duda; pues combatía su periódico y cuando pelea no se anda con ceremonias. Y esa mujer le ha hecho caer en una trampa: deseaba tenerle en su casa cuando llegara la Policía, pues le echaría a usted al mar si creyera que podía librarse con eso de un peligro. ¿Va usted a consentir que se salga con la suya?

—No, si puedo impedirlo —replicó Mason—. Pero tampoco me volveré contra ella, mientras no sea imprescindible.

Della estaba muy pálida y sus labios formaban una línea apretada y fina.

—¡Esa mujer es...! —comenzaba a decir y se calló de repente.

—Es una cliente —concluyó Mason—, y paga bien.

—¿Paga bien, con qué objeto? Para que la represente en un juicio por estafa o para que reciba los golpes asestados a ella —observó su secretaria con los ojos cuajados de lágrimas—. Tiene usted el corazón muy grande, míster Mason, pero créame, y manténgase al margen de este asunto. Deje que los demás sigan su camino, y... que hagan lo que gusten. Usted es procurador, actúe como tal, y puesto en el caso, como abogado si ello le place.

—Ya es tarde, Della, ¿no le parece? —replicó Mason, y en su voz se traslucía una gran paciencia.

—No, no lo es. ¡Manténgase al margen!

Él le dedicó una sonrisa.

—Mistress Belter es mi cliente —repitió Mason con obstinación.

—Bien; considérela como tal después que pase el nublado. Hasta entonces permanezca a la expectativa. Ya veremos lo que se dice en la causa.

—El fiscal del distrito judicial no aguarda, Della —replicó Mason meneando la cabeza—. Sus representantes ocupan la casa de Elmwood, interrogan a los testigos y ponen en boca de Carlos Griffin palabras que mañana compondrán los epígrafes de los periódicos y causarán un daño irreparable cuando se vea la causa.

La muchacha reconoció la inutilidad de ulteriores argumentos.

—¿Cree usted que arrestarán a mistress Belter? —preguntó Della.

—No sé qué es lo que piensan hacer —replicó.

—¿Han descubierto un móvil?

—No, aun cuando comenzaron por buscarlo entre los usuales, mas no lo hallaron y esto ha interrumpido la labor. Sin embargo, cuando descubran todo lo concerniente a Harrison Burke, creerán haberlo descubierto.

—¿Y qué le parece? ¿Lo descubrirán?

—Van camino de ello.

Súbitamente se le dilataron las pupilas a Della.

—¿Sería Harrison Burke —inquirió como asaltada por una idea repentina— el hombre que estaba en casa de Belter cuando sonó el disparo?

—No lo creo, aun cuando no haya contestado a mi llamada, y a propósito: telefonee a su casa, y si no contesta, llame con un intervalo de diez minutos, hasta que él u otra persona cualquiera se ponga al aparato.

—Bien.

—Y llame también a Pablo Drake. Probablemente estarán en su despacho. Si no se encontrara en él, pida el número del teléfono de urgencia y contestará, porque trabaja por mi cuenta.

Miss Street asumió un aire circunspecto. Volvía a ser la secretaria de un procurador.

—Bien, míster Mason —dijo, y salió del despacho.

Mason reanudó su paseo. Al cabo de unos minutos sonó el timbre del teléfono interior. Tomó el receptor y la voz de Della anunció:

—Pablo Drake.

—¡Hola, Patricio! —dijo éste a continuación.

—Y bien, ¿has descubierto algo? —le preguntó Mason.

—Sí; he tenido suerte y puedo darte el informe que deseas.

—Aguarda, ¿hay moros en la costa? ¿Puede oírte alguien?

—No; tranquilízate.

—Pues desembucha.

—Supongo que no te interesará saber dónde se ha fabricado el arma ni tampoco dónde se ha vendido, sino únicamente el nombre

de su comprador, ¿verdad?

—Eso es.

—Bueno, pues fue adquirida por un individuo llamado Pedro Mitchell, habitante en la West Sixty-ninth Street, número 1322.

—Muy bien. ¿Y qué sabes del caso Locke?

—Aún no he recibido el informe de la Agencia, pero he seguido la pista hasta un Estado meridional (de Georgia creo que se trata) y allí ha desaparecido el rastro. Sospecho que fue en este Estado donde Locke debió cambiar de nombre.

—Eso es. En él cometió el desaguisado. Y, ¿qué más?

—También me he enterado de quién es la mujer que se hospeda en el hotel Wheelwright. Es una muchacha llamada Esther Linten, habita en el hotel y ocupa la habitación número 946.

—¿Sabes en qué se ocupa?

—¡Hum! En todo lo que puede —dijo Drake—. Sin embargo, hemos sacado poco en limpio respecto a su persona. Dame algún tiempo y un poco de descanso y te lo diré. Sin dormir no se puede trabajar, ni tampoco estar en todas partes a la vez.

—Ya te acostumbrarás, sobre todo si continuas trabajando en este asunto —observó Mason sonriendo—. No salgas del despacho. Dentro de cinco minutos volveré a llamarte.

—Espero —dijo Drake suspirando, y colgó el auricular.

Mason salió a la pieza en que trabajaba su secretaria.

—Della —dijo—. Hace dos años, con motivo de las elecciones, ¿recuerdas si se archivaron cartas o periódicos que trataran del asunto?

—Sí, señor. Tenemos una colección de cartas bajo el título de «Cartas sobre política» —replicó miss Street—. Por cierto que no sé para qué las guarda.

—En algunos casos me sirven para relacionar unos hechos con otros —explicóle Mason—. Busque un artículo que habla de Burke. «Burke en el Congreso», creo que se llama, y dese prisa.

Della corrió al archivo, que ocupaba un ángulo del aposento.

Mason la observó. Sólo unos ojos traicionaban el rojo blanco que había alcanzado su pensamiento en su esfuerzo por dominar los diferentes aspectos de un complicado problema.

Cuando Della regresó con el artículo, la felicitó.

—Muy bien, Della —dijo tomándolo.

Impresa en él había una columna con la lista de nombres de los vicepresidentes de un club político, que sumaban un centenar.

Mason contrajo las pupilas por el esfuerzo que le costaba descifrar la menuda letra impresa, y con el pulgar fue cubriendo los nombres a medida que los iba leyendo. En el decimoquinto lugar halló el de un tal P. J. Mitchell, habitante en el número 1322 de la West Sixty-ninth Street.

Mason dobló bruscamente el artículo y se lo metió en el bolsillo.

—Póngame otra vez en comunicación con Pablo Drake —ordenó a Della, al tiempo que salía de la primera oficina y cerraba de golpe la puerta.

Cuando tuvo al detective al otro lado de la línea, le habló así:

—Oye, Pablo, quiero que desempeñes por mí una comisión.

—¿Otra? —dijo Pablo.

—Sí. Puede decirse que ahora es cuando empiezas a trabajar seriamente.

—Bueno, di.

—Oye —explicó pausadamente Mason—: Toma un coche, ve a la West Sixty-ninth Street y saca a Pedro Mitchell de la cama. Procede con sumo tiento en este asunto, no vayas a meterte y meterme en un lío. Lo mejor será que te presentes a él como detective, pero bobo y charlatán. No le hagas preguntas sin darle antes toda clase de explicaciones, ¿comprendes? Dile que Jorge Belter fue asesinado en su casa esta noche pasada, que has reparado en que el arma de que se valieron para matarle tiene el mismo número que la que le fue vendida, y que como supones que él, Mitchell, la tiene en su poder, crees que ha habido una confusión respecto a los números de ambas, pero que desearías saber si puede decirte dónde estaba a media noche o poco después. Pregúntale si lleva consigo el arma o si recuerda lo que ha hecho de ella. Pero ten cuidado de explicárselo bien todo antes de interrogarlo.

—¿De modo que debo hacer el papel de bobo bonachón?

—Eso es, y después, olvídalo.

—Comprendo —dijo Drake.

Mason colgó de su gancho el auricular, o mejor, lo dejaba caer en él, cuando oyó girar el pomo de la puerta y levantó la vista.

Della Street escurrióse por la puerta entreabierta. Traía los ojos dilatados y el rostro blanco. Tras de cerrar la puerta, aproximóse a

la mesa escritorio, diciendo al propio tiempo:

—Ahí fuera hay un hombre que dice que le conoce usted. Se llama Drumm, y es detective al servicio de la Policía.

Entonces alguien empujó la puerta del despacho y por el hueco abierto asomó la faz sonriente de Sidney Drumm. Sus pálidas pupilas parecían desprovistas totalmente de vida y se asemejaban notablemente a las de un cajero que acabara de abandonar su puesto y viniera a tomar órdenes de su jefe.

—Perdone la intromisión —dijo en son de excusa—, pero desearía hablar con usted antes de que tenga tiempo de reflexionar.

Mason replicó sonriente:

—No se apure. Ya estamos acostumbrados a las maneras poco corteses de los agentes de policía.

—¡Eh!, que no soy un *poli* —observó Drumm—. Los *polis* me detestan. Soy un pobre diablo mal pagado.

—Bueno, entre y siéntese.

—Tiene usted unas horas de trabajo muy singulares —observó Drumm obedeciendo—. Le he estado buscando, mas no hubiera dado con usted de no haber visto luz en el despacho.

—¿Cómo es eso si tengo cerradas las persianas?

—En realidad tuve el presentimiento de que le hallaría aquí —replicó el otro sin dejar de sonreír—. ¡Es usted tan trabajador...!

Mason replicó:

—Supongo que me hace usted una visita profesional, ¿no es eso?

—Precisamente —contestó Drumm—. Me muero de curiosidad. Soy un bicho raro que se mantiene por ser curioso y a quien pagan por ello. Bueno, pues me inspira tal sentimiento aquel número de teléfono que usted me mandó averiguar y en busca del cual fui a la Telefónica. Cuando volví con él y la dirección de cierta persona, me dio usted las gracias cortésmente y más tarde aparece en la casa cuyas señas le di en compañía de una mujer y de un hombre asesinado. ¿Fue obra de la casualidad, pregunto yo, o pura coincidencia?

—¿Qué le parece?

—No sé. En el caso presente me está prohibido hacer suposiciones. A usted le toca responder.

—Pues es muy sencillo: fui a la avenida de Elmwood a petición de mistress Belter.

—Sin embargo, me extraña que conociendo a la mujer no conociera usted al marido —observó Drumm.

—¿Ah, le extraña? —inquirió con sarcástica expresión Mason—. Son gajes del oficio. Tantas veces ha venido a verme una mujer y a consultarme un caso (en su mayoría un problema doméstico) que no es extraño que no traiga consigo a su esposo y por consiguiente que yo no le haya visto en mi vida. Es más: sé de dos o tres casos en que una mujer visitó a su abogado sin que se enterara de ello su marido. Pero naturalmente, se trata solamente de hablillas, de rumores que corren y no pretendo que se me crea.

Drumm seguía sonriendo.

—¿De modo que su caso es así? —inquirió.

—Me niego a contestar —repuso el procurador.

Drumm echó atrás la cabeza. Había dejado de sonreír y sus pupilas asumieron una expresión vaga, mientras miraba al techo.

—Bueno, este detalle da un aspecto interesante a la cuestión —murmuró—. Una señora viene a ver a un procurador notable por su habilidad en sacar a la gente de apuros. Él no sabe el número del teléfono de la casa del marido, pero comienza a trabajar en beneficio de la mujer. Descubre el número en cuestión tras de seguir una pista y entra en la casa. En ésta halla a la mujer y al marido, muerto.

—¿Piensa ir con esa deducción a alguna parte, Sidney?

Drumm hizo una mueca burlesca.

—Lo ignoro, Patricio —respondió—. Me limito a atar cabos.

—Avíseme cuando los haya atado todos, ¿quiere?

—Así lo haré... y demasiado pronto, quizá —Drumm se había alzado de la silla y miró sonriente a Mason, luego a Della.

—Me voy —les anunció—, pues sospecho que así lo desea a juzgar por su observación.

—¡Oh, no tenga prisa! —replicóle con sorna el procurador—. En realidad tenemos poco que hacer, pero hemos contraído el hábito de venir temprano para recibir a quien desee dirigirnos preguntas más que tontas.

Drumm se detuvo para mirar fijamente al procurador.

—Si quiere ser franco, Patricio, le ayudaré un poco; si se mantiene en sus trece y se pone tozudo saldré, pero le vigilaré un poco.

—Lo comprendo; es su deber —replicó Mason—. Usted tiene una profesión, yo otra y ambos nos debemos a ellas.

—Lo cual quiere decir que va a mantener su reserva.

—Y que tendrá que buscar fuera de aquí los informes que necesite —concluyó Mason.

—Bien. Hasta la vista, Patricio.

—Hasta la vista, Sidney. Pase por aquí siempre que guste.

—Así lo haré, no se preocupe.

Y Sidney Drumm cerró tras de sí la puerta.

Miss Street iba a acercarse impulsivamente a Mason, pero él la contuvo con un ademán.

—Salga y vea si se ha marchado Sidney —ordenó.

Ella se dirigió a la puerta, pero ésta abrióse de par en par antes de que pusiera la mano en el pomo y Drumm tornó a asomar la cabeza. Al encontrarse con las miradas del procurador y su secretaria les dedicó una sonrisa.

—Veo que no se han descuidado —observó con frescura—. Bueno, Patricio, por esta vez me voy.

—Adiós —repuso Mason.

Drumm salió y un momento después se cerraba de golpe la puerta del antedespacho.

## Capítulo XI

Perry Mason se encasquetó el sombrero e introdujo los brazos en las mangas del abrigo, tan húmedo aún, que despedía olor a lana mojada.

—Voy en busca de unos datos que necesito —explicó a Della—. Más tarde o más temprano, se cerrará en torno mío el círculo y no podré moverme. Así es preciso que me mueva mientras esté en disposición de hacerlo. Usted quédese aquí defendiendo la fortaleza. No me atrevo a indicar a dónde debe llamarme en caso de apuro. Seré yo quien la llame, de vez en cuando, bajo el nombre de míster Johnson, antiguo amigo de míster Mason, por el cual le preguntaré. Procure irme enterando de lo que suceda sin dejar escapar mi verdadero nombre.

—¿Cree que la Policía tendrá tomada la línea telefónica?

—Es muy posible.

—¿Y que vendrán con una orden de prisión?

—No, pero es probable que deseen hacerme más preguntas.

Ella le miró con simpatía, con ternura, casi, mas nada dijo.

—Sea prudente —le recomendó Mason al salir.

Todavía era de noche cuando Mason penetró en el vestíbulo del Hotel Ripley, pidió una habitación con cuarto de baño y se inscribió en el registro con el nombre de Federico Johson, de Detroit. Se le adjudicó el número 518, que tuvo que pagar por adelantado, no sólo porque tal era la costumbre, sino por su carencia de equipaje.

Subió a la habitación, corrió los visillos de la ventana y le pidió al botones que le llevara un cuarto de litro de *whisky*, hielo, y cuatro botellas de cerveza. Después tomó asiento en una silla, henchida en exceso, colocó los pies sobre la cama y se puso a fumar.

No había cerrado con llave la puerta.

Llevaba fumando más de media hora, encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior, cuando se abrió la puerta y Eva Belter entró sin llamar.

Después de volverse a cerrar la puerta, con llave esta vez, le dedicó una sonrisa.

—Me alegro de verle sano y salvo —observó.

—¿Está segura de que no la han seguido? —inquirió Mason sin moverse de la silla.

—No, nadie me ha seguido. Hoffman me dijo que debo presentarme a declarar en la causa y por consiguiente que no puedo abandonar la ciudad ni dar paso alguno sin notificarlo antes a la Policía. Dígame: ¿me arrestarán?

—Eso depende...

—¿De qué?

—De muchísimas cosas. Pero ahora hablemos.

—Bueno, pues sepa que he encontrado el testamento de mi esposo.

—¿Dónde?

—En un cajón de la mesa.

—¿Qué ha hecho de él?

—Aquí lo traigo.

—Veámoslo.

—Es como yo me figuraba —explicó Eva Belter—, sólo que yo creí que me dejaría un mayor beneficio. Lo suficiente para emprender un viaje a Europa, en...

—En compañía de otro hombre, ¿verdad?

—¡Yo no he dicho tal cosa!

—No me refiero a lo que ha dicho, sino a lo que *ha pensado* —replicó Mason con un tono de voz harto significativo.

—Creo, míster Mason —observó—, que nos estamos desviando del objeto de nuestra conversación. He aquí el testamento.

Pero Mason la miraba pensativo.

—Le aconsejo que cambie de táctica —dijo luego—. Conmigo no vale.

Ella se irguió, altanera, mas de súbito soltó una carcajada.

—Sí, deseo hallar otro esposo. ¿Por qué no? —dijo.

—¿Por qué lo negaba entonces?

—No lo sé. Es más fuerte que yo. Quizá me molesta enterar de

mis interioridades a las gentes.

—La verdad es que le tiene usted horror a la verdad —observó el procurador—, y antes de decirla prefiere urdir toda clase de falsedades.

Ella se ruborizó.

—¡No me hable así! —protestó con calor.

Sin responderle, Mason alargó el brazo y se apoderó del testamento, que leyó atentamente.

—¿Todo él está escrito de puño y letra de su esposo? —inquirió al acabar la lectura—. Me parece que no. No lo creo.

—Parece escrito todo él por la misma mano —observó.

Mason la miró fijamente.

—Pues no creo que ésa sea su letra.

Mason se echó a reír.

—Por ahí no irá usted a ninguna parte —dijo—, ya que su esposo mostró el testamento a Carlos Griffin y a su abogado, Arturo Atwood, y les manifestó que estaba escrito de su puño y letra.

Eva contuvo un ademán de impaciencia.

—Querrá usted decir —observó corrigiéndole— que les mostró todo, pero no es posible que Carlos Griffin lo haya roto y sustituido por otro falso.

El semblante de Mason mostró fría aprobación.

—¿Sabe lo que significan tales palabras? —observó.

—¡Pues ya lo creo!

—Ellas constituyen una acusación peligrosa si carece de pruebas con que apoyarlas.

—Por ahora, en efecto, carezco de ellas —repuso pausadamente mistress Belter.

—Pues entonces —aconsejóle Mason— no la formule.

La voz de Eva vibraba de impaciencia al responder:

—Dice usted que es mi abogado y que debo contárselo todo; obedezco y entonces me reprende. ¿En qué quedamos?

—Olvídelo —Mason le devolvió el testamento—, y créame: resérvese ese aire de inocencia ofendida para cuando esté ante el juzgado, y ahora dígame: ¿cómo llegó a su poder ese documento?

—Estaba dentro de la caja de caudales que hay en el estudio. Vi que estaba abierta, saqué el testamento y torné a cerrarla —explicó lentamente mistress Belter.

—Eso no pasa y además tiene poca gracia.

—¿No me cree usted?

—¡Claro que no!

—¿Por qué?

—Porque probablemente la policía habrá colocado un agente en el estudio o, en todo caso, reparando en la caja de caudales abierta, habrá hecho el inventario de lo que contiene.

Mistress Belter bajó los ojos y dijo pausadamente:

—¿Recuerda que volví al lugar del crimen en su compañía? ¿Recuerda que se inclinó un momento a examinar al muerto y que palpó su bata de baño?

—Sí —replicó Mason contrayendo las pupilas.

—Pues entretanto, saqué de la caja el testamento.

Mason parpadeó.

—¡Por Dios que lo creo! —exclamó—. Ahora me acuerdo de que estaba usted colocada sobre la caja de caudales y la mesa del despacho. ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué no me comunicó en el acto su resolución?

—Porque quería ver si me favorecía el testamento o si podía destruirlo. ¿Qué le parece? ¿Lo rompo?

—¡No!

La respuesta de Mason fue explosiva. Ella guardó silencio por espacio de unos minutos, y al cabo repuso:

—Bien, lo guardo.

—Sí, venga —replicó Mason—. Tome asiento aquí, sobre la cama, para que pueda verle bien la cara. Deseo hacerle unas preguntas que no le he dirigido antes de que la Policía la sometiera a un interrogatorio, por temor de aturdira y que no se hiciera un lío. Pero ahora ya no albergo ese temor. Cuénteme exactamente lo sucedido.

Abriendo mucho los ojos y asumiendo aquel aire de inocencia que tan bien le sentaba, respondió ella:

—¿No se lo he dicho?

—No.

—Entonces, ¿me acusa de embustera?

Él suspiró.

—¡Por Dios, olvídese de ese cantar y baje a la tierra! —murmuró.

—Exactamente, ¿qué es lo que desea usted?

—Anoche iba usted muy bien vestida —observó Mason sin contestar directamente.

—¿Qué quiere decir?

—Lo sabe usted muy bien. Parecía una muñeca compuesta, con su traje sin espalda y los zapatos de raso...

—¿Y bien?

—Mientras su esposo tomaba un baño.

—¿Y qué tiene que ver con un baño?

—Que no se vistió usted para él.

—Claro que no.

—¿Se compone usted tanto todas las noches?

—Algunas nada más.

—De lo cual se deduce que anoche salió usted y que no volvió a casa hasta poco antes de que asesinaran a su marido. ¿Estoy en lo cierto?

Ella hizo un gesto negativo y tornó a asumir un frío aire de dignidad.

—No —repuso—. Estuve en casa toda la noche.

Mason le dirigió una mirada penetrante, llena de dudas.

—Pues el ama de llaves me contó, mientras aguardaba en la cocina a que me hiciera un poco de café —dijo al azar—, que sabía por la doncella que habían telefoneado a usted a propósito de unos zapatos...

Estas palabras cogieron de sorpresa a Eva Belter, ello era evidente; sin embargo, se dominó mediante un esfuerzo.

—¿Y qué ve usted de malo en ello? —preguntó.

—Primero dígame si es verdad o no que su doncella le transmitiera el recado.

—Sí, es cierto —repuso con indiferencia mistress Belter—. Hace poco se me estropearon unos zapatos que me gustan mucho y los mandé a componer encargando al zapatero que me los tuviera pronto listos. Como pasaban los días y no enviaba por ellos, el zapatero telefoneó a mi doncella y ésta me transmitió el recado. Los sucesos pasados habían borrado de mi memoria el hecho.

—¿Sabe por qué se ahorca a la gente? —preguntó de pronto Mason.

—No comprendo...

—Pues por asesinato —siguió diciendo él—. Se procede a la ejecución por la mañana. Un pelotón baja a la celda del reo y allí le leen la sentencia de muerte. Luego le atan las manos a la espalda y le ponen una palanca de madera en la espalda para que no se hunda y después le acompañan, corredor abajo, hasta el cadalso. Allí suben treinta escalones y hacen que el reo se adelante unos pasos y se coloque sobre una trampa. A ambos lados de ésta se ponen los guardianes de la prisión que han de presenciar el acto. El verdugo coloca el lazo corredizo en el cuello del sentenciado, le pone un saco negro en la cabeza, le ata las piernas...

Un chillido de mistress Belter interrumpió el relato.

—Bueno. Esto es exactamente lo que le sucederá si no es sincera conmigo —concluyó impertérrito Mason.

Ella tenía el rostro blanco, los labios pálidos y temblorosos y los ojos velados por el terror.

—So... soy... soy sincera —balbuceó.

—No lo es y tiene que ser franca conmigo si desea que la saque de este atolladero —replicó el procurador con un movimiento de cabeza—. Usted sabe tan bien como yo que el recado de los zapatos tiene doble sentido, que es un mensaje cifrado por el estilo del que usted me ordenó que transmitiera a su doncella y por el cual Harrison Burke le comunicaba su deseo de hablarle.

Humildemente, Eva inclinó la cabeza. Continuaba pálida y temblorosa.

—Ahora cuénteme lo que sucedió anoche. Harrison Burke le envió un mensaje: deseaba verla. Usted le dijo entonces que acudiría a un sitio determinado, se vistió y salió. ¿Sucedió así?

—No, él vino a casa.

—¿Qué?

—Le supliqué que no lo hiciera —siguió diciendo mistress Belter—, pero se empeñó en ello... Usted le había dicho que Jorge era el propietario de *Spicy Bits* y en un principio dudó, pero acabó por creerlo. Entonces quiso hablar con mi marido. Deseaba tener con él una explicación, hacer cualquier cosa con tal de evitar que el *Spicy Bits* llevara adelante sus abominables proyectos de ataque.

—Así, ¿no sabía usted que él pensaba ir a verla?

—No.

Hubo un momento de silencio.

Luego inquirió mistress Belter:

—Pero, ¿cómo lo sabe?

—¿El qué?

—Lo de la contraseña empleada por Burke.

—Pues porque él mismo me lo dijo.

—Y después el ama de llaves le explicó lo del recado. ¡Con tal que no se lo repita a la policía!

Mason se sonrió.

—No tema: no se lo repetirá a los agentes, ni tampoco me lo ha dicho a mí. Se trata de un embuste, al que he apelado para obligarla a contarme los hechos tal y como fueron. Adiviné que había usted visto anoche a Burke y que el carácter de éste le movería a desear el verla. Cuando está inquieto le agrada tener alguien con quien compartir su zozobra. Por esto supuse que debió dejarle el recado a la doncella.

Mistress Belter sintióse profundamente herida en su amor propio.

—¿Le parece bonito tratarme de este modo? —dijo—. ¿Es ésa su manera de conducirse?

Él hizo una mueca burlona.

—¡Como usted es un angelito! —observó.

Ella fingió un mohín de desagrado.

—No me agradan esas palabras —dijo.

—Lo supongo; sin embargo, antes que terminen nuestras relaciones, oírä todavía otras parecidas —replicó Mason. Y en seguida agregó variando de tono—: ¿De modo que Burke le hizo una visita?

—Sí —contestó Eva con voz débil.

—Bien, ¿y qué sucedió?

—Pues insistió en ver a Jorge, aun cuando traté de convencerle de que era disparatado acercarse a él siquiera. Me contestó que no mencionaría mi nombre. Creyó de buena fe que si podía hablar con Jorge y decirle que estaba dispuesto a pagar lo que fuera después de las elecciones, mi esposo ordenaría a Frank Locke que suspendiera la publicidad de lo sucedido en Beechwood.

—Vaya, ya hemos llegado al *quid* de la cuestión. Él se empeñaba en tener una entrevista con Belter y usted trató de impedirselo, ¿no es eso?

—Eso es.

—¿Y por qué quería usted evitar que los dos hombres se vieran?  
Eva repuso pausadamente:

—Porque temía que Burke mencionara mi nombre.

—¿Y lo hizo?

—Lo ignoro —repuso Eva, añadiendo a renglón seguido—: Es decir, no lo hizo porque no vio a Jorge. Le convencí por fin de que no debía hablar con él y se marchó.

—Señora, usted no ha meditado sus palabras —recalcó Mason—. Conque ignora si él mencionó o no su nombre delante de Belter, ¿eh?

—Repito que no le vio.

—Sí; ya lo veo, pero la verdad es que Burke subió a su gabinete y allí habló con él.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he concebido respecto al crimen una hipótesis que quiero ver confirmada. Es más, sé lo que ocurrió más tarde.

—¿Qué ocurrió?

—Usted lo sabe.

—¡No, no! ¿Qué sucedió?

La voz de Mason, monótona, inexpresiva, murmuró:

—Quedamos en que Harrison Burke subió al gabinete y que allí habló con Belter. ¿Cuánto tiempo estuvo en su compañía?

—No lo sé, quizás un cuarto de hora.

—Esto marcha. ¿Le vio usted después?

—No.

—Bien. Y ahora diga: ¿se disparó un tiro mientras Burke estaba en el gabinete? ¿Corrió, luego de haber sonado el disparo, escaleras abajo, sin decir a usted nada?

—No —repuso ella con enérgico ademán negativo—. Burke partió antes de sonar el disparo.

—¿Cuánto tiempo antes?

—Lo ignoro, tal vez quince minutos; tal vez más, tal vez menos.

—Y ahora, ¿dónde estará Harrison Burke?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que no se le encuentra. No está en casa ni responde a las llamadas telefónicas que se le dirigen.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he probado de atraerle junto al aparato y he enviado detectives a su residencia.

—¿Con qué objeto?

—Ah, pues porque suponía que estaba complicado en el crimen.

Eva tornó a abrir mucho los ojos.

—¿Cómo puede ser eso? Nadie, con excepción de nosotros dos, sabe que ha estado en casa, y naturalmente, no lo diremos para no empeorar la situación. Además, partió antes de que viniera el que disparó el tiro.

Perry Mason sostuvo su mirada.

—Sin embargo —observó lentamente—, fue su revólver el que disparó el tiro.

Ella tuvo un sobresalto.

—¿Qué le mueve a decir eso? —inquirió.

—El número del arma; a dicho número pueden seguirle la pista desde que salió de la fábrica hasta que lo adquirieron en la tienda. Y la persona que lo compró es un tal Pedro Mitchell, que vive en la West Sixty-ninth, número 1322, y es íntimo amigo de Burke. La policía le buscará, y cuando lo encuentre tendrá que explicar qué ha hecho del arma..., es decir, que se la dio a Burke.

Eva se llevó una mano a la garganta.

—¿Cómo pueden seguir así la pista de un arma? —inquirió.

—Gracias a los registros de que se dispone.

—¡Oh, bien decía yo que había que desembarazarse del revólver! —exclamó histéricamente.

—Sí..., y después ofrecer el cuello a la cuerda. Piense un poco en sí misma. Su posición no es muy favorable que digamos. Quiere salvar a Burke y es muy natural... si la dejan. Mas lo que deseo que comprenda es que si Burke cometió el crimen me lo diga usted sin rodeos. Luego, si podemos mantenerle alejado de este asunto, lo haremos. Mas entretanto no quiero que por escudarle se comprometa y la culpen de homicidio.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —repetía Eva, retorciendo su pañuelo y paseando al propio tiempo por la habitación.

—No sé si se le ha ocurrido pensar —continuó diciendo Mason— que hay un castigo para el encubridor de un crimen o el que trata de desfigurar los hechos. Ahora bien ni usted ni yo deseamos

colocarnos en tal posición, ¿eh? Lo que deseamos es descubrir al autor del homicidio y descubrirlo antes de que lo haga la policía. Por nada del mundo quisiera que la acusaran a usted del asesinato... ni a mí tampoco. Si Burke es culpable, debemos buscarle, convencerle de que se entregue y llevar su caso a juicio antes de que el fiscal reúna un exceso de pruebas. Además, intento ver a Locke para pedirle que guarde silencio y no escandalice desde las columnas del *Spicy Bits*.

Ella le miró fijamente un momento y luego preguntó:

—¿Cómo va a conseguirlo?

Él replicó sonriendo:

—En este juego soy el único que ha de saberlo todo. Cuanto menos sepa usted menos podrá contar.

—Confíe en mí. Sé guardar un secreto.

—Sí, es buena embustera, pero por esa vez no tendrá que mentir, porque no sabrá lo que pasa —repuso juiciosamente Mason.

—Burke no ha cometido el crimen —dijo ella insistiendo.

Mason la miró con el ceño fruncido.

—Este motivo me ha impulsado a pedirle una entrevista —dijo.

—Si no ha sido Burke, ¿quién ha sido?

Ella desvió los ojos.

—Ya le he dicho que un hombre había venido a ver a mi esposo. No sé quién era pero lo tomé por usted. Tenía su misma voz.

A Mason se le nubló el rostro y se puso en pie.

—Si continúa este juego, dejaré que la metan en la cárcel. Lo probó usted una vez, ¿verdad?, pues ya basta.

Ella comenzó a llorar, pidiendo entre sollozos:

—¿Qué pu... pu... puedo yo hacer? ¡Usted me interrogó, nadie nos oía y por esto le dije aquí... qui... quién era. Fu... fu... fue su voz la que oí, sin embargo, no se lo di... di... diré a la po... policía aun cuando me a... a... atormente!

Sin responder, Mason la cogió por los hombros y de un empujón la tiró sobre el lecho. Entonces le separó las manos del rostro. En sus ojos no había huellas de lágrimas.

—Escuche —le dijo luego—. Usted *no pudo* oír mi voz porque yo no estaba en su casa. Conque, ¡basta de sollozos!... si es que no lleva una cebolla en el pañuelo.

—Pues yo oí hablar a una persona que tenía la misma voz que

usted —insistió mistress Belter.

Él la miró ceñudo.

—¿Está enamorada de Burke —preguntó— y por eso trata de colocarme en una posición difícil en caso de que no pueda salvarle?

—No. Usted me pidió que le contara la verdad y así lo hago.

—¡Mire que me asalta la tentación de dejarla abandonada a su suerte! —amenazó él.

Pero ella dijo con gazmoñería:

—Y entonces, naturalmente, tendré que contarle a la policía de quién era la voz que oí en el gabinete.

—¡Hola! Conque ese es su juego, ¿eh?

—Yo digo la verdad.

Mistress Belter dijo estas palabras con dulzura, pero desviando la mirada.

Mason exhaló un suspiro.

—Todavía no me he vuelto nunca contra un cliente, ya fuera inocente o culpable —observó—, y ahora trato de tenerlo presente, pues, ¡por Dios que la tentación de dejarla abandonada a sus fuerzas vuelve a asaltarme!

Sentada en la cama, Eva retorció el pañuelo entre los dedos.

Después de un momento de silencio, Mason reanudó de esta suerte el diálogo:

—A mi regreso a la ciudad, después de salir de su casa, estuve hablando con el mozo de la botica desde la cual me telefoneó usted. Parece ser que la estuvo vigilando, cosa muy natural, ya que la llegada a aquellas horas de una mujer vestida con traje de noche y con una chaqueta de hombre puesta sobre los hombros y empapada de agua, debía llamarle la atención. Pues bien, el mozo me ha dicho que llamó usted por teléfono a dos personas.

Eva le miraba boquiabierta, pero guardó silencio.

—Yo fui una de ellas, ¿quién fue la otra?

—Nadie. El mozo se ha equivocado —repuso mistress Belter.

Tras de calarse con violencia el sombrero, Mason se volvió a ella y dijo violentamente:

—Voy a sacarla de este atolladero sea como sea, no sé cómo, pero, ¡por Dios que le costará mucho dinero!

Abrió la puerta, salió al vestíbulo y volvió a cerrarla sin otra palabra de despedida. La luz del alba coloreaba ya el cielo por la

parte de oriente.

## Capítulo XII

Los primeros rayos del sol naciente doraban la parte alta de los edificios cuando Perry Mason encaróse, por fin, con el ama de llaves de Burke, mujer metida en carnes, que le dispensó una acogida animosa. A sus preguntas dijo descortésmente con ojos centelleantes y hostiles:

—Repito que el señor no está en casa y que me importa un comino que sea usted quien sea. Ignoro adonde ha ido el señor. Sólo sé que hacia la medianoche le llamaron por teléfono y que se lanzó a la calle. Desde entonces el timbre ha estado sonando sin cesar, pero no le he hecho caso, en primer lugar, porque el señor se ha marchado, y después porque se me enfrían los pies si me levanto de madrugada. Tampoco me prueba abandonar la cama a tales horas.

—¿Sabe si tardaron mucho en llamar por teléfono a míster Burke después de regresar éste de la calle? —preguntóle Mason.

—No mucho, ya que le interesa saberlo.

—¿Y le parece que esperaba que le llamasen? —tornó a inquirir el procurador.

—¿Cómo puedo saberlo? —replicó el ama de gobierno—. Sé únicamente que me despertó al entrar de la calle abriendo y cerrando la puerta del piso. Después probé de dormirme de nuevo y en éstas sonó el timbre del teléfono, corrió a su cuarto tras de hablar por el aparato, y creí que se iba a acostar, pero es indudable que estuvo guardando unos cuantos objetos en la maleta, porque ésta ha desaparecido. Al cabo de un rato cerró la puerta del piso y lo oí bajar corriendo la escalera.

—Bueno, de momento creo que no puede darme más informes —dijo Mason.

El ama de llaves replicó:

—¡Usted lo ha dicho! —y le dio con la puerta en las narices.

Mason entró en el coche y a poco se detenía frente a un hotel, desde el cual telefoneó a su despacho.

Al oír la voz de miss Street al otro lado de la línea inquirió:

—¿Está ahí míster Mason?

—No. ¿Quién le llama? —preguntó Della a su vez.

—Un amigo suyo, míster Alfredo Johnson. Me urge hablar con míster Mason, señorita.

—No puedo decirle dónde se halla en este momento —repuso rápidamente la secretaria—, pero creo que volverá pronto. Aquí hay varios clientes esperándole, entre ellos un tal Pablo Drake, a quien creo que ha dado una cita. De modo que no tardará en volver.

—Está bien. Volveré a llamar —dijo Mason con indiferencia.

—Si desea dejarme algún recado...

—No, no. Volveré a llamar —repitió Mason, y colgó el receptor.

A continuación llamó a la Agencia de Drake.

—Ten cuidado, Pablo, y no hagas manifestaciones donde puedan oírte —advirtió—, porque tengo la seguridad de que alguien... ya sabes a quién me refiero, ¿verdad?

—Sí.

—... tiene mucho interés en hacerme unas preguntas a las que por ahora no deseo responder.

—Precisamente —díjole Drake— tengo que contarte una cosa muy graciosa.

—Pues desembucha.

—He ido a ver al individuo aquel de West Sixty-ninth Street y he descubierto...

—¿Qué? Prosigue.

—Una cosa que..., ¡vamos, que tiene gracia!

—Cuéntamela.

—Pues parece ser que al hombre le llamaron por teléfono poco después de la medianoche y que se asustó mucho. Le dijo a su mujer que un negocio importante le obligaba a salir de la ciudad, metió parte de sus ropas en una maleta y un cuarto de hora después salía de casa en automóvil. Esta mañana, su esposa ha recibido un telegrama en el cual le dice sobre poco más o menos: «Estoy bien. No te preocupes. Abrazos». Y esto es todo lo que sabe. Naturalmente, está preocupadísima.

—¡Espléndido! —exclamó Mason.

—¿Significa mucho todo esto?

—Creo que sí, pero déjame que reflexione un poco antes de darte nuevas órdenes. ¿Sabes algo del caso Locke?

La voz de Drake demostró animación al contestar:

—Todavía ignoro lo que deseas saber, Patricio, pero estoy en camino. ¿Te acuerdas de Esther Linten, la mujer de Wheelwright Hotel?

—Sí.

—Pues ha venido de Georgia.

Mason lanzó un silbido.

—Y aún hay más —continuó diciendo Drake—. Recibe de Locke una cantidad fija y además cada dos semanas un cheque procedente de la cuenta corriente que el *Spicy Bits* tiene abierta en un Banco de la ciudad baja. Hemos hecho hablar al cajero del Hotel y por mediación de éste recibe dinero por los cheques con regularidad.

—Sígale la pista hasta Georgia y procuren averiguar si ha estado mezclada en algún embrollo. Quizá no haya cambiado de nombre.

—En esto trabajamos ahora —replicó Drake—. La Agencia de Georgia tiene orden de enviarme un telegrama en cuanto tengan algo importante que comunicarme y también de no esperar hasta el fin para ponerme al corriente de todo, sino de ir haciéndolo poco a poco.

—Espléndido —dijo Mason—. ¿Podrías decirme dónde estuvo Locke esta noche pasada?

—Minuto por minuto. Un compañero le sigue como su sombra. ¿Deseas una relación detallada?

—Sí, en seguida.

—¿Dónde quieres que te la envíe?

—Al Hotel Ripley, y a nombre de Federico Johnson, de Detroit. Mándamela por un mensajero de confianza y dile que se asegure de que no le sigan.

—Bueno. No dejes de comunicarte conmigo. Quizá te necesite.

—Bien —dijo Mason, y colgó el auricular.

Encaminóse seguidamente al Hotel Ripley y en secretaría preguntó si había algún recado para míster Johnson. Le dijeron que no y subió a la habitación número 518. La puerta estaba abierta, entró y se encontró con Eva Belter, sentada en el borde de la cama,

fumando. Frente a ella, sobre la mesita que había junto al lecho, veíase una botella de *whisky* y a su lado un vaso.

En la silla que antes ocupara Mason estaba sentado un hombrón de mirada errante que parecía hallarse poco a sus anchas.

Al ver entrar a Mason dijo mistress Belter:

—Celebro que haya vuelto. Usted no quiere creerme, por consiguiente le he traído una prueba.

—¿Prueba de qué? —inquirió Mason mirando fijamente al hombrote que se había levantado de la silla y le miraba con aire confuso.

—De que el testamento ha sido falsificado —repitió mistress Belter—. El señor es míster Dagett, cajero del Banco donde Jorge tenía invertido su capital. Conocía a fondo todos los negocios de Jorge y dice que ésta no es su letra.

—¿Es usted míster Mason, el procurador? Me alegro de conocerlo —dijo, pero no se atrevió a tenderle la mano.

Mason se plantó delante de él y le miró a los ojos.

—No se preocupe. Esta mujer ejerce alguna influencia sobre usted, o de lo contrario no estaría aquí a estas horas. Probablemente habrá usted llamado a su doncella para transmitirle un recado del sombrero... o de quien sea, importa poco. Lo que deseo es que me diga la verdad, no lo que ella quiere que diga, y con ello le prestaré un gran favor; ¿está ese documento en regla?

El cajero cambió de color. Dio un paso hacia delante, en seguida se detuvo indeciso y preguntó cobrando aliento:

—¿Se refiere usted al testamento de míster Belter?

—Precisamente.

—Pues lo he examinado atentamente y es una falsificación, pero no muy buena. Si la estudia verá que se ha interrumpido una o dos veces el carácter de letra, como si alguien hubiera tratado de despachar con prisas el asunto y se hubiera fatigado durante la operación.

—Veamos el documento —dijo Mason con viveza.

Eva se lo entregó.

—¿Otra, copia, Charlie? —preguntó riendo entre dientes al cajero.

—¡No! —repuso éste con vehemencia.

Mason examinó el documento y se le contrajeron las pupilas.

—¡Por Dios que tiene usted razón! —exclamó.

—Salta a la vista —repuso el cajero.

Mason se volvió prontamente a mirarle.

—¿Quiere atestiguarlo ante el jurado? —sugirió.

—¡No, por favor! —repuso Dagett, aterrado. Y en seguida agregó en otro tono—: Tampoco es preciso. Basta con mirarlo para ver la falsificación.

Mason le miró fijamente.

—Bueno. Ya no le necesito —dijo.

Entonces Dagett marchó con premura en dirección de la puerta, la abrió de par en par y salió.

En cuanto se hubo marchado, Mason clavó una mirada penetrante en Eva Belter.

—Ya le he dicho —observó— que viniera a verme siempre que tuviera que comunicarme alguna cosa, pero no que entrara y saliera de aquí como Pedro por su casa. ¿Se da cuenta de la posición en que me colocaría y se colocaría usted si nos sorprendieran juntos a estas horas?

Ella se encogió de hombros.

—Por fuerza hay que arriesgarse —replicó—, y además me convenía que hablara usted con míster Dagett.

—¿Cómo dio con él?

—Le llamé por teléfono y le pedí que viniera para hablar con él de un asunto importante. ¡Vaya unas cosas que le ha dicho! ¿Está eso bien?

Y mistress Belter rió con la alegría propia del alcohol.

—Le conoce usted a fondo por lo visto —observó Mason mirándola fijamente.

—No comprendo —dijo ella.

—Que es muy amigo suyo. Le llama usted Charlie.

—Oh, sí. Es muy amigo de Jorge y mío.

—Comprendo.

Se dirigió al teléfono y llamó a su despacho.

—Míster Johnson al habla —comunicóle a Della—. ¿Ha venido ya míster Mason?

—No, aún no —repuso miss Street—. Por cierto que cuando venga va a tener muchísimo que hacer. Pues anoche se cometió un crimen, a lo que parece, y representa a uno de los testigos

principales. Aquí han estado en su busca varios periodistas, y cierto individuo que, por el tipo, parece un detective al servicio de la policía, se ha instalado en la antecámara. Por esto temo que no pueda ver a míster Mason en toda la mañana.

—¡Qué contratiempo! —exclamó el procurador—. Precisamente antes de dictarlos desearía que míster Mason viera unos papeles que le interesan y que probablemente tendrá que firmar. ¿Podrá enviarme un taquígrafo que los tomara al dictado?

—Sí, creo que sí.

—¿Y podría usted librarse de la gente que le rodea?

—Eso corre de mi cuenta.

—Bueno, pues estoy en el Hotel Ripley.

—Bien —dijo Della, y cortó la comunicación.

Entonces dijo Mason mirando a Eva con enfado:

—Bueno, ya que se ha arriesgado a venir se quedará aquí un rato largo.

—¿Qué piensa hacer?

—Voy a hacer una instancia solicitando poderes para que usted ejerza una administración. Con ello obligará a que se abra el testamento, y entonces le someteremos a un debate.

—¿Y esto significa...?

—Que voy a ponerle las riendas en las manos y a apoyarla a pesar de cuanto se haga en contra.

—¿Y qué beneficio me reportará eso? —objetó mistress Belter—. Si estoy virtualmente desheredada tendremos que probar que el testamento está falsificado y no sacaremos nada hasta después del juicio.

—Sí; pero yo pensaba en el manejo de las propiedades de su esposo. Verbigracia: en el *Spicy Bits*.

—Eso es otro cantar.

Mason prosiguió de este modo:

—Así voy a dictar en el acto esa instancia y a confiarla a mi secretaria para que pueda presentarla. Entretanto, usted tendrá que poner el testamento donde lo ha encontrado. Es decir, donde lo ha encontrado, no; porque el gabinete estará guardado, sino en cualquier habitación de la casa.

—¡Vaya si lo haré! —prometió mistress Belter tornando a reír entre dientes.

—No sea tan atrevida —observó Mason—. No sé por qué razón pescó usted el testamento, pero si la prenden con él encima, ¡pobre de usted! Es cosa grave.

—Alégrese, no me prenderán. Usted no se ha aventurado nunca, ¿verdad?

—Sí, por cierto; cuando me mezclé en sus asuntos —replicó vivamente Mason—. A pesar de ser usted como la dinamita, siempre dispuesta a hacer explosión.

—Pues vea lo que son las cosas —observó—. Conozco más de uno a quien le gustan las mujeres así.

Él la contempló malhumorado.

—Se está embriagando —dijo—. Deje ese *whisky*.

—¡Caramba! ¡Se expresa como si fuera mi marido! —exclamó tontamente Eva.

Él se aproximó a la mesa, cogió la botella de *whisky* púsole el tapón, abrió un cajón de la cómoda y la metió en él, guardándose la llave en el bolsillo.

—¿Está eso bonito? —dijo mistress Belter.

—Sí.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono y Mason se puso al aparato. De abajo le comunicaban que acababa de llegar un mensajero con un recado para él.

Mason pidió al encargado que le dejara subir y cortó la comunicación.

Cuando el muchacho llamó a la puerta, Mason tenía puesta una mano en el pomo. Abrió, le dio una propina y tomó el sobre. Éste contenía el informe sobre Locke de que le había hablado Drake.

—¿Qué es eso? —inquirió Eva.

Mason meneó la cabeza, llegóse a la ventana, abrió el sobre y procedió a la lectura del informe.

Era sencillísimo. Por la tarde, Frank Locke había ido a un bar, de allí a una peluquería para afeitarse y darse un masaje facial. Había permanecido en ella media hora, y después habíase encaminado al Hotel Wheelwright, subiendo al cuarto número 946 de este mismo hotel, donde permaneció de cinco a diez minutos. Había cenado con Esther Linten y bailado hasta las once de la noche. Pasada esta hora había hecho subir hielo y unas botellas de vino a la habitación número 946, saliendo de ella a la una y treinta de la madrugada.

Mason se metió el informe en el bolsillo, y sus dedos atacaron una marcha silenciosa en el alféizar de la ventana.

—Me pone nerviosa —díjole Eva Belter pasado un instante—. ¿No puede decirme lo que pasa?

—Ya le he manifestado mis intenciones.

—¿Qué contiene el papel que acaba de leer?

—Trata de negocios.

—¿De qué clase?

Él observó riendo:

—¿Cree que porque trabajo en su favor tengo que enterarla de los asuntos de todos mis clientes?

—Creo que es antipático —dijo ella frunciendo el ceño.

Él se encogió de hombros y continuó tecleando sobre el alféizar.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

La puerta se abrió y apareció Della Street en el umbral, cuyo cuerpo se puso rígido al ver a mistress Belter sentada en la cama.

—Hola, Della —fue el saludo con que la acogió Mason—. Vamos a redactar unos documentos y a tenerlos dispuestos para cuando se necesiten. Ante todo extenderemos una solicitud para la obtención de poderes de administración; otra, demandando la prueba de autenticidad de un testamento, una orden señalando a mistress Belter administradora y una fianza escrita de modo que baste con llenarla a última hora. Después tendremos que extender los poderes y las copias para que puedan certificarse cuanto antes.

Della Street preguntó fríamente:

—¿Desea dictarlas ahora?

—Sí, y entretanto haré que me sirvan el desayuno.

Llegóse al teléfono y pidió que se lo sirvieran.

Della observó, mirando fijamente a mistress Belter:

—Lo siento —dijo—, pero necesito esa cama.

Eva Belter arqueó las cejas y quitó el vaso de la mesa, con el ademán de la mujer que se recoge la falda cuando encuentra a un mendigo por la calle.

Mason apoderándose a su vez de la botella de cerveza y el recipiente con hielo, limpió el tablero de la mesa con el húmedo paño que la cubría y llevó una silla para Della.

Ésta se acomodó en ella, cruzó las piernas, puso el libro de notas

sobre la mesa y tomó la pluma.

Perry Mason dictó rápidamente por espacio de veinte minutos, al cabo de los cuales le trajeron el desayuno. Los tres comieron con apetito y casi en silencio. Eva Belter procuraba crear la impresión de que estaba sentada a la mesa con la servidumbre.

Al terminar el almuerzo, Mason hizo retirar los platos y prosiguió su dictado. A las nueve y treinta había terminado.

—Vuelva al despacho —ordenó a Della—. Ponga en limpio esos documentos y téngalos listos para la firma. Pero que nadie vea lo que hace. Lo mejor será que cierre con llave la puerta del despacho.

—Bien —repuso la secretaria—; pero antes desearía hablarle un momento a solas.

Eva Belter lanzó un resoplido de desprecio.

—Mistress Belter se va —dijo Masson—. Así puede hablar cuanto quiera.

—¡Oh, nada de eso! —protestó la aludida.

—Sí, usted va a marcharse ahora mismo. La he dejado permanecer aquí mientras dictaba esos documentos, con objeto de obtener de sus libros los informes necesarios, mas ya es tiempo de que vuelva a su casa y deje en ella el testamento. A primera hora de la tarde pase por mi despacho y firmará todos estos papeles. Y entretanto, es libre de hacer lo que se le antoje. ¡Ah! Los periodistas querrán someterla a una interviú. Use de toda su personalidad; muéstrese abatida, aniquilada por la terrible desgracia que ha sufrido. Hágales un relato incoherente de lo sucedido, no les regatee el espectáculo de su dolor y cada vez que le enfoquen una cámara exhiba descaradamente las piernas. ¿Comprende?

—Es usted muy grosero —replicó Eva fríamente.

—Soy práctico. ¿A qué diantre trata de fingir conmigo, si sabe que no le vale?

Ella se puso con dignidad el sombrero y la chaqueta y se dirigió a la puerta.

—Cuando empiece usted a gustarme —observó— hace una de las suyas y lo echa todo a perder.

En silencio le abrió él la puerta, le hizo un saludo y luego cerró de golpe.

Acercándose a Della preguntó a continuación:

—¿Qué hay, Della?

Ella se llevó la mano al pecho y sacó de él un sobre.

—¿Qué es? —inquirió Mason.

—Dinero.

Abrió el sobre y dentro halló dos talonarios de cheques por valor de mil dólares cada uno. Todos los cheques llevaban la firma de Harrison Burke; el nombre de la persona que debía cobrarlos estaba en blanco. Con los cheques, y escrita a lápiz, había una nota:

Desdoblóla Mason y leyó:

*Creo que lo mejor será que me quite de en medio por algún tiempo. Adelante y sáqueme de ésta. Suceda lo que quiera, sáqueme de ésta.*

Y venía la firma: **H. B.**

Mason pasó los cheques a Della.

—Tome, y mucho cuidado en elegir el lugar de cambiarlos.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Dígame, ¿qué ha sucedido? ¿En qué lío le ha metido esa mujer?

—En ninguno. Por el contrario, me hace ganar buenos honorarios, que acrecentaré cuando cobre mi trabajo.

—Ha hecho más: le ha mezclado con un caso criminal —insistió Della tercamente—. De esto he oído hablar esta misma mañana a los periodistas. Mistress Belter le llevó a su casa antes de llamar a la policía, de modo que esto acabará por comprometerlo. ¿Cree que no dirá a la policía que es usted el hombre que acompañaba a su esposo cuando sonó el tiro?

Mason hizo un gesto de cansancio.

—Posible es, en efecto —repuso—, que lo haga algún día.

—¿Y lo consentirá usted?

Él explicó pacientemente:

—No se pueden escoger los clientes, Della; hay que tomarlos tal como son. Y cuando se les acepta, hay que darles cuanto uno tiene.

Della observó con un ademán desdeñoso:

—Pero esto no quiere decir que, con objeto de proteger a un camarada, tenga que dejar que le acusen de criminal.

—¡Hola! ¿Quién le ha dicho eso?

—Uno de los periodistas. Es decir, se lo he oído, no me lo ha comunicado directamente.

—Bueno, quítese todo eso de la cabeza y vuelva al despacho, que tengo todavía que hacer. ¡Ah!, y cuide, siempre que venga, de que nadie la espíe.

—Me parece que ésta será la última vez, pues me ha costado muchísimo escapar de un individuo que intentó seguirme. Por fortuna se me ocurrió hacer lo mismo que mistress Belter la primera vez que fue a verle a usted. Es decir, salir por el tocador del hotel que hay frente a la otra calle. Ahora que... no me atrevo a repetirlo.

—Bien —dijo Mason—. También yo estoy seguro de que darán conmigo a una hora u otra del día, pero entretanto procuraré mantenerme a cubierto.

—¡Oh, cómo aborrezco a esa mujer! —dijo con fervoroso acento Della Street—. Ojalá no la hubiese usted conocido. Aun cuando sacáramos de ella diez veces más de lo que nos proporcione el servirla, aun no valdría la pena de tenerla por cliente. Sus garras son de terciopelo, pero garras al fin. Ya se lo manifesté a usted en otra ocasión.

—Aguarde, que aun no hemos visto el final de todo esto —dijo Mason en son de advertencia.

—Tengo bastante con lo que veo ahora —dijo Della engallándose—. Bueno. Para después de mediodía tendré listos estos documentos.

—Haga que los firme mistress Belter y cuide de que estén en regla. Quizá tenga que echar a correr con ellos en la mano; quizá le telefonee pidiéndole que los lleve a un lugar determinado.

Ella respondió a la orden con una sonrisa y abandonó el aposento con la cabeza erguida, el paso ligero, mucha dignidad, y no obstante, preocupadísima en el fondo de su alma leal.

Mason aguardó cinco minutos, pasados los cuales encendió un cigarrillo y salió a su vez del hotel.

## Capítulo XIII

Mason se detuvo ante la puerta de la habitación número 946 del Wheelwright Hotel y llamó con un golpecito suave. Dentro no se oía el menor ruido.

Aguardó un instante y después tornó a llamar con más fuerza.

Pasado un momento, oyó el ruido de algo que se movía al otro lado de la puerta, el crujido de un colchón de muelles, y después la voz de una mujer preguntando:

—¿Quién es?

—Le traigo un telegrama, señorita —replicó Mason. Oyó el rechinar de la llave en la cerradura, abrió la puerta de un empujón y penetró en el cuarto.

Vestida con un pijama de seda, tan fina que se amoldaba a las curvas de su cuerpo, vio a Esther Linten. Por lo visto había estado durmiendo y tenía los ojos hinchados. Todavía conservaba su rostro vestigios del maquillaje, mas por debajo de los afeites que le cubrían, asomaba una tez pálida.

Vista así, a la luz matinal, observó Mason que tenía más edad de lo que él se había figurado. Sin embargo, era hermosa y su figura hubiera hecho las delicias de un pintor. Tenía los ojos oscuros y rasgados, y junto a la boca un hoyuelo.

En pie, delante de él, miróle con hosca expresión de desafío antes de interrogar:

—¿Qué idea le ha dado de entrar aquí de ese modo?

—Perdón, deseo hablar con usted.

—¡Pues bonita manera de presentarse! —observó la mujer.

—En efecto, pero vuelva a la cama. Puede constiparse.

—¿Ah, sí? Pues mire, por eso mismo no quiero hacerlo.

Se acercó a la ventana, abrió las persianas y se encaró con Mason.

—Bueno, explíquese —le ordenó.

—Parece ser que está usted en un trance apurado...

—¡Usted lo dice!

—Digo la verdad.

—¿Y quién es usted?

—Perry Mason.

—¿Detective?

—No. Abogado.

—¡Hum!

—Represento a mistress Eva Belter. ¿No le suena el nombre?

—No, por cierto.

—Vamos, sea un poco más sociable —dijo Mason en son de protesta—. Se está mostrando muy dura conmigo.

La muchacha hizo una mueca y replicó vivamente:

—Lo hago porque me fastidia que me despierten a estas horas, primero, y después, porque aborrezco a los hombres que penetran de este modo en las habitaciones.

Mason hizo como que no oía y preguntó con indiferencia a miss Linten:

—¿Sabe usted por casualidad que Frank Locke es el director del *Spicy Bits*?

—¿Quién es Frank Locke, y qué es el *Spicy Bits*? —inquirió a su vez Esther.

Él se rió en sus barbas.

—¿Cómo? ¿No lo sabe? —dijo—. Frank Locke es el hombre que firma los cheques que usted cambia por dinero contante y sonante cada dos semanas a cargo del *Spicy Bits*.

—¡Caramba, qué listo es usted! —observó miss Linten.

Mason advirtió modestamente, sin darse importancia:

—Si no lo soy, estoy en camino de serlo.

—Bueno, siga usted.

—Pues quería decirle que Locke es un figurón que guardaba las espaldas al propietario del periódico, un tal míster Belter, y que Locke hacía lo que Belter le mandaba.

Esther bostezó desperezándose.

—Bueno, ¿y qué me importa todo eso? —dijo. Y en seguida agregó en otro tono—. ¿Tiene usted ahí un cigarrillo?

Mason le alargó la pitillera. Ella se aproximó mucho, mientras

encendía una cerilla, y después tornó junto a la cama, sentóse en ella, cruzando las piernas a estilo moro, y observó:

—Adelante... si le interesa el cuento. Después de todo no podré dormir hasta que usted se marche.

—Por hoy ha dejado usted de dormir.

—¿De veras?

—De veras. Al otro lado de la puerta está el periódico de la mañana. ¿Quiere leerlo?

—¿Para qué?

—Para enterarse de la muerte de

Jorge C.

Belter.

—No me gusta leer noticias de crímenes antes de almorzar.

—¡Quién sabe! Podría interesarle leer ésta.

—Bueno, venga el periódico.

—Tómelo usted misma —repuso Mason meneando la cabeza—; no sea que al abrir la puerta me eche usted al pasillo de un empujón.

Entonces levantóse miss Linten, atravesó la habitación sin dejar de fumar plácidamente, abrió la puerta, alargó el brazo y se apoderó del periódico.

Grandes epígrafes daban la noticia del asesinato de Belter. Esther tornó a sentarse en el lecho, en la misma posición que adoptara antes, y leyó el diario, fumando entretanto.

—No tiene importancia —observó luego—. Es uno de tantos crímenes en que la víctima es un caballero de industria. Probablemente se habrá buscado él mismo la muerte.

—Probablemente.

—Entonces, ¿por qué interrumpe mi sueño en detrimento de mi belleza?

—Reflexione y lo comprenderá —replicó pacientemente el procurador—. Mistress Belter es propietaria ahora de todos los bienes de su esposo y yo la represento, como ya he dicho.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Qué? Pues es muy sencillo. Usted hace víctima de un *chantaje* a Frank Locke, quien para pagarle ha estado sirviéndose de los fondos destinados por el *Spicy Bits* al pago de informaciones, es decir, de fondos que no le pertenecen.

—¿Y a mí qué me cuenta? Ignoro todo eso.

—¿También lo de la estafa? —observó sonriendo Mason.

—Repito que no sé de qué me habla.

—¡Oh, sí! Usted lo sabe, Esther. Usted explota a Locke, valiéndose de lo sucedido en Georgia.

Esta observación dio en el blanco. El rostro de miss Linten cambió de color y por vez primera, Mason comprendió una expresión de terror en su mirada.

Aprovechándose de ello para observar:

—Éste es un asunto muy feo; una felonía y constituye un delito en este Estado, como usted sabe.

—¿De verdad es usted un abogado y no un policía? —inquirió mirándole atentamente miss Linten.

—Sólo un abogado.

—Bien. ¿Qué desea?

—Vaya, ahora entra en razón: que hable usted.

—No. Interrógueme y le responderé.

—Bueno, pues, anoche estuvo usted con Frank Locke, ¿no es eso?

—¿Quién lo ha dicho?

—Yo lo digo. Salió usted con él, regresó algún tiempo después y él permaneció encerrado aquí, hasta entrada la noche.

—Soy libre y mayor de edad. Además, estoy en mi casa; por consiguiente pudo recibir a quien quiera —repuso ella.

—En efecto. Ahora bien, ¿es bastante sensata para conocer qué lado del pan está untado con manteca?

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué hicieron ustedes anoche después de volver del baile?

—Hablar del tiempo, naturalmente.

—Muy bien. Luego pidieron unos refrescos y se los tomaron, mientras charlaban, hasta que usted tuvo sueño y se metió en la cama.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Yo lo digo... y *también usted* dentro de poco. Tuvo sueño y se fue a dormir.

Ella le dirigió una mirada pensativa.

—¿Qué quiere decir? —tornó a preguntar.

Mason habló lo mismo que un maestro a un discípulo:

—Estaba cansada y además había bebido un poco, por cuyo motivo se puso el pijama y se retiró a descansar hacia las once y cuarenta. Ignora lo que sucedió después, así como la hora en que se retiró Frank Locke.

—¿Y qué bien puede hacerme decir que me fui a descansar? —inquirió Esther.

Mason repuso con indiferencia.

—No sé; quizá mistress Belter se halle dispuesta a pasar por alto el asunto de la estafa.

—Pero yo no me fui a dormir.

—Reflexiónelo y se convencerá de lo contrario.

Ella se le quedó mirando con sus grandes ojos escudriñadores, pero no dijo nada.

Mason cruzó la habitación y tomó el teléfono, marcó el número de la Agencia de Drake.

—¿Me conoces, Pablo? ¿Sabes algo de nuevo?

—Sí.

—Pues explícate.

—La persona en cuestión ganó un premio de belleza en Savannah. Era una menor y vivía con un joven de su edad. Un individuo metió en la cárcel al joven y mató a la muchacha. Trató de ocultar el crimen, pero fue descubierto y procesado. Esther Linten, testigo de la causa se vendió a él y obtuvo una revisión de la causa, mas antes de que ésta se viera, escapó. Hoy continúa siendo un fugitivo. Se llama Cecil Dawson y se le busca para comprobar sus huellas digitales, señas personales, etc. Tengo la idea de que es el hombre a quien desea hallar.

—Bien —dijo Mason como si hubiera esperado la noticia—. Más tarde volveré a llamarle.

Colgó el auricular y se encaró con Esther.

—¡Bueno! ¿Qué dice usted? ¿Sí o no?

—No —repuso miss Linten—. Ya se lo he dicho, y no varío jamás de modo de pensar.

Miróla Mason con fijeza y observó pausadamente:

—El caso es que, no sólo se le acusará de estafa. Remontándonos a la época en que sirvió de testigo en cierta causa, hallaremos que hizo usted una declaración falsa, dando ocasión con ella a que escape el acusado, un tal Dawson, y cuando se coja a éste y se le

procese por asesinato, va a verse comprometida y expuesta a ser acusada de perjurio y falso testimonio en cuanto se le hallen encima los cheques y se sepa que ha estado aquí con él.

El rostro de Esther tornó a perder el color. Abrió mucho las oscuras pupilas y se le avivó la respiración.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Precisamente —dijo Mason—, anoche se fue temprano a la cama.

—¿Aliviaría eso mi situación?

—No lo sé. Quizá sea demasiado tarde. De todos modos, tampoco estoy seguro de que se piense o no sacar a la luz el asunto de Georgia.

—Bien, pues estaba un tanto dormida cuando me dejó Locke.

—Recuerde que nadie sabe una palabra de todo esto más que yo. Por consiguiente, ¡mucho ojo! —le advirtió—. No le diga a Locke que estuve aquí, ni le hable de la proposición que acabo de hacerle.

—Pierda cuidado. Sé hasta dónde puedo llegar —replicó Esther.

Entonces salió Mason del cuarto y cerró tras de sí la puerta.

Metióse en el coche y se dirigió a la casa de empeños de Sol Steimburg, un judío grasiento, de ojos vivos y labios gruesos, sensuales y arqueados, que sonreían constantemente.

Acogió con semblante satisfecho a Perry Mason, diciéndole al propio tiempo que le sonreía:

—¡Caramba, caramba! Hacía tiempo que no venía por aquí, amigo mío.

—Es verdad, Sol —dijo Mason estrechándole la mano—. Y ahora me encuentro en un aprieto.

El prestamista se frotó las manos.

—Todo el que se halla en un apuro acude a Sol Steimburg —observó con orgullo—. Y bien, ¿qué sucede, amigo?

—Deseo pedirle un favor.

—Con muchísimo gusto haré lo que pueda en su obsequio. El negocio es el negocio, claro está. Por ello, si viene a tratar conmigo de negocios, tendrá que hacerse cargo de lo que ello representa y someterse a sus bases. De lo contrario, haré lo que pueda.

Mason dijo con un guiño significativo:

—El negocio va a ser para usted, Sol, ya que le producirá cincuenta dólares el que voy a proponerle, sin que tenga que

arriesgar nada.

El hombrecillo prorrumpió en una carcajada.

—Ésos son los negocios que me convienen. ¿Qué hay que hacer? —dijo.

—Dejar que vea el registro en que constan los revólveres que ha vendido —replicó Mason.

El judío anduvo debajo del mostrador y sacó del cajón un libro manoseado en que estaban anotados la marca y el lugar de fabricación del arma, su número, el nombre de su comprador y la firma de éste.

Mason volvió las hojas hasta que descubrió la filiación de un «Colt» automático del 32.

—Éste es —dijo señalándolo.

Steimburg se inclinó sobre el registro y lo examinó detenidamente.

—¿Qué hay? —inquirió luego.

—Oiga —explicó Mason—. Hoy o mañana lo más tarde, vendré a verle en compañía de un individuo. En cuanto le vea, haga una vigorosa inclinación de cabeza y diga: «¡Este es el hombre! ¡Este es! ¡Este es!». Yo le preguntaré si está seguro y usted adoptará un aire convencido. Él negará, pero cuanto más lo niegue, más seguro estará usted de que es el individuo en cuestión. ¿Comprende?

Sol Steimburg frunció los gruesos labios.

—¡Diantre! La cosa es seria —exclamó.

—Lo sería si tuviera que afirmarlo ante un juez —admitió el procurador—, pero sólo tendrá que hacerlo delante del hombre que me acompañe. No diga qué fue lo que hizo. Basta con que le identifique. Después retírese a la trastienda y déjeme con el registro, ¿comprende?

—Seguro, seguro. Todo lo comprendo menos una cosa.

—¿Cuál?

—De dónde saldrán los cincuenta dólares.

Mason se golpeó el bolsillo del pantalón.

—De aquí, Sol —dijo. Sacó un rollo de billetes, contó los cincuenta dólares y se los entregó al judío.

—¿Tengo que identificar a la persona que le acompañe?

—Eso es. Pierda cuidado, que no vendré aquí con otra. ¡Ah!, quizá tenga que alargar un poco la comedia, pero usted siga el

juego. ¿Le parece bien?

El judío acarició con amor los cincuenta dólares.

—Como todo lo que usted hace, amigo. Váyase tranquilo, que diré lo que tenga que decir, y en voz alta, ¿verdad?

—Eso es —replicó Mason—. Afirme con energía que conoce usted al hombre.

Sol Steimburg inclinó repetidas veces la cabeza y Perry Mason salió silbando de la casa de empeños.

## Capítulo XIV

Sentado ante el escritorio de su despacho, Frank Locke miraba fijamente a Mason.

—Tengo entendido que le buscan a usted —exclamó.

—¿Quién? —Mason adoptó un aire indiferente.

—Pues periodistas, policías, detectives, ¡qué sé yo!

—Pues yo he visto a todos.

—¿Esta tarde?

—No, anoche. ¿Por qué?

—Oh, por nada —replicó Locke—. O quizá le busquen ahora de otro modo. En fin, ¿qué es lo que desea?

—Vengo a comunicarle que Eva Belter ha hecho una solicitud con objeto de que le cedan la administración de los bienes de su difunto esposo.

—¿Lo cual significa...? —inquirió Locke sin separar de Mason las pupilas color café con leche.

—Que de ahora en adelante Eva Belter se encarga de la dirección del periódico y que recibirá usted sus órdenes —explicó Mason—. Es más, como representante de Eva Belter, voy a dictarle lo que tiene que hacer. Ante todo tiene que dar por terminado el episodio de Beechwood Inn.

—¿De veras? —inquirió irónicamente Locke.

—De veras —afirmó, recalcando las palabras, Mason.

—Es usted optimista, evidentemente.

—Es posible que lo sea. Si desea convencerse, sin embargo, llame a Eva Belter por teléfono.

—No tengo por qué llamar a nadie. Yo soy el director del periódico —soltó Locke.

—¿Y piensa mantenerse siempre en esa actitud?

—Precisamente.

—Volveremos a hablar de esto si consiente en acompañarme a un sitio donde nadie vendrá a interrumpirnos.

—Sin duda piensa hacerlo mejor que la última vez —observó Locke—; de lo contrario no tendría interés en partir.

—Bueno, demos un paseo, Locke, y veamos si podemos llegar a un arreglo.

—¿No podemos hablar aquí?

—Ya sabe usted lo que pienso de esta casa —replicó Mason—. Me pone nervioso y en tal estado no sé hablar bien.

Locke vaciló un momento, y por fin replicó:

—Bueno; pero no le concedo más de veinte minutos de atención. Esta vez tendrá que hablar sin rodeos.

—Sé hacerlo, no cabe duda.

—Ahora lo veremos, pues gustoso le doy una ocasión —dijo Locke.

Cogió el sombrero y bajó a la calle, con Mason.

—Tomemos un taxi —le propuso—, y demos unas vueltas hasta encontrar un lugar adecuado.

—Bueno, pero quiero estar seguro de que no se trata de un coche preparado de antemano. Bajemos la manzana, y al volver la esquina podemos alquilar uno.

Locke hizo una mueca.

—¡Por Dios, Mason! ¡Es usted una criatura! Si quiere, puedo tener un testigo de la conversación, pero no crea que voy a tomarme la molestia de preparar fuera la escena para oír lo que usted diga. Lo mismo hoy que el otro día podría usted hablar a gritos desde lo alto de un rascacielos.

Pero Mason movió la cabeza.

—No. Yo sólo hablo de negocios de una manera —Locke frunció el ceño.

—Manera que me desagrada —observó.

—¡Toma! Lo mismo dicen otras personas.

Locke se detuvo de pronto.

—Bueno, por aquí no vamos a ninguna parte. Volvamos a la Redacción.

—Si lo hace, se arrepentirá —le advirtió Mason.

Titubeó, y al cabo, dijo encogiéndose de hombros:

—Bueno, adelante. Ya que estamos aquí, llegaremos hasta el fin.

Mason le condujo calle abajo, hasta llegar a la casa de empeños de Sol Steimburg y una vez delante de ella propuso:

—Entremos ahí dentro.

Locke le miró con súbito recelo.

—No quiero hablar ahí dentro —declaró.

—No hable; me basta con que entre y vuelva a salir en seguida.

—¿Qué es lo que se propone? —inquirió Locke.

—Vamos, entre —dijo impaciente Mason—. ¿Va a concebir ahora sospechas?

Y Locke entró en la casa, mirando prudentemente en torno.

De la trastienda salió sonriente Steimburg, frotándose las manos. Miró a Mason y exclamó:

—¡Hola, hola! ¿Usted por aquí otra vez? ¿Qué se le ofrece?

Después posó la mirada en Frank Locke.

Raro es el hebreo que carece de instinto dramático y no posee la habilidad de reflejar en su rostro todas las «emociones». Así el de Sol Steimburg expresó toda la gama de sentimientos en seguida. A su sonrisa sucedió una expresión de asombro, de reconocimiento; a éstas, la de una pronta resolución. Alzó la mano y su índice señaló a Locke.

—Éste es el hombre —dijo.

—¿Cómo, Sol? ¿Está seguro de lo que afirma? Piénselo bien —Mason había adoptado un acento incisivo.

El judío dijo con volubilidad:

—¿Acaso no sé reconocer a una persona en el instante mismo en que la veo? Usted me preguntó si podría identificarlo y le dije que sí. Le tengo delante y torno a decir: *¡Sí, éste es! ¡Es el hombre!* ¿Qué más puedo decirle? Es él. Es el hombre. No cabe equivocarse. Reconozco su cara, su nariz, sus ojos desvaídos...

Locke retrocedió tambaleándose. Tenía los labios crispados.

—¿Qué quiere decir esto? ¿Qué traman ustedes? —inquirió, dirigiéndose alternativamente a Mason y al judío—. Por este camino no irá a ninguna parte. Mason. ¡Cuidado!

—¡Silencio! —ordenó Mason, y se encaró con Steimburg.

—Sol —le dijo—, tiene que estar tan seguro de lo que afirma, que ni aunque se le sujete a uno, dos, tres, cien interrogatorios ni aun cuando tenga que ocupar el lugar reservado a los testigos, se debilite su convicción.

Sol replicó con expresivo ademán:

—Lléveme ante el juez, ante una docena, ante un centenar de jueces, y les diré lo mismo.

Locke observó, entonces:

—Pues yo no he visto a este hombre en mi vida.

La risa con que acogió Steimburg tal declaración era una obra maestra de divertido sarcasmo.

De la frente de Locke comenzaron a brotar gruesas gotas de sudor.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó a Mason—. ¿Qué lío es éste?

Mason meneó gravemente la cabeza al replicar:

—Es sólo una parte de mi caso. Una prueba y nada más.

—¿Prueba de qué?

—De que compró usted aquí el arma —dijo en voz baja Mason.

—¡Usted está loco! ¡Rematadamente loco! —aulló Locke—. ¡Yo no he comprado aquí arma ninguna! ¡Jamás he visitado esta casa! ¡Jamás llevo un arma encima!

Mason dijo a Steimburg:

—Deme el registro, ¿quiere, Sol? Y después retírese. Deseo hablar con míster Locke.

Steimburg hizo lo que le mandaban. Después de lo cual desapareció en el interior de la trastienda.

Mason abrió el registro y buscó en él la nota relativa a la venta del revólver automático. Como al descuido, colocó la mano abierta sobre el número del arma, y con el índice señaló a Locke las palabras: «Colt», automático del 32 y después le indicó el nombre escrito al margen de la página.

—¿Negará que ha escrito esto? —interrogó.

Locke luchó un momento entre el impulso que le movía a salir de allí escapado y el de una curiosidad irresistible. Por fin venció ésta y él se inclinó sobre el registro.

—Claro está que lo niego. Jamás he visto a este hombre, jamás he comprado aquí un arma, y ésta no es mi firma.

Mason observó pacientemente:

—Ya lo sé, Locke; pero, ¿negará que la ha escrito? Cuidado con lo que dice, porque puede significar mucho para usted.

—¡Pues, no, y no y no!

—La policía no lo sabe aún —dijo Mason—; pero esta arma es la misma con que mataron anoche a Belter.

Locke retrocedió como si le hubieran asestado un mazazo. Sus ojos, desvaídos, se le dilataron y adoptaron una expresión delirante. Claramente se percibía ahora en su frente el brillo del sudor.

—¿Qué sucio juego es éste? —dijo.

—Aguarde, Locke, y no se precipite en sus juicios. Tendría que dar parte de esto a la policía, pero no lo he hecho. Trabajo por mi cuenta.

—Pues trabajo va a costarle a ese judío y a usted el poder probar tamaño disparate —dijo, con un gruñido, Locke—. ¡Sólo por esto haré estallar la bomba!

La voz de Mason denotaba calma y seguridad al replicar:

—Salgamos, ¿quiere?, y hablaremos un poco.

—Me ha traído aquí para tenderme un lazo. Eso es lo que salgo ganando al venir con usted: conquie, ¡váyase a paseo!

—Mi idea, al hacerlo, era que Sol pudiera verle. Ni más ni menos —dijo Mason—. Me dijo que reconocería al hombre apenas le echara la vista encima, y tenía que asegurarme de que así es, efectivamente.

Locke retrocedió en dirección a la puerta.

—Pues, ¡vaya unas ideas que tiene usted! Si hubiera ido a la policía con el cuento me hubieran alineado con otros hombres y visto si el judío sabía o no identificarme. Pero usted, en cambio, me trae aquí. ¿Cómo voy a saber si le han untado o no la mano para que diga lo que ha dicho?

Mason se echó a reír.

—Si quiere ir a la Jefatura de Policía —propuso— le llevaré allí y haré que le mezclen a un grupo de hombres. Verá cómo Sol le reconoce.

—Claro, como que acaba de verme.

—Bueno, abandonemos discusión tan inútil y salgamos a la calle.

Cogió por un brazo a Locke y le hizo atravesar el umbral de la tienda.

Ya en la calle, volvióse Locke a Mason y le dijo con incontenida ira:

—¡Bueno, hemos concluido! Ésta es mi última palabra. Vuelvo a

mi despacho y usted váyase al infierno, si quiere.

—Ésta no es manera de proceder, Locke —dijo Mason, reteniéndole—. Comprenda que tengo que averiguar el móvil del crimen, la ocasión que aprovechó el asesino, etcétera.

—¿Sí? —dijo en son de burla Locke—. ¿Y qué opina usted? Me gustaría saberlo.

—Pues verá: usted substraía los fondos destinados a gastos extraordinarios del *Spicy Bits* y temía que le descubrieran, pero no se atrevía a hacer frente a Belter, porque éste conocía a fondo el proceso de Savannah y podían enviarle a presidio. Así fue, usted a su casa, sostuvo con él una discusión y lo mató.

Locke hizo alto y quedóse mirando al procurador con el rostro blanco y los labios temblorosos. Un golpe en el estómago no le hubiera producido mayor impresión. Trató de hablar, pero no pudo.

Mason fingió indiferencia.

—Ahora bien: quiero ser justo, Locke —siguió diciendo—, y creo que el judío lo es también. Si lo que digo no es cierto, no se le acusará del crimen, ya que para demostrar la culpabilidad de una persona se necesitan pruebas. Es más: si consigue inspirar serias dudas, el Jurado tendrá que votar a favor de usted.

Locke pudo hablar al fin.

—¿Y quién le mete a usted en todo esto? —preguntó.

Mason se encogió de hombros.

—Hombre, soy el abogado de Eva Belter —dijo.

Locke trató de reírse, pero no quedó muy lucido en su empeño.

—De modo que también toma parte en esto, ¿verdad? ¡Según veo, le ha uncido a su yugo esa mujer indecorosa!

—Sí, claro, es mi cliente...

—No me refiero a sus relaciones oficiales con ella —objetó Locke.

—Pues en ese caso —dijo con dureza Mason—, lo mejor será que se calle, Locke. Atrae usted la atención de los transeúntes y muchos le miran.

Locke se esforzó por recobrar el dominio de sí mismo.

—Oiga: desconozco su juego, pero voy a hablar, de todos modos, ahora mismo. Quiero que sepa que puedo presentar una coartada convincente respecto a la manera como empleé, anoche, el tiempo, mientras se cometía el crimen, y después le acusaré abiertamente de

haberlo cometido.

Mason se encogió de hombros.

—Bueno. Haga lo que guste —respondió.

Locke dirigió una ojeada de izquierda a derecha.

—Bien tomemos un taxi —dijo.

—Buena idea: tomémosle —replicó Mason.

Un taxi se acercó a la acera, obedeciendo a una señal de Locke. Éste dijo al chófer: «Al Wheelwright Hotel, haga el favor» y se instaló en el mullido interior del vehículo. Allí enjugóse la frente con el pañuelo, encendió un cigarrillo con mano temblorosa y se volvió a Mason.

—Escuche —dijo en tono persuasivo—. Usted es hombre de mundo. Voy a llevarle a la habitación de una señorita, pero desde luego su nombre debe quedar al margen de todo este embrollo. Ignoro cuál es su juego, como ha dicho, pero voy a demostrarle qué pocas probabilidades tiene de sostener esta farsa.

—No necesita molestarse en demostrar esto ni aquello. Basta con que suscite una duda real en el ánimo del Jurado, y no habrá nadie en la Tierra que pueda declararle culpable.

Locke tiró el cigarrillo al suelo del coche.

—¡Por Dios, basta de charla insoportable! Sé lo que pretende... y usted también lo sabe. Trata de ponerme nervioso, ¿para qué fingir lo contrario?, y de acusarme de algo, pero no lo permitiré.

—Entonces, ¿por qué se preocupa?

—Me preocupo, porque temo lo que pueda sacar a relucir.

—Por ejemplo: ¿el proceso de Savannah?

Locke lanzó una maldición, volviendo el rostro a fin de que no pudiera verlo Mason, y miró por la ventanilla.

El procurador permaneció inmóvil, aparentemente absorto en la contemplación de la muchedumbre que transitaba por las calles y en los edificios que se divisaban desde el interior del coche.

Una vez, Locke quiso decir algo, pero varió de idea y permaneció callado. Sus ojos desvaídos, muy abiertos, reflejaban su preocupación. Su rostro no había recuperado el color.

Al detenerse el coche delante de Wheelwright Hotel, Locke se apeó e indicó con una seña al chófer. Mason movió la cabeza.

—No, Locke, usted propuso que tomáramos el taxi y usted debe pagarlo.

Entonces Locke sacó del bolsillo un billete, se lo lanzó al chófer, volvióle la espalda y penetró en el hotel. Mason entró detrás de él.

El primero se encaminó en línea recta al ascensor y ordenó al encargado:

—Al noveno piso.

Cuando se detuvo el ascensor, salió de él y fue en busca de la habitación de Esther Linten, sin preocuparse de ver si Mason le seguía o no. Llamó con los nudillos a la puerta, gritando:

—Soy yo, querida.

Y miss Linten abrió. Llevaba puesto un kimono abierto por delante, de modo que mostraba la combinación de seda rosa, mas al ver a Mason cruzólo apresuradamente y retrocedió un paso, sorprendida.

—¿Qué significa esto, Frank? —inquirió.

Él le dio un suave empujón y penetró en el interior del cuarto.

—No puedo explicarte en este momento lo que sucede, pero deseo que ahora mismo este caballero sepa dónde estuve anoche.

Ella bajó los ojos.

—No sé a qué te refieres, Frank —replicó.

—¡Vaya, vaya! —dijo ferozmente Locke—. No hagas remilgos. Me encuentro en un trance apurado y necesito de tu ayuda; conque, ¡habla claro!

Esther parpadeó.

—¿Debo *contárselo todo* a este caballero?

—Todo. Es muy reservado. Es un iluso que cree poder enredarme, pero se equivoca.

—Pues... salimos —replicó miss Linten en voz baja— y después volviste aquí.

—¿Y qué sucedió? —dijo, apremiándola, Locke.

—Yo me desnudé..., —balbuceó Esther.

—Prosigue. Díselo todo al señor y habla más alto, para que pueda oírte.

—Me fui a acostar y de paso me tomé un par de copas —dijo pausadamente Esther.

—¿A que hora fue eso? —inquirió Mason.

—A las once cuarenta —contestó ella.

Locke se la quedó mirando, sorprendido.

—¿Y después? ¿Qué pasó después? —preguntó.

Ella replicó:

—Me desperté con un fuerte dolor de cabeza, Frank. Era por la mañana. Entonces recordé, naturalmente, que tú estabas aquí todavía cuando me fui a la cama, pero ignoro a la hora en que te marchaste, pues me quedé dormida en el acto.

De un salto, Locke apartóse de ella y fue a refugiarse a un rincón, donde se puso en guardia como si temiera un ataque por parte de ambos.

—Muy hipócrita y repugnante —comenzaba a decir.

Mason le interrumpió:

—¡Eh, que esta no es manera de hablar a una señora! —observó. Pero Locke estaba furioso.

—¿Una señora? ¡Qué va a ser esa mujer una señora, condenado! Esther Linten le atacó a su vez.

—Por ese camino no irás a ninguna parte, Frank —dijo—. Me has pedido que dijera la verdad. Si deseabas que te ayudara a probar una coartada, ¿por qué no me has dado dinero y dictado lo que debía decir? Pero, no. Me dices: «di toda la verdad». Y la digo.

Locke tornó a maldecir.

—Bueno —observó el abogado, terciando en el diálogo—. Es evidente que la señora se estaba vistiendo. No la detengamos. Tengo prisa, Locke. ¿Viene o desea quedarse?

El tono de Locke tenía mucho de siniestro al replicar:

—Me quedo.

—Perfectamente —observó Mason—. Voy a hacer desde aquí una llamada telefónica.

Tomó el receptor y pidió comunicación con la Jefatura de Policía.

Locke le miraba con la expresión de una rata acorralada.

Después de un rato habló Mason:

—Búsquenme a Sidney Drumm, de la sección de detectives.

La voz de Locke clamó con acento angustiado:

—¡Por Dios, cuelgue el receptor! ¡Pronto!

Mason se volvió a mirarle con fría curiosidad.

—¡Cuélguelo, cuélguelo! —chilló Locke—. Tiene usted la sartén por el mango y ha fraguado contra mí una especie de «complot» que no puedo deshacer.

Mason dejó resbalar en su gancho el auricular y se encaró con el

director del *Spicy Bits*.

—Ahora se pone en razón —observó.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Locke.

—Ya lo sabe.

Locke bajó ambos brazos en actitud de sumisión.

—Bueno, de acuerdo —dijo—. ¿Se le ofrece algo más?

—Por ahora no. Deseo, de todos modos, que tenga presente que Eva Belter es ahora la verdadera propietaria del periódico; personalmente creo conveniente que antes de publicar algo que pueda serle desagradable, se lo consulte usted. El periódico se pone a la venta cada dos semanas, ¿verdad?

—Sí, el próximo número saldrá el martes.

—De aquí a entonces pueden pasar muchas cosas, Locke.

Éste guardó silencio.

Mason se volvió a la mujer.

—Siento haberla molestado, señora.

—No lo lamente, no tiene importancia —repuso Esther—. Únicamente me preocupa ese bobo; si quería que mintiera, ¿por qué no me avisó de antemano? ¿Qué idea era la suya al pedirme que dijera la verdad?

Locke la comprendió con ella.

—¡*Mientes*, Esther! Sabes muy bien que no te quedaste dormida apenas te acostaste.

Ella replicó, encogiéndose de hombros:

—Quizá no, pero no me acuerdo de nada. Me sucede a menudo olvidar por la mañana lo que he hecho por la noche.

—Pues tendrás que sobreponerte a esa costumbre —observó significativamente Locke—. Podría acarrearle fatales consecuencias.

Ella replicó rápida como el pensamiento:

—No es extraño. A más de un amigo tuyo le ha sucedido lo mismo según tengo entendido.

Palideció Locke.

—¡Silencio, Esther!

—¡Pues calla tú antes! ¿Crees que voy a consentir que me trates como a una chiquilla?

Mason se interpuso entre ambos.

—No discutan —dijo—. Ya está todo arreglado. Venga, Locke, acompáñeme, pues aún tengo que decirle algo.

Locke anduvo en dirección a la puerta, detúvose junto a ésta para mirar con malévola expresión a Esther Linten, y, finalmente, salió al corredor.

Mason iba pisándole los talones y ni siquiera se volvió, al cerrar la puerta, para mirar a Esther.

Ya dentro del ascensor, Locke observó:

—Deseo sepa que no le obedezco gracias a la estratagema que ha usado, por más que no tenga nada de agradable, sino porque me preocupa lo del proceso de Savannah. Quisiera que nadie se enterase de lo sucedido allí. Usted se habrá formado de eso una idea equivocada, seguramente, pero es un episodio de mi vida al cual he puesto fin.

Sonrió Mason, al replicar:

—¡Oh, no, Locke! Tarde o temprano caerá sobre usted todo el peso de la ley y se le someterá a un proceso.

Locke se apartó bruscamente de su lado. Le temblaban los labios y tenía los ojos desorbitados por el terror.

—Si me procesan en Savannah, saldré absuelto, pero si el caso sale a luz aquí, en conexión con otro crimen, costará muy poco que me condenen y usted lo sabe; por algo es hombre listo.

Mason se encogió de hombros.

—Incidentalmente, Locke —dijo—, presumo que ha hecho un desfalco en el periódico para poder mantener sus relaciones con ella —y señaló con el pulgar en dirección del cuarto número 946.

—Sí; pero en este caso no puede haber nada en contra mía. Nadie en el mundo, excepto Jorge Belter, ha oído hablar del convenio que mediaba entre los dos, y, además, no consta por escrito.

—Tenga cuidado, sin embargo, con lo que dice, Locke —le aconsejó Mason—, y recuerde que ahora la propietaria del diario es Eva Belter. Antes de dar más dinero, póngase de acuerdo con ella, ya que, de ahora en adelante, intervendrá el Juzgado en la administración.

A Locke se le escapó un juramento.

—¿Así estamos? —dijo.

—Así estamos. Bueno, Locke, cuando salgamos del hotel, le dejaré a usted, pero no vuelva a la habitación de miss Linten. Lo que puede decir ya no desvirtuará los hechos. Ignoro si Sol

Steimburg es justo o no al identificarle como al hombre que compró el revólver. Mas, aunque no lo fuera, bastaría con denunciar a usted ante los Tribunales de Georgia y se procedería a la revisión del proceso, ¿entiende? Quizás escape usted al castigo; quizá no. De todos modos, su actuación aquí ha concluido.

Locke dijo, con acento de curiosidad:

—Me parece que juega una partida endiabladamente difícil. Me agradaría saber en qué consiste.

Mason le miró con expresión de inocencia.

—¡Bah, no lo crea! Represento a un cliente, y, en su obsequio, trato de averiguar una cosa. Tengo a sueldo varios detectives y éstos me han proporcionado el número del revólver automático, con lo cual me hallo más adelantado, en este asunto, que la policía, que emplea procedimientos rutinarios. Yo solo he descubierto más que ella.

Locke se echó a reír.

—Bueno, cuénteselo a otro y no trate de engañarme con esas bobadas.

—Como quiera, Locke. Más tarde iré a verle o le llamaré. Entretanto cuide de no hablar con nadie de mis asuntos o de los de mistress Belter, así como tampoco se ocupe de nada que tenga relación con Harrison Burke y su visita a Beechwood Inn.

—¡Diantre!, no insista tanto en ello. Demasiado sé que el negocio ha concluido. ¿Qué piensa hacer respecto al asunto de Georgia? ¿Nada?

—Verá: no soy detective, sino simplemente abogado y represento a mistress Belter. Eso es todo —fue la respuesta de Mason.

El ascensor los dejó en el vestíbulo del hotel, y, desde la puerta, Mason llamó, por señas, a un taxi.

—Hasta la vista, Locke. Nos veremos más tarde —dijo al director del *Spicy Bits*.

Al arrancar el taxi vio recostarse al hombre en la pared del edificio, sin duda para no caer al suelo. Tenía el rostro pálido y en los crispados labios una helada sonrisa.

## Capítulo XV

Perry Mason estaba sentado en su habitación del hotel. El cansancio ponía bajo sus ojos violáceas ojeras y un tinte gris en el rostro. Sus pupilas aparecían inmóviles en serena concentración.

Por las ventanas penetraba a raudales la luz matinal. El lecho estaba materialmente cubierto de periódicos, cuyos epígrafes explicaban con profusión de detalles el asesinato de Belter. El caso iba ofreciendo características tan interesantes, que, según los reporteros hábiles en la caza de noticias, culminarían en un desenlace sensacional.

En el *Examiner*, el caso llenaba toda la primera página con sus epígrafes. «ASESINO NOVELESCO», decía, a modo de encabezamiento. Y debajo, en caracteres más pequeños: «El sobrino de la víctima está prometido a la hija del ama de gobierno. Un episodio amoroso descubierto por la policía. Se impugnará el testamento de Belter. La viuda desheredada opina que el testamento de su esposo ha sido falsificado. La policía sigue la trayectoria del revólver y descubre el nombre del individuo que lo adquirió, y que ha desaparecido. Una observación casual de la viuda pone en movimiento a la policía. Ésta busca a su abogado».

Estos epígrafes encabezaban diferentes artículos de la primera página del diario, y la central, incluso varias fotografías de Eva Belter, sentada, con las piernas cruzadas y los ojos cubiertos por el pañuelo. «La viuda llora durante el interrogatorio».

La lectura de los diarios había puesto a Mason al corriente de la situación. Por ellos supo que, tras del revólver, la policía había dado con su comprador, un tal Pedro Mitchell, desaparecido misteriosamente, después de cometido el crimen, pero que podía, no obstante, presentar una perfecta coartada. Por ello la policía sospechaba que Mitchell guardaba las espaldas de alguien a quien

había cedido el arma.

Sin que se mencionara nombre alguno, adivinó Mason que la policía andaba muy cerca de Burke. Y también leyó con marcado interés, que, gracias a una observación de Eva Belter, la policía buscaba al abogado que la representaba y que de misteriosa manera había desaparecido también de su despacho. La policía confiaba resolver el misterio en el plazo de otras veinticuatro horas y entonces se pondría a buen recaudo al hombre que disparó el tiro fatal.

Alguien llamó a la puerta.

Mason dejó sobre la mesa el diario que estaba leyendo, y prestó atención, con la cabeza ladeada.

Repitióse la llamada.

Encogiéndose de hombros, Mason se aproximó a la puerta y dio media vuelta a la llave.

Della Street estaba en el umbral.

Empujó levemente a Mason y penetró en la habitación, no sin tomar cautelosamente la precaución de cerrar la puerta.

—Ya le dije que no se arriesgara —observó Mason.

Ella giró en redondo y le miró. Estaba ojerosa, con los ojos inyectados de sangre y el rostro fatigado.

—No se preocupe. A mí no me importa y, además, todo va bien. Hace una hora que les vengo despistando, hasta que, por fin, me he visto libre de ellos.

—No se fíe, Della. Los detectives son hábiles y a veces le dejan a uno creer que los ha despistado para descubrir a dónde va uno.

—No tema —replicó ella con excitación—. Repito que no saben dónde estoy.

Él sorprendió la nota de histerismo que había en su acento.

—Bueno, pues me alegro que haya venido tan a punto. Precisamente ahora estaba pensando a quién haría venir para que tomara nota.

—¿De qué?

—De lo que va a suceder.

Ella observó, señalando con un ademán los periódicos que había visto sobre la mesa:

—Ya le advertí que esa mujer le metería en un callejón sin salida. Ayer, cuando pasó por el despacho para firmar los

documentos, había allí un grupo de periodistas y, naturalmente, la asediaban. Después la acompañaron al lugar del crimen, donde se la sometió a un nuevo interrogatorio, y ya ve lo que ha hecho.

—Sí, ya lo veo, mas no se excite, Della.

—¡Decir que le reconoció *por la voz*! ¡Que era *usted* el hombre que estaba con Belter cuando sonó el tiro! ¡Y después, desmayos, ataques de nervios y toda suerte de comedias!

—Bueno, bueno, Della —dijo Mason con acento conciliador—. Yo *sabía* que acabaría por hacer eso.

Della le miró sorprendido.

—¿Que *usted* lo sabía? —repitió—. Creí que era yo la única en sospechar.

—Pues yo también lo presumía.

—¡Es una embustera! ¡Un ser despreciable! —clamó, indignada, Della.

Mason se encogió de hombros y se aproximó al aparato telefónico, pidió el número de Pablo Drake y dijo a éste, apenas se puso al habla:

—Oye, Pablo, asegúrate de que no eres espiado y ven a la habitación número quinientos dieciocho del Hotel Ripley. Tráete un par de libritos de apuntes y un puñado de lápices, ¿quieres?

—¿He de ir ahora mismo?

—Sí. Ahora son las ocho cuarenta y cinco espero que comience la función de un momento a otro.

Y abandonó el teléfono.

—¿De qué se trata, jefe? —preguntó curiosamente Della.

—De Eva Belter —repuso brevemente Mason—. A las nueve en punto estará aquí.

—Entonces yo me voy. No quiero que me encuentre cuando llegue, pues sería capaz de estrangularla. Le está engañando desde el principio.

Mason le puso la mano en un hombro.

—Siéntese y tómelo con calma, Della.

Sonó algo al otro lado de la puerta, giró el pomo y Eva Belter penetró en la habitación.

Miró a miss Street y exclamó:

—¡Ah, *los dos* están aquí!

—Por lo visto —díjole Mason— ha hablado usted de más. —Y le

señaló los periódicos.

Sin dar importancia a la presencia de miss Street, Eva se le aproximó, púsole ambas manos en los hombros y le miró a los ojos.

—Perry, estoy avergonzada y aún no sé cómo he podido hacer semejante declaración, pero me llevaron a la Delegación y comenzaron a hacerme preguntas. ¡Cómo chillaban todos! Jamás me había visto en una situación parecida, ni soñaba en que pudiera verme jamás. Traté de protegerlo a usted, mas no pude. Se me escapó una tontería, en seguida cayeron a una sobre mí, me amenazaron diciendo que me acusarían de encubridora...

—¿Qué les dijo usted?

Mistress Belter, le miró fijamente y después, dando media vuelta, se sentó en la cama y comenzó a llorar.

Della Street dio dos pasos rápidos hacia ella, pero Mason la contuvo, cogiéndola por un brazo.

—Aquí soy yo quien lleva la voz cantante —observó.

Eva Belter continuaba sollozando, con la cara tapada por el pañuelo.

—Adelante —le ordenó Mason—. ¿Qué fue lo que dijo?

Ella meneó la cabeza.

—No le preocupe ese llanto —siguió diciendo Mason—, pronto habrá cesado. Estamos metidos en un callejón sin salida, y lo mejor será que hable.

Entonces Eva replicó entre sollozos:

—Sólo declaré que había oído su voz.

—¿Qué oyó mi voz u otra parecida?

—Su voz.

Dura era la de Mason al observar:

—Bien sabe usted que eso no es cierto.

—¡Oh! —gimió ella—. Yo no pensaba decírselo; pero es la verdad. Era su voz.

—Bien; dejémoslo así —replicó el procurador.

Della quiso decir algo, mas a través de los entornados párpados, Mason fijó en ella la mirada y se contuvo.

Un profundo silencio, interrumpido únicamente por el leve rumor procedente de la calle y por los sollozos de Eva Belter, reinaba en la habitación.

Pablo Drake hizo irrupción en ella pasados unos segundos.

—¡Buenos días, señores! —dijo alegremente—. ¿Llego a tiempo?

—¿Ha reparado si hay alguien rondando por ahí fuera? —preguntó Mason—. Temo que hayan seguido a Della.

Mason le indicó con un ademán a la mujer que estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas.

—Ésta es Eva Belter.

Drake sonrió y le miró las piernas.

—La reconozco —dijo— por haber visto su retrato en los periódicos.

Eva se quitó el pañuelo de los ojos y le sonrió con coquetería.

A Della Street se le escapó esta observación:

—¡Ni siquiera sus lágrimas son verdaderas!

Eva se volvió a mirarla con súbita expresión de dureza en las celestes pupilas.

—¡Della! Recuerde que soy yo el director de escena —recordó Mason. Miró a Drake y le preguntó en otro tono: ¿Traes papel y lápiz, Pablo?

El detective hizo un gesto afirmativo.

Mason los tomó de su mano y se los entregó a miss Street.

—Aproxime esa mesa, Della, y vaya tomando nota de lo que se diga. ¿Quiere que la ayude?

—No es preciso —repuso ella, con voz ahogada.

—Bien, pues, escriba lo que *ella* —y señaló a Eva Belter— vaya diciendo.

Eva miró alternativamente a ambos.

—¿Qué es eso? ¿Qué hacen ustedes? —preguntó.

—Voy a ver si saco algo en limpio —replicó Mason.

—¿Me necesitas? —inquirió a su vez Drake.

—Claro está. Me servirás de testigo.

—¡Oh, me ponen nerviosa tantos preparativos! —exclamó mistress Belter—. Anoche pasó lo mismo. Me introdujeron en el despacho del fiscal del distrito e hicieron venir a los escribientes. ¡Me pone nerviosa ver cómo anotan lo que digo!

Mason se sonrió.

—Se comprende —dijo—. ¿Le preguntaron algo acerca del revólver?

Ella abrió los ojos con aquella expresión de inocencia que tan joven y desamparada la hacía parecer.

—¿Qué quiere decir?

—Ya lo sabe. ¿Le preguntaron por qué casualidad tenía en su poder el arma?

—¿Cómo?

—Sí. Harrison Burke se lo había dado y por eso le telefoneó usted: para avisarle de que había sido utilizado.

(El lápiz de miss Street corría rápidamente sobre las páginas en blanco del bloc).

—¡Usted no sabe lo que dice! —exclamó con dignidad mistress Belter.

—¡Oh, sí! Usted telefoneó a Burke para explicarle que le había ocurrido un accidente o algo por el estilo, y que el automático figuraba en él. A él le había dado el «Colt» un amigo suyo apellidado Mitchell. Pues bien: fue a buscarle y tomaron las de Villadiego.

—¡Es la primera vez que lo oigo decir! —exclamó Eva.

—No lo niegue, Eva, porque he visto a Harrison Burke y tengo su declaración firmada.

Presa de súbita consternación, mistress Belter quedóse rígida en la cama.

—¿Usted tiene una declaración firmada de Burke? —repitió, incrédula.

—Sí.

—Yo creí que era usted *mi* abogado.

—¿Qué tiene de malo que, representándola, haya arrancado una declaración a Burke? —inquirió satisfecho Mason.

—Nada, pero miente ese hombre si dice que me ha dado el revólver. Jamás lo he visto.

—Esto simplifica la cuestión.

—¿Por qué?

—Ya lo verá. Ahora aclaremos otro punto. Cuando cogió usted el bolso, éste estaba metido en un cajón de la mesa del gabinete. ¿Lo recuerda?

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Eva con voz baja y temblorosa.

—Me refiero al momento en que entré con usted en su casa y recogió el bolso que había perdido.

—¡Ah, sí! ¡Ahora lo recuerdo! Lo puse allí por la tarde.

—Perfectamente. Ahora, aquí entre nosotros, ¿quién cree usted que acompañaba a su esposo cuando le mataron?

Ella repuso sencillamente:

—Usted.

—Bueno —le concedió Mason sin entusiasmo—. Ahora bien: un momento antes de sonar el disparo su esposo tomaba un baño.

Por primera vez dio muestras de desasosiego.

—No sé nada de eso, porque no estaba presente —replicó—. Usted sí.

—Sí, usted lo sabe —insistió Mason—. Estaban en el baño, salió de él y se echó encima una bata sin aguardar a secarse.

—¿Sí? —dijo maquinalmente Eva.

—Usted lo sabe muy bien y además hay pruebas de lo que afirmo. Resumiendo: ¿cree usted que me iba a dejar entrar en el gabinete estando él en el baño?

—Pudo hacerle pasar el criado inadvertidamente, ¿verdad, Mason?

La pregunta provocó una sonrisa de Perry Mason.

—El criado ha declarado lo contrario —respondió.

—Bueno, pues, lo ignoro. Todo lo que sé es que oí su voz.

—Usted había salido con Burke —dijo pausadamente Mason—. ¿Verdad que no lleva el bolso cuando se pone el traje de noche?

—No, no lo llevaba entonces —respondió Eva; y de pronto mordióse los labios.

Mason tornó a sonreír.

—Entonces, ¿por qué estaba el bolso dentro de la mesa del gabinete?

—No lo sé.

—¿Recuerda que le di unos recibos a cambio de mis honorarios?

Eva afirmó con un gesto.

—¿Dónde están?

Eva se encogió de hombros.

—No lo sé. Los habré perdido.

—Esto remacha mi descubrimiento —dijo Mason.

—¿Remacha? ¿El qué?

—El hecho de que fue usted quien le mató. Usted se niega a decírmelo. Pues bien: yo se lo diré. Había usted salido con Burke, y al entrar en su casa lo dejó usted a la puerta. Subió la escalera y su

esposo la oyó venir. Él se encontraba entonces en el baño. Estaba furioso. Salió de la bañera, se echó encima una bata y le gritó que subiera a sus habitaciones. Pasó usted al gabinete y él le mostró los dos recibos que había encontrado en su bolso mientras estaba usted fuera, recibos con mi membrete. Durante mi visita yo le había dicho qué era lo que trataba de impedir. Él hizo sus cálculos y, naturalmente, comprendió a quién representaba yo.

—¡Jamás oí decir semejante cosa! —exclamó mistress Belter, interrumpiéndole.

—¡Oh, sí, usted le oyó! Comprendió que estaba descubierta y le pegó un tiro —replicó Mason, sonriendo—. Él cayó y usted salió corriendo, pero dejó caer el revólver al suelo, sabiendo que con ello comprometía a Burke y que, si la policía seguía la pista que le llevaba hasta él, ya no iría más allá. Es decir, que usted deseaba meter a Burke en el lío con tal de salvarse. Y por el mismo motivo quiso meterme también en él. Entonces telefoneó a Burke diciéndole lo que había sucedido y que se encontraría el revólver, por lo cual lo mejor era que huyese y se ocultara y que la única probabilidad que tenía de salvación era enviarme constantemente dinero para que yo llevara adelante el caso.

»Después llamó usted a mi casa y me pidió que acudiera a la avenida de Elmwood. Allí me confesó que había reconocido mi voz en la del hombre que discutía con su esposo, no sólo porque deseaba que yo la ayudara, sino también porque su intención era que no pudiera yo presentar una coartada en el caso de que a usted le conviniera declarar de pronto que había reconocido mi voz en el departamento.

»Usted creyó que si conseguía meternos a los dos en el embrollo, la salvaríamos al pretender hacerlo nosotros. Contaba con que yo arreglaría las cosas de un modo u otro, acuciado no sólo por el deseo de salvarme, sino por el dinero de Burke. Se figuraba poder fingir que no se daba cuenta de que me tenía en su poder y también pensó que si, por casualidad, se veía acorralada, me cargaría a mí el sambenito y dejaría que Burke y yo lucháramos por salir del apuro.

Mistress Belter le miraba sorprendida. Tenía el rostro pálido como la cera y el pánico oscurecía sus pupilas.

—No tiene derecho a hablar de esa manera —observó.

—¡Un demonio! —dijo él—. Tengo pruebas de lo que afirmo.

—¿Qué pruebas son esas?

Él soltó una áspera carcajada.

—¿Qué cree que estuve haciendo anoche, mientras la sometían a usted a un interrogatorio? —dijo—. Pues ponerme al habla con Harrison Burke y con el ama de llaves. Esta última trató de escuchar a usted, pero sabe que vino usted acompañada de la calle y que le llamó míster Belter mientras subía la escalera. Sabe que la anduvo buscando a primera hora de la tarde, que halló su bolso y dentro de él, los recibos firmados por mí.

»Al pedir que se hicieran los recibos con el nombre en blanco, creyó usted que todo estaba arreglado, pero se olvidó de que llevaban mi nombre, de que en el caso de que su esposo se enterara de mi intervención en el asunto Burke y hallara en la bolsa de usted los recibos, deduciría en el acto que era la mujer que buscaba.

Eva Belter mostró un rostro contraído.

—Es usted mi abogado —observó—, y no puede, no debe, utilizar lo que sabe, porque yo se lo he dicho para fundar su acusación. Tiene usted que mantenerse fiel a mis intereses.

Él prorrumpió en amarga risa.

—Debo consentir que usted me eche tierra encima y me acuse de un crimen que no he cometido, ¿verdad?

—No digo eso. Únicamente le pido que me guarde lealtad.

—¿Con qué derecho me pide eso usted, que es la deslealtad personificada?

Ella intentó tocar otro resorte.

—Ha urdido usted una fábula que no va a poder probar —dijo.

Perry Mason tomó el sombrero.

—Quizá no pueda probarla, como usted dice; de todos modos —replicó—, voy a ver al fiscal del distrito y prestaré declaraciones. Cuando haya concluido, la policía tendrá una idea clara, precisa, de los hechos que culminan en el drama y si, unido a esto, telefoneo a Harrison Burke para pedirle que salga de su escondite y explicarle la razón que ha movido a usted a ocultar a su esposo sus relaciones con él, verá qué bello caso tendrá en sus manos la policía.

—Tenga presente que no gano nada con la muerte de Belter —observó Eva.

—Esto es como todo lo que usted dice: una falsedad con visos de verdad, pero que no puede resistir un serio examen. La falsificación

del testamento ha sido un trabajo hábil.

—No comprendo...

—Pues está muy claro —profirió vivamente Mason—. Su esposo debió decir a usted que la desheredaba o quizá descubrió usted el testamento en la caja de caudales. Es decir: conocía usted los términos en que ese testamento estaba concebido y el lugar donde se guardaba, y buscó la manera de anularlo. Sabía que de nada le serviría destruirlo, porque Carlos Griffin y su abogado, Arturo Atwood, lo habían visto, y su esposo les había además hablado de él. Por consiguiente, en el caso de que desapareciera, sospecharían de usted.

»Pero usted calculó que si podía hacer caer a Griffin en la trampa de la reclamación del testamento y probar después que estaba falsificado, le colocaría en una discutible posición. Así, falsificó el testamento hecho por Belter, componiéndoselas de modo que la falsificación fuera lo bastante grosera para ser notada, mas, no obstante, copiando el testamento palabra por palabra con alguna prisa.

»Cuando me tuvo usted en su casa y mientras examinaba el cadáver, fingió rendirse a tanta emoción. Usted no podía acercarse al muerto, pero mientras yo me ocupaba en registrar el estudio y el cuarto de baño, usted se apoderaba del testamento verdadero y lo destruía, sustituyéndolo en el acto por la copia falsificada. Naturalmente, Carlos Griffin y su abogado Arturo Atwood, sostuvieron que el testamento era obra original de Jorge Belter, porque conocían los términos en que estaba redactado.

»En realidad, la falsificación es tan pésima, que no hay necesidad de recurrir a un perito, y Carlos Griffin y Arturo Atwood no encuentran quien se atreva a firmar su autenticidad. Ambos se dan cuenta de lo falso de su posición, pero como han hecho registrar el testamento y declarado su autenticidad antes de darse cuenta de la falsificación, les es imposible retroceder.

Eva púsose lentamente en pie.

—Tendrá que presentar una prueba de eso —dijo con voz débil y temblorosa.

Mason hizo una seña a Drake.

—Ve al cuarto de al lado, Pablo, y allí encontrarás a mistress Veitch. Tráela y ella corroborará lo que acabo de manifestar.

El rostro de Pablo era como una máscara. Levantóse del asiento, acercóse a la puerta de comunicación que conducía a la habitación contigua y la abrió.

—¡Mistress Veitch! —gritó.

Percibióse el ruido de unas faldas y alta, huesuda, vestida siempre de negro, con sus ojos apagados a flor de cara, penetró en la habitación mistress Veitch.

—Buenos días —dijo a Eva Belter.

Mason dijo súbitamente:

—Un momento, mistress Veitch. Antes de oír a usted, quiero poner en claro otra cosa. Haga el favor de volver a entrar ahí dentro. Es cuestión de un instante.

Mistress Veitch dio media vuelta.

Pablo Drake dirigió a Mason una mirada extraña y cerró la puerta.

Entretanto, Eva Belter dio dos pasos hacia la puerta de enfrente que daba al pasillo y, de pronto, cayó hacia delante.

Mason la sostuvo, a tiempo de evitar que diera contra el suelo.

Acudió Drake en su ayuda, y entre los dos la tendieron en la cama.

Della soltó una leve exclamación, dejando caer el lápiz y echando hacia atrás la silla que ocupaba, pero Mason se revolvió contra ella.

—¡Estése quieta! —le mandó—. ¡Y anote cuando se dice! ¡No pierda una palabra!

Fue al lavabo, mojó una toalla en agua fría y la sacudió en la cara de Eva Belter. Después le aflojaron las ropas.

Entonces recobró el conocimiento.

Levantó la vista y suplicó mirando a Mason:

—¡Por Dios, Perry, ayúdeme!

—No puedo ayudarla mientras trate de jugar conmigo —replicó él, meneando la cabeza.

—Se lo diré todo —gimió ella.

—Perfectamente. Comience.

—Todo sucedió como usted ha dicho, sólo que yo ignoraba que se hubiera enterado de ello mistress Veitch. Creía que nadie me había oído llamar a Jorge ni tampoco la detonación.

—¿Estaba muy cerca de él cuando disparó?

—Al otro lado de la habitación —repuso mistress Belter con inexpresivo acento—. Yo no pensaba matarle, francamente. Disparé impulsivamente sobre él. Llevaba el arma conmigo para defenderme en el caso de que me atacara, pues temía que tratara de matarme si descubría mis relaciones con Burke, ya que tenía un carácter en extremo violento. En cuanto me enteré de que estaba descubierta, empuñé el revólver y, al abalanzarse él sobre mí, lancé un chillido y disparé el arma. Después me parece que la dejé caer al suelo; no estoy segura. Entonces estaba aturdidísima y corrí como una loca escaleras abajo.

»Como no tengo nada de tonta, en seguida me di cuenta de lo oscuro que se presentaba el porvenir, sobre todo teniendo presente que ya estaba metida con Burke y con respecto al asesinato de Beechwood en un callejón sin salida. Así, corrí ciegamente bajo la lluvia, sin tener aún idea de lo que iba a hacer. Recuerdo que al pasar por el vestíbulo tomé una chaqueta del perchero. Muestra lo atontada que estaba el que no cogiera la mía. Estaba allí, pero en su lugar me apoderé de una vieja que llevaba, en ocasiones, Carlos Griffin. Me la eché sobre los hombros y continué corriendo. Después de un rato comencé a recobrar la serenidad y decidí llamarle a usted. Yo no sabía si Jorge estaba vivo o muerto, mas para volver a encararme con él necesitaba a alguien.

»Como no había corrido detrás de mí temía que hubiera muerto. En realidad no disparé premeditadamente sobre él, sino por impulso irresistible. Él había encontrado mi bolso y lo había registrado, como tenía por costumbre, para ver si guardaba alguna carta, cartas que yo no dejaba en él; no soy tan boba. En su lugar encontró los recibos y comprendió la verdad. Al entrar yo en casa estaba tomando un baño. Me oyó, sin duda, saltó fuera de la bañera, echándose encima una bata, y me llamó a gritos. Cuando subía al gabinete tenía en la mano los recibos. Me acusó de haber estado con Burke en Beechwood Inn y de una porción de cosas y me amenazó con dejarme sin un penique. Me dio un ataque de histerismo, cogí el revólver y disparé sobre él. Después bajé a la farmacia, y cuando iba a telefonear a usted, me di cuenta de que necesitaba alguien que me guardara las espaldas. Carecía de dinero, ya se lo dije a usted, pues mi esposo era quien lo administraba, dándome, de vez en cuando, una pequeña suma. Sabía que tenía hecho testamento a

favor de Carlos Griffin y temí no poder sacar nada de los bienes de Jorge mientras se registraba el testamento y se llevaban a cabo todas las formalidades de rigor. Sabía la repugnancia que sentía Burke por ver su nombre mezclado en el asunto y que no conseguiría sacar nada de él. Y el caso es que necesitaba dinero y además de alguien que me defendiera. Por esto telefoneé a Burke, mezclándole deliberadamente en el caso. Le dije que había ocurrido una desgracia, que alguien había matado a Jorge con su revólver automático, pero que ignoraba quién había cometido el crimen, y que había visto su revólver en el suelo. A usted no le hubiera producido impresión la noticia, a Burke le puso frenético.

»Le dije que sólo quedaba un recurso: ocultarse de manera que no pudieran llegar hasta él y al propio tiempo que debía enviar a usted dinero en abundancia para que hiciera lo que pudiera en su favor. Después, telefoneé a usted para meterle en el embrollo.

»Por el camino, mientras iba en su coche, se me ocurrió pensar que mejoraría mucho mi situación si sabía colocarle en posición tan crítica que le obligase a sacarme de ella con objeto de salvarse y a la vez me proporcionara los medios de ofrecer una explicación razonable de lo ocurrido a la policía, si ésta sospechaba algo...

—En esto anduvo usted acertada...

Sin hacer caso de la interrupción, siguió diciendo mistress Belter:

—Comprendía que jamás podrían acusarle de haber cometido el crimen ni muchísimo menos procesarle, porque es usted muy vivo y tiene muchísimo talento. Sabría usted salir de ello y resolví que en el caso de que la policía me acosara de cerca, prestaría la declaración que presté anoche, de modo que me dejaran tranquila para ir tras de usted. Si tornaban a perseguirme después de haber apagado usted sus sospechas, comprendía que sería cosa fácil derrotarles.

Mason alzó la vista y observó, meneando la cabeza:

—Que fiel camarada, ¿verdad, Pablo?

Llamaron a la puerta.

Mason miró en torno y luego, andando sobre las puntas de los pies, fue a abrir.

En el umbral estaba Sidney Drumm y, detrás de él, un desconocido.

—¡Hola, Perry! ¡Vaya un trabajo que nos ha costado dar con usted! —dijo—. Hemos seguido hasta aquí a miss Street, pero no nos ha llevado mucho tiempo identificarle en el registro de viajeros. Siento molestarle, pero tiene que acompañarme. El señor fiscal desea hacerle unas preguntas.

Mason bajó la cabeza.

—Primero, entre —dijo a Drumm.

Mistress Belter lanzó un leve grito al conocer al policía.

—¡Perry, protéjame! —exclamó—. Le he dicho la verdad. Tiene que apoyarme.

Perry la miró y en seguida se volvió bruscamente a Sidney Drumm.

—Bueno, Sidney —le dijo—. Tiene usted suerte. Va a poder efectuar una detención. He aquí a Eva Belter, que acaba de confesar el asesinato de su esposo.

A Eva se le escapó un gemido y se puso en pie, tambaleándose.

Drumm miró alternativamente a uno y otra.

Mason le señaló con un gesto el libro de notas en que escribía Della.

—Ahí está su declaración verbal efectuada en presencia de testigos, como ve.

Drumm dejó escapar de sus labios un silbido suave y prolongado.

—¡Caramba, Perry, qué desenlace tan feliz! —observó—. ¿Sabe que le culpaban a usted del homicidio?

En la voz de Mason vibró una nota de ira al replicar:

—¿Feliz? No. Yo pensaba ayudarla, con todas mis fuerzas, a salir airosa de la situación, pero cuando leí en el periódico que pretendía mezclarme en el asunto, resolví hacer lo que he hecho.

Pablo Drake inquirió:

—¿Sabes, realmente, dónde se encuentra Burke?

—¡Oh, no! Ni siquiera salí anoche de esta habitación, pero estuve meditando largo rato. Antes había ido a ver a mistress Veitch para explicarle que mistress Belter iba a venir a verme, hoy, por la mañana, y a rogarle que acudiera ella también, a fin de corroborar la declaración que mistress Belter iba a hacer a los periodistas. Hoy la envié a buscar y ha venido en taxi.

—¿Y hubiera confirmado tus palabras? —tornó a interrogar

Drake.

—No lo sé; quizá no. Desde anoche no hemos cambiado una palabra. Creo que nos oculta algo. De todas maneras, estoy satisfecho. Quería simplemente que le abrieras la puerta, con objeto de que su presencia ejerciera presión sobre mistress Belter.

Ésta, palidísima, miró con asombro a Mason.

—¡Maldito seas, hipócrita, farsante! —exclamó.

Pero fue Sidney quien prestó a la situación su última nota de ironía.

—Esta mujer ha sido su delatora, Perry —le notificó—. Nos dijo que pensaba venir a verle hoy por la mañana y que aguardáramos a que viniera otra persona para fingir que la habíamos seguido. Quería hacerle suponer que había sido miss Street u otro cualquiera el que nos había guiado hasta aquí.

Mason no hizo comentario alguno a tal declaración, pero su rostro asumió, de pronto, una expresión de cansancio, de aburrimiento.

## Capítulo XVI

Mason estaba sentado en su despacho y parecía muy fatigado. Della Street ocupaba una silla al otro lado de la mesa y evitaba encontrarse con su mirada.

—Yo creía que mistress Belter le desagradaba —observó el procurador.

Ella replicó sin mirarle:

—En efecto: me desagrada, pero lamento que sea usted quien la haya delatado. Ella confiaba en usted y usted la ha entregado a la policía.

—No he hecho nada de eso: me he negado simplemente a ser víctima.

Della se encogió de hombros.

—Cinco años hace que le conozco —observó pausadamente—, y en todo este tiempo le he visto considerar ante todo, a sus clientes. Usted no elegía los casos ni los clientes: los tomaba conforme venían. Unos salían absueltos; otros ahorcados. Pero mientras los representaba, jamás se puso en contra de ellos.

—¿Qué es esto? ¿Me sermonea usted? —interrogó Perry Mason.

—Sí —replicó concisamente Della.

—Bien, continúe.

—No, ya he concluido —dijo Della meneando la cabeza.

Mason se puso en pie, y aproximándose a ella, le puso una mano en el hombro.

—Della —dijo—, quiero pedirle una cosa.

—¿Cuál?

—Que confíe en mí —replicó humildemente Mason.

Entonces ella levantó la vista y le miró a los ojos.

—¿Quiere usted decir que...? —interrogó sin atreverse a acabar la frase comenzada.

—Que mistress Belter no ha sido sentenciada todavía... ni lo será hasta que el Jurado pronuncie el veredicto de la culpabilidad.

—Pero —observó Della— ella no querrá ya nada de usted. Buscará otro abogado. Además, ha confesado su crimen; ¿cómo puede usted anular una confesión que ella repitió y afirmó ante la policía?

—No será menester anularla. Basta con que quede la menor duda respecto a su culpabilidad para que no pueda condenarla el Jurado. Verá cómo todavía obtendré su libertad.

Ella le miró con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿por qué la acusó delante de Sidney Drumm? —inquirió—. ¿Por qué no dejó que Drake gratificara a la policía para que le hicieran determinadas preguntas?

—Porque hubiera mentido con tal de escaparse de ellas. ¡Es muy astuta esa mujer! Quería que yo la ayudara, pero contaba con echarme a los perros apenas se le hiciera pesada la carga.

—¿Y sin duda por ello se le anticipó usted?

—Ya que se empeña en considerar la cuestión desde ese punto de vista —admitió Mason retirando su mano del hombro de ella—, tendré que decirle que sí.

Della se puso en pie y salió al antedespacho, donde trabajaba. Desde allí anunció:

—Señor Mason, están aquí el señor Griffin y su abogado el señor Atwood, ¿puede recibirles?

—Que pasen —replicó Mason con voz deprimida.

El rostro de Carlos Griffin presentaba marcadas huellas de disipación, pero estaba perfectamente sereno y su actitud era muy suave y muy fina. Pidió mil perdones a Della al pasar por delante de ella cuando la joven le abrió la puerta, y sonrió cortésmente al dar los buenos días a Mason.

Detrás seguía Arturo Atwood, casi en la cincuentena, y cuyo rostro pedía a gritos la luz del sol. Tenía los ojos vivos, pero de mirar solapado, y la cabeza calva desde la frente hasta la mitad del cráneo. Allí, una franja de cabellos que descendía hasta ambas orejas hacía las veces de aureola. Desplegaba sus labios una perpetua sonrisa profesional y rutinaria, que carecía por completo de expresión. Ella había marcado en su semblante arrugas que iban desde la nariz a las comisuras de la boca y patas de gallo en torno

de los ojos. Era hombre difícil de juzgar por su aspecto, excepto en una cosa: en su antagonismo, peligroso para quien lo provocara.

Mason le indicó una silla y Della cerró la puerta.

Entonces Griffin inició la conversación diciendo al procurador:

—Tengo entendido que la confesión de mistress Belter se debe, en gran parte, a su meritísima labor detectivesca y le presento mis excusas. En un principio juzgué mal su actuación.

Atwood intervino, para observar afablemente:

—Quedamos, Carlos, en que yo llevaría la voz cantante.

Griffin sonrió con suavidad y le hizo un saludo.

Atwood aproximó una silla a la mesa, tomó asiento y miró a Perry Mason.

—Bien, maestro, creo que nos comprendemos perfectamente —dijo.

Pero Mason replicó al instante:

—Yo no lo aseguraría.

Los labios de Atwood iniciaron su sonrisa peculiar, mas sus ojuelos centelleantes no dieron muestras de alegría.

—Usted es el apoderado de Eva Belter en el debate entablado ante el tribunal que entiende en testamentarías respecto a la última voluntad de míster Belter y también en su petición de poderes como administradora de los bienes de su esposo. Pues bien: simplificaría muchísimo la situación el que renunciara a tal cargo... sin que esto le ocasionara algún perjuicio, naturalmente. Es un consejo.

—¿Para quién simplificaría la cuestión? —interrogó Perry Mason.

Atwood señaló con un ademán a su cliente.

—Para míster Griffin, naturalmente.

—Yo no represento a míster Griffin —replicó brevemente Mason.

La sonrisa de Atwood se transmitió a sus ojos al replicar:

—Eso es verdad..., por ahora. Sin embargo, confieso que su rectitud, la rara habilidad demostrada por usted en este asunto, han impresionado profundamente a mi cliente. Concurren en él una serie de circunstancias penosas que constituyen una prueba dolorosa para mi cliente. Sin embargo, ahora no cabe dudar de lo que ha ocurrido y al llevar adelante la discusión con respecto a la administración de los bienes de su difunto tío, míster Griffin

necesita de un buen consejero, ¿comprende?

—No del todo.

Atwood suspiró.

—Bueno, pues, hablando en plata, como vulgarmente se dice: es posible que mi cliente descubra que la publicación del *Spicy Bits* (queda esto entre nosotros) requiere una atención especial. Yo estaré muy ocupado, naturalmente, con la liquidación de los bienes de míster Belter. Por ello se le ha ocurrido a mi cliente contratar los servicios de una persona competente que le aconseje, sobre todo con respecto a dicha publicación. Resumiendo: desea que tome usted posesión del periódico mientras se resuelve la cuestión de la herencia.

Atwood dejó de hablar y sus ojuelos vivos dirigieron a Mason una significativa mirada. Mas en vista de que éste no decía nada, prosiguió:

—Y como es cuestión de tiempo, será recompensado, muy bien recompensado.

Mason dijo bruscamente:

—No perdamos tiempo en circunloquios. Lo que ustedes desean es que me retire de la liza y deje en mi lugar a Griffin, cuidando éste de que yo reciba por ello algún dinero. ¿No es cierto?

Atwood frunció los labios.

—La verdad, maestro, yo vacilaría mucho antes de adoptar expresiones tan crudas, pero si reflexiona un poco respecto a lo expuesto por mí, hallará que se mantiene dentro de los límites de la ética profesional y al propio tiempo es lo suficientemente amplio para adaptarse al caso en cuestión.

—¡Déjese de palabrería! Para llegar a un acuerdo hay que hablar tan claro como yo lo hago. Usted y yo somos defensores de dos ideas distintas. Usted representa a Griffin: por consiguiente, trata de conseguir para él la plena posesión de los bienes: yo represento a mistress Belter, y voy a hacer anular un testamento falsificado, como ustedes saben muy bien.

Los labios de Atwood continuaban sonriendo, pero sus ojos asumieron una dura expresión.

—No importa que esté o no falsificado —dijo—. Mistress Belter destruyó el original, según declara en su confesión. Nosotros podemos probar cuáles eran los términos en que estaba redactado y

obrar en consecuencia.

—Perfectamente —observó Mason—. Así se empieza un pleito. Ustedes creen que pueden hacer lo que dicen; yo no lo creo.

—Además, tenga en cuenta —añadió Atwood— que mistress Belter ha asesinado a su marido y por ello no puede entrar en posesión de su herencia. Es contrario a la ley, ¿sabe usted?

Mason no dijo nada.

Atwood cambió una mirada con su cliente.

—¿Tiene algo que objetar a esto? —interrogó a Perry Mason.

—¡Sí, por Dios! —replicó Mason—. Pero no pienso discutirlo aquí, sino cuando me halle frente a un tribunal. Ya sé lo que pretende: que se acuse a Eva Belter de asesinato en primer grado. Usted cree que puedo ayudarle a demostrar su premeditación mediante la prueba del motivo que la impulsó a cometer el crimen, y naturalmente, si se demuestra su culpabilidad, no heredará. Tal es la ley. Por el contrario, entrará en posesión de la herencia si se la declara inocente de «asesinato premeditado», pero no de *homicidio casual*. Ustedes van detrás de la herencia y pretenden sobornarme. No se molesten: es trabajo perdido.

—Si persiste en tal actitud, maestro, será *usted* el que se vea un día *ante un tribunal*.

—¿Es eso una amenaza?

—Usted no puede derribarnos —continuó diciendo Atwood—. Y cuando hayamos alcanzado la posición deseada, tomaremos importantes decisiones, alguna de las cuales quizás afecte a sus actividades.

Mason se puso en pie de un salto.

—No me agrada que me hablen con tales rodeos. Voy a salir y diré...

—¿Qué dirá? —repitió Atwood sin perder su suavidad.

—¡Lo que a usted no le importa! —chilló estentóreamente Mason.

Griffin tosió levemente para llamarles la atención con toda delicadeza.

—Caballeros —anunció—, voy a decir algo que simplificará la situación.

—No lo consiento. Aquí llevo yo la voz cantante —dijo Atwood. Griffin dedicó a Mason una sonrisa.

—Sin temor, maestro. Se trata de una pura cuestión de negocios —dijo.

—¿*Callará usted?* —tornó a decir Atwood, sin quitarle la vista de encima.

—¡Bueno, bueno! —replicó Griffin.

Mason le señaló la puerta.

—Bien, caballeros, concluyó la conferencia.

Atwood hizo aún otra tentativa.

—Si retira esas solicitudes, maestro, no perderíamos el tiempo. Nuestro caso es espléndido, perfecto, pero nos desagrada perder el tiempo y los gastos que nos va a costar antes de ganarlo.

Mason le miró impasible.

—Es posible que lo sea, pero ahora soy yo quién domina la situación y continuaré dominándola.

Atwood perdió los estribos.

—¡Le aseguro que no continuará manejando las riendas dentro de veinticuatro horas! —exclamó.

—¡Bah! ¿Usted lo cree?

—Permítame recordarle que quizá se le considere, al final, cómplice del crimen. Y puesto que mi cliente es ahora el heredero legal de míster Belter, es indudable que la policía obrará en este asunto de conformidad con nuestros deseos.

Mason dio un paso hacia él.

—Cuando necesite que me recuerden mi situación, Atwood, le mandaré a buscar.

—Bueno, bueno; si prefiere mostrarse desagradable...

—Sí, lo prefiero.

—Pues llevaremos a cabo nuestro plan —concluyó Atwood. Hizo una seña a su cliente y ambos se dirigieron a la puerta.

Atwood atravesó, ya sin vacilar, el umbral, pero Griffin se detuvo con la mano puesta en el pomo cual si deseara decir algo.

Como la actitud de Mason era poco alentadora, sin embargo, encogióse de hombros y siguió a su abogado fuera del despacho.

Cuando hubieron salido de él entró Della.

—¿Qué? ¿Han llegado ustedes a un acuerdo? —interrogó.

Él negó con la cabeza.

—¿Nos derrotarán? —tornó a inquirir, sin mirarle, miss Street.

Él parecía haber envejecido diez años.

—Oiga, Della —dijo—. Si me hubieran dado tiempo, hubiera resuelto antes la situación, pero esa mujer, aludo a mistress Belter, me enredó de mala manera obligándome a meterla en la cárcel para quedarme yo fuera y hacer algo de provecho.

—No era necesaria la explicación, jefe. Lamento haberle juzgado, pero fue todo tan inesperado, su actitud tan distinta de lo acostumbrado, que me cogió de sorpresa. Olvídelo, por favor —dijo miss Street. Pero todavía evitaba encontrarse con su mirada.

—Sí. Ahora voy al despacho de Pablo Drake —replicó Mason—. Si es necesario telefonéeme allí.

## Capítulo XVII

En el camaranchón que hacía a veces de despacho, Pablo Drake contemplaba sonriendo a Mason, sentado frente a él, al otro lado de la mesa.

—¡Bonita frase! —decía en tono laudatorio—. ¿Te reservabas el as, picarón, o llegó casualmente a tus manos?

—Te diré; tenía una idea de lo sucedido en casa de Belter, pero carecía de pruebas. Ahora tengo que salvarla —replicó Mason.

—No lo conseguirás: olvídala. No merece atención. La única probabilidad que tiene de salir absuelta es alegar que cometió el crimen en legítima defensa, pero no la creerán ya que ella misma ha confesado que estaba al lado de la habitación cuando disparó su esposo.

—No importa: es mi cliente —observó Mason—, y mi deber es defenderla. Ella me forzó y tuve que proceder como lo hice, pues de otro modo me hubiera enredado también. Sin embargo, no puedo abandonarla.

—Pues yo no le tendría tantas consideraciones —replicó Drake—. Es una ambiciosa. Se casó por interés y desde entonces ha procedido con doblez con todo el mundo. Diga lo que quiera, tu deber para con un cliente termina cuanto éste trata de imputarte un delito que no has cometido.

Mason contempló al detective con ojos cansados.

—De todos modos, es mi cliente. Voy a salvarla.

—¿Cómo?

—Ante todo no es culpable de nada antes de que lo declare el Jurado.

—Pero ha confesado.

—No importa. Esa confesión es una prueba que puede utilizarse en contra suya durante la causa: nada más.

—Así y todo tendrás que salvarla, bien declarándola loca, bien alegando que obró en defensa propia. Y ella te aborrece, lo sabes. A estas horas debe de haberse buscado otro abogado.

—Éste es un detalle poco importante y yo no hablo de sistema, aun cuando debe de haber alguno que la salve. Lo que ahora deseo es que averigües cuanto puedas respecto a las andanzas de la familia Veitch desde un año a esta parte.

—¿Te refieres al ama de llaves?

—A ella, a su hija... y a la familia entera.

—¿Crees todavía que mistress Veitch nos oculta algo?

—Estoy seguro.

—Bien. Haré que mis hombres le sigan la pista. ¿Te satisfizo su actuación en el asunto de Georgia?

—Plenamente.

—¿Qué es lo que desees que averigüe sobre el ama de llaves?

—Todo lo que puedas. Y también sobre la hija. No dejes cabo sin atar.

—Oye, Patricio, ¿qué sospechas?

Sin responder directamente a la pregunta, Mason replicó:

—Quiero salvarla.

—¿Cómo? ¿Tienes alguna idea?

—Si no la tuviera no la habría dejado en manos de la policía.

—¿Ni aun después de acusarte del crimen? —inquirió curiosamente Drake.

—Ni aun entonces —contestó con firmeza Mason.

—¡Qué lealtad! —observó el detective.

—Ojalá pudiera convencer a ciertas gentes de esta verdad —dijo tristemente Mason.

Drake le dirigió una mirada rápida.

Mason siguió diciendo:

—Tal es mi norma en la vida, Pablo: la lealtad. Soy abogado. Admito a muchas personas que están en un conflicto y procuro sacarlas de él. Sólo que no represento al pueblo, ni me pongo de su parte, sino de parte de mi defendido. El fiscal del distrito judicial, en cambio, representa al pueblo, y defiende sus intereses. Mi deber es defender los de mi defendido y al Jurado le toca decidir entre los dos. Así se administra justicia en nuestro país. Si el fiscal fuera sincero, también yo lo sería. Mas apela a todos los recursos y yo

hago lo que puedo para que lo absuelvan. Es como dos equipos de fútbol. Uno procura enviar la pelota en determinada dirección; el otro lucha con todas sus fuerzas para evitarlo y enviarla en dirección contraria. Para mí ha constituido una especie de obsesión el hacer cuanto puedo en favor de mi cliente y eso que no todos son inocentes. Algunos son verdaderos bribones. Culpables, quizá, la mayoría. Pero no soy yo quien ha de juzgarlos. Eso ha de determinarlo el Jurado.

—¿Piensas declarar loca a esa mujer? —inquirió Drake.

Mason se encogió de hombros.

—Haré cualquier cosa con tal de impedir el veredicto de culpabilidad que pueda emitir el Jurado —respondió con firmeza.

—Pero jamás podrás anular la confesión de su crimen hecha por ella misma.

—Con confesión o sin ella —replicó obstinadamente el otro— no se puede acusarla de nada mientras no lo haga el Jurado.

Drake hizo un gesto expresivo y concluyó:

—Bueno, de nada sirve discutir esto ahora. Voy a soltar mis hombres sobre la pista de los Veitch en beneficio tuyo.

—Supongo que no es necesario te advierta que los minutos son preciosos —observó Mason—. Desde un principio he luchado por ganar tiempo y procurarme, entretanto, las pruebas necesarias para mi defensa. Por consiguiente, es cuestión de tiempo el que ganemos o perdamos el pleito. Trabaja sin descanso. Eso es todo.

Y abandonó el despacho de Drake.

Al volver a su oficina eran más pronunciados los círculos violáceos que ponía bajo sus ojos la falta de descanso, pero su expresión era dura y firme.

Abrió la puerta. Della Street ocupaba su puesto delante de la máquina de escribir. Al entrar él, levantó la vista y en seguida tornó a fijarla en su trabajo.

Mason cerró la puerta de golpe y se aproximó a ella.

—Della, por Dios —díjole con voz suplicante—, ¿no tiene confianza en mí?

Ella le dirigió una mirada rápida.

—Claro está que sí.

—No, no la tiene.

—Estoy sorprendida y algo confusa, eso es todo —declaró ella.

Él la contempló un instante en silencio, triste y abatido por demás.

—Está bien —dijo al cabo—. Pida comunicación telefónica con el Departamento de estadística del Estado y una vez obtenida hable si puede con el jefe mismo del Departamento, cueste lo que cueste. Deseo saber lo antes posible si es o no casada Norma Veitch, yo así lo he creído siempre, y si se ha divorciado de su marido.

El asombro dilató las pupilas de mis Street.

—¡Toma! —exclamó—. ¿Qué tiene que ver esta circunstancia con nuestro caso?

—No se preocupe de si tiene o no que ver —replicó su jefe—. Veitch es probablemente su apellido, o, mejor dicho, de su madre, y por éste ha de buscarse la partida de matrimonio. Claro que también puede ser que no esté casada o que había contraído matrimonio en un Estado vecino. De todos modos, tiene que haber en su pasado algo que nos oculta y que por ello mismo quiero saber.

—¿Cree, por casualidad, que esté mezclada en el crimen Norma Veitch?

—No creo nada. Sin embargo, mi deber es sembrar la duda en las mentes del Jurado. —Los ojos de Mason adoptaron una expresión resuelta y voluntariosa—. No se olvide, ¿eh? Telefonee en seguida.

Pasó a su despacho y cerró la puerta. Allí inclinó la cabeza, introdujo ambos pulgares en las sisas del chaleco y comenzó a pasearse, sumiéndose, poco a poco, en honda meditación.

Paseaba todavía cuando Della entró en el despacho, una hora después.

—Tenía usted razón —declaró.

—¿Eh? ¿Qué?

—Norma Veitch es casada. Hace seis meses contrajo matrimonio con un tal Harry Loring, y no se ha divorciado de él, pues no consta en el registro.

Sin detenerse a responder, ganó Mason la puerta en tres zancadas, abriéndola de un impaciente empujón y precipitose escaleras abajo tras de atravesar el antedespacho. Ya en el piso bajo, donde tenía instalada Drake su agencia, llamó frenético a su puerta con los puños.

Pablo acudió a abrir.

—¡Diantre! ¿Eres tú? ¿Cuándo estás en el despacho para recibir a tus clientes? —exclamó.

—Una buena noticia: ¡Norma está casada! —explicó Mason con expresión gozosa.

—Bueno, ¿y qué?

—¡Que está prometida a Carlos Griffin!

—Pudo obtener el divorcio...

—No existe el divorcio. No ha tenido tiempo de divorciarse, porque sólo hace seis meses que se casó.

—Bueno. ¿Y qué es lo que deseas?

—Encontrar a su marido. Se llama Harry Loring. Además, necesito saber si están separados y por qué. Sobre todo me interesa particularmente averiguar si conoció a Carlos Griffin antes de ir a ver a su madre a casa de los Belter. Es decir: si ha visitado a su madre antes de su estancia en la Avenida de Elmwood.

El detective lanzó un silbido.

—¡Por Dios! Creo que acabarás declarando la insania amorosa de Eva Belter y apelando a leyes que no están escritas con tal de obtener su libertad.

—¿Quieres encargarte personalmente de averiguarlo?

—Bueno. Si está en la ciudad, dentro de media hora tendrás aquí a Loring.

—Cuanto antes, mejor. Te aguardo arriba —dijo Perry Mason.

Volvió a su oficina, y pasaba silencioso por delante de su secretaria, cuando ésta le detuvo en el momento mismo en que penetraba en el despacho.

—Harrison Burke ha telefoneado.

Mason arqueó las cejas.

—¿Dónde se halla?

—No lo ha dicho, ni siquiera el número de su teléfono. Dijo que volvería a llamar.

—Sin duda conocía los últimos acontecimientos...

—No ha dicho nada. Únicamente que volvería a llamar. Eso es todo.

Sonó el timbre del teléfono y Della corrió al aparato.

—¡Sin duda es él! —exclamó. «Un momento, míster Burke», oyóla decir Mason, y después percibió la voz del político a través de la línea.

—¿Diga, Burke?

Todavía vibraba su voz con aparente firmeza, pero tras de ella Mason sorprendió una nota de pánico. De vez en cuando disminuía de modo alarmante, pero en el acto tornaba a cobrar todo su vigor.

—Acabo de enterarme por los periódicos de lo ocurrido. ¡Qué horrible situación! —dijo.

—No es tan mala como usted cree —replicó Mason—. Queda usted al margen de la cuestión. A lo sumo tendrá que declarar su amistad con la familia Belter. Esto no es agradable, claro, pero es preferible a que le detengan como criminal.

—Pero mis enemigos políticos se valdrán para derrotarme...

—¿De qué?

—De mi amistad con esa mujer.

—Yo no puedo impedir eso. En cambio trabajo en su favor. He hablado con el fiscal del distrito y me ha prometido excluir de la causa el nombre de usted, a menos que sea indispensable por cualquier circunstancia.

Afirmóse la voz de Burke al replicar:

—Precisamente quería hablar con usted de este detalle. Puesto que el fiscal es tan amable, lo mejor será evitar que se celebre el juicio.

—¿Cómo?

—Persuadiendo a esa mujer de que se acuse de asesinato en segundo grado. Usted es su abogado. Véala, el fiscal se lo permitirá con esta condición, pues ya he hablado con él, y procure llegar a un acuerdo con ella.

—¡No se puede hacer nada en ese sentido! —replicó vivamente Mason—. Protegeré sus intereses, pero a mi manera. Y entretanto permanezca oculto.

—Recibirá usted buenos honorarios —observó Burke con acento suave, empalagoso—. Cinco mil dólares al contado; quizá más.

Mason no quiso oír más y cortó de golpe la comunicación.

Reanudó a continuación su paseo y a poco tornó a sonar el timbre del teléfono.

—Me parece que he encontrado a nuestro hombre —dijo la voz de Drake al otro lado de la línea—. En el grupo de casas conocido bajo el nombre de «Belvedere Apartments» vive un tal Harry Loring, a quien su mujer abandonó hace una semana para irse a vivir con

su madre. ¿Te interesa?

—¡Pues ya lo creo! Allá voy. Oye, acompáñame, pues quizá necesite un testigo.

—Bueno —replicó Drake—. No traigas el coche si no quieres. Aquí tengo yo uno.

—Tomaremos dos. Tal vez nos hagan falta.

## Capítulo XVIII

Harry Loring era un individuo delgado, nervioso, que parpadeaba constantemente y se humedecía los labios con la punta de la lengua. Sentóse sobre un baúl precintado y dijo a Drake, con un movimiento negativo de cabeza:

—No, se equivoca. Yo no soy casado.

El detective miró a Mason y éste encogióse levemente de hombros, signo que interpretó Drake como una orden de que continuara la conversación entablada.

—¿Conoce a Norma Veitch? —interrogó a Loring.

—No, señor —replicó el hombre, humedeciéndose los labios.

—¿Y se va usted de la casa?

—Sí. Me cuesta bastante y no gano para pagar el alquiler.

—Conque, ¿no está casado eh? —dijo Drake, insistiendo en aclarar este punto.

—Ya he manifestado que soy soltero.

—¿A qué casa se marcha?

—No lo sé... todavía.

Loring miró al uno, luego al otro, parpadeando.

—¿Son ustedes detectives, caballeros? —inquirió.

—Importa poco. Ahora hablamos de usted.

Loring replicó: «Bueno», y guardó silencio.

Drake cambió una mirada con Mason.

—Se va usted así, muy de repente, ¿verdad? —insinuó dirigiéndose de nuevo a Loring.

—Hombre. ¡Tengo tan poco equipaje! —replicó el hombre encogiendo de hombros.

—Escuche, no trate de ocultarnos la verdad, pues sabremos, tarde o temprano, lo que deseamos. Dice usted que no está casado. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor.

—Pues los vecinos aseguran lo contrario. Dicen que hace unos ocho días vivía con usted una mujer a quien llamaba esposa.

Se precipitó el parpadeo de Loring y el hombre cambió instantáneamente de posición sobre el baúl.

—No era mi esposa —replicó.

—¿Hacía mucho tiempo que la conocía?

—Sólo dos semanas. Era camarera de un restaurante.

—¿Cuál?

—Olvidé su nombre.

—¿Y también el de ella?

—Aquí todos la conocían por mistress Loring.

—Ya lo sé. Mas, ¿cuáles son su verdadero nombre y apellidos?

Loring hizo una pausa. Paseó en torno una mirada inquieta y replicó tras humedecerse los labios:

—Jones. Mary Jones.

Drake soltó una carcajada sarcástica.

Loring permaneció callado.

—¿Dónde está ahora? —inquirió súbitamente Drake.

—No lo sé. Me dejó y se fue con otro, según creo. Tuvimos una cuestión.

—¿Respecto a qué?

—¡Oh! No lo recuerdo.

Drake consultó una vez más con la mirada a Mason y éste se aproximó a Loring.

—Veamos, ¿lee usted los periódicos? —dijo.

—De vez en cuando. A veces leo solamente los epígrafes. Me interesan poco —replicó Loring.

Mason echó mano al bolsillo interior de la americana y sacó unos recortes. Desdobló uno de ellos, en el cual había una fotografía de Norma Veitch, y se lo enseñó al hombre.

—¿Era ésta la mujer que vivía con usted?

Loring la miró por encima y meneó enérgicamente la cabeza.

—No —respondió—. No es esa mujer.

—Apenas si ha mirado el retrato. Vuelva a examinarlo antes de asegurar nada.

Y así diciendo, Drake puso la fotografía ante Loring. Éste tomó el recorte y lo contempló por espacio de diez a quince segundos.

—No —repitió después—. No es ella.

—Esta vez le ha costado resolverlo, ¿eh? —insinuó Mason.

Loring guardó silencio.

Entonces Mason se volvió y le hizo una seña a Drake. Éste dijo a Loring:

—Bueno. Vista su actitud, determinamos lo que ha de hacerse. Tendrá usted que tomar su medicina, pues no esperará que le defendamos después de haber mentido.

—Vamos, Drake, salgamos —dijo sombríamente Mason.

Y, en efecto, ambos salieron del departamento y cerraron la puerta. Ya en el pasillo, Pablo Drake preguntó a Mason:

—¿Qué te parece el individuo ése?

—Es un hipócrita o de lo contrario hubiera hecho la comedia de indignarse y preguntar con qué derecho nos metíamos en sus asuntos. Me miraba como quien está acostumbrado a disimular y le asusta la policía. Se ve que está acostumbrado a verse amedrentado por detectives.

—Sobre todo más o menos opino lo mismo —replicó Drake—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Pues hacer una visita a sus vecinos y mostrarles esta fotografía para ver si alguno reconoce en ella a Norma.

—No es muy buena. Sería preferible que buscáramos otra.

—No tenemos tiempo que perder —le recordó Mason—. A cada minuto que pasa puede suceder algo imprevisto y no quiero quedarme atrás en el juego por más tiempo.

—Hemos estado muy blandos con Loring. Es hombre sobre quien conviene machacar, creo yo.

—Ciertamente. Ya machacaremos cuando volvamos a verle. Entretanto, quiero ver si averiguo más pormenores de su vida. Verás cómo se inmuta en cuanto le acosemos un poco.

Sonaron unos pasos en la escalera.

—¡Alguien viene! —dijo Drake—. Guarda un instante.

En efecto, un hombre rechoncho, ancho de hombros, subía pausadamente la escalera. Brillaban de puro usados sus pantalones y su americana y llevaba deshilachados los puños. Sin embargo, tenía un aspecto resuelto.

—Es un alguacil —susurró Mason al oído de Drake.

El hombre se aproximaba. Tenía el aire de un exagente de

policía y todavía conservaba su arrogancia.

Miró a los dos amigos, interrogándoles:

—¿Es alguno de ustedes Harry Loring?

Mason avanzó prontamente un paso.

—Servidor —replicó.

El hombre se llevó la mano al bolsillo.

—En ese caso debe saber de lo que se trata. Aquí hay una citación, una copia de la demanda y la copia de una convocatoria; documentos pertenecientes todos ellos al caso Norman Loring *versus* Harry Loring. He aquí los originales y ahí van las copias —dijo, y se sonrió con fatuidad.

—Bueno; queda usted enterado. Tengo entendido que no habrá debate. ¿Lo esperaba?

—Claro está —Mason tomó los documentos—. Está bien.

—Sin rencor, ¿eh?

—Sin rencor.

El alguacil dio media vuelta, anotó algo al dorso de los originales y bajó lenta y metódicamente la escalera. Cuando hubo desaparecido, Mason dijo sonriendo a Drake:

—He aquí lo imprevisto.

Y procedió a desdoblar el documento.

—Es una demanda, no de divorcio, sino de anulación de matrimonio —observó después—. Volvamos.

Llamaron a la puerta del departamento. Dentro sonó la voz de Loring preguntando:

—¿Quién es?

—Abra usted, que le traen unos documentos —repuso Mason.

Loring abrió la puerta y retrocedió al ver a los dos hombres en pie delante de él.

—¡Ustedes! —exclamó—. Creí que se habían ido.

Mason empujó la puerta con el hombro y penetró en la habitación, Drake le siguió.

Luego Mason entregó a Loring los documentos que llevaba en la mano.

—¡Es gracioso! —dijo—. Tenía que entregarle estos papeles, pero antes era mi deber ver si era usted la persona a quien buscaba; por eso le hice varias preguntas sobre su matrimonio. Pero usted no me ha respondido. Yo creí que conocía la existencia de la

demanda...

—¿Oh, era por eso? —inquirió ansiosamente Loring—. ¿Por qué no lo decía? Precisamente me anunciaron la llegada de los papeles y me pidieron que en cuanto los recibiera saliera de aquí al instante.

Mason soltó una exclamación de disgusto.

—¿Por qué no nos ha explicado todo eso en lugar de hacerse el remolón? Se llama usted Harry Loring, ¿no es eso?, y contrajo matrimonio con Norma Veitch en la época que se indica en la demanda.

Loring se inclinó para examinar la fecha mencionada, que le indicó Mason con el índice.

—Eso es —aprobó con una indicación de cabeza.

—Y se separaron ustedes en esta otra fecha —siguió diciendo Perry Mason, señalándole la que seguía a la primera.

—Precisamente.

—Está bien. Pues según esta demanda, usted estaba ya casado y no se había divorciado cuando contrajo matrimonio con miss Veitch. Por consiguiente el enlace era ilegal y por ello la demanda pide su anulación.

Otra vez inclinó Loring la cabeza.

—Bueno, ¿y esto es justo?

Loring dijo que sí.

—Y, ¿es verdad?

—Claro.

—Entonces mi deber es arrestarle por bigamo.

Tornóse blanca la faz de Loring.

—Él dijo que no me pasaría nada —observó.

—¿Quién es él?

—El abogado que vino a verme, el abogado de Norma.

—Bueno, ella y él deseaban dejar de lado el matrimonio, con objeto de que Norma pudiera casarse con el mozo ese que heredaría, según dicen, dos millones de dólares.

—Justamente, pero me dijeron que la demanda era simplemente una formalidad y que no me proporcionaría ningún disgusto.

—¡Vaya con la formalidad! ¿No sabe que hay una ley que prohíbe la bigamia?

—¡Pero yo no soy bigamo! —protestó Loring.

—¡Ya lo creo! Aquí lo atestiguan la firma del abogado y el

juramento de Norma. En la demanda se dice bien claro que usted tenía mujer y que no se divorció de ella antes de casarse con Norma. Por consiguiente, le ruego que nos acompañe a la jefatura. ¡En buen negocio se ha metido!

La nerviosidad de Loring iba aumentando por grados.

—No es cierto —declaró por fin.

—¿El qué no es cierto?

—Que yo me haya casado dos veces. ¡Lo sabe Norma... y lo sabe también su abogado! Me dijeron que no se podía aguardar a obtener el divorcio, porque para esto se necesita mucho tiempo, y que no volvería a presentársele a Norma la ocasión de casarse con ese hombre, y que yo sacaría buena tajada del negocio si dejaba a Norma seguir su camino y presentar la demanda. Después llenaría yo a modo de respuesta otro documento por el cual admitía que tenía otra esposa, pero que estaba divorciado cuando me casé con Norma. Me dijeron que esta declaración me pondría a cubierto de todo peligro, pero que arreglarían las cosas de modo que ella obtuviera la anulación del matrimonio. El abogado tenía ya redactado este documento y lo he firmado. Mañana lo registrará.

—Y después se procederá a la anulación, ¿eh? —interrogó Mason.

—Sí.

—No da buenos resultados mentir a los que tratan de poner en claro los hechos de un caso dudoso. Si nos hubiera usted dicho antes todo esto, nos hubiera evitado mucha preocupación —observó Mason.

—El abogado me encargó que guardara silencio —dijo Loring.

—Pues estaba loco —dijo Mason—. Bueno. Tenemos que hacer un informe de este asunto, de modo que necesito una declaración por escrito, para unirla al referido informe.

Loring titubeó.

—O si lo prefiere, acompáñeme a la Delegación y allí se explicará —insinuó Mason.

Loring replicó:

—¡No, no! Firmaré la declaración.

—Bueno. —Mason sacó de su bolsillo papel y pluma—. Siéntese entonces sobre ese baúl y escríbala. Detállelo todo. Diga que no existe una primera esposa, que el abogado de Norma le explicó que

deseaba obtener la pronta anulación de su matrimonio con ésta y que fue a él a quien se le ocurrió fingir que existía una primera mujer para que Norma se casara cuanto antes con el joven millonario.

—¿Esto no me causará, pues, un disgusto?

—Por el contrario, es la única manera de evitarlo —dijo Mason—. No puedo explicarle ahora el motivo, pero en buen lío iba a meterse, amigo. Ha sido una suerte que nos hayamos conocido, aun cuando si no hubiera hablado con franqueza, le hubiéramos llevado a la Delegación de Policía.

Loring suspiró y tomó la pluma.

—¡Bueno!

Mientras escribía trabajosamente, sentado en el baúl, Mason le contemplaba. Habíase colocado delante de él en su posición favorita, esto es, con las piernas plantadas firmemente una aquí, otra allá, y la mirada fija y paciente. Drake fumaba sonriente.

Costó a Loring redactar su declaración unos cinco minutos y después se la entregó a Mason, consultándole:

—¿Está bien? Porque estoy poco acostumbrado a extender tales documentos.

Mason cogió y leyó la declaración.

—Está divinamente —replicó al cabo—. Fírmela.

Loring la firmó.

—¡Bravo! —dijo Mason—. Aún una pregunta: el abogado de Norma deseaba que dejara el departamento, ¿verdad?

—Sí. Me dio dinero y me recomendó mucho que me fuera. Dice que aquí corro el peligro de que vengan a marearme si me encuentran.

—Bien. ¿A dónde piensa ir?

—A un hotel. A un hotel cualquiera.

—Vamos —dijo Drake interviniendo en el diálogo—. Acompañenos y le buscaremos alojamiento. Y si desea que no le molesten, lo mejor será que se cambie de nombre, pero procure no perder contacto con nosotros, no sea que le den un disgusto. Además, quizá sea menester que ratifique su declaración delante de testigos.

Loring observó:

—No sé por qué no me habló el abogado de ustedes; caballeros.

¡Por poco sí me veo en un lío tremendo!

—¡Ya lo creo! A estas horas estaría en la Delegación y hubiera costado trabajo sacarle de allí —convino Mason.

Drake preguntó a Loring.

—¿Acompañaba Norma al abogado cuando éste estuvo aquí?

—No —replicó Harry—. Primero vino a verme su madre y después el abogado.

—Así, ¿no vio a Norma?

—No, únicamente a su madre.

—Bien —dijo Mason—. Venga con nosotros. Le llevaré a mi hotel y le tomaré una habitación. Lo más conveniente será que se inscriba en el registro bajo un nombre supuesto. Por ejemplo: Harry Legrand.

—Y, ¿qué haré del equipaje?

—Nosotros cuidaremos de él, no se preocupe. Enviaremos un hombre que se lo recoja y lo lleve al hotel, y una vez allí, el portero se encargará de él. Ahora, salgamos cuanto antes. Abajo espera el coche. Vendrá con nosotros.

Loring se humedeció los labios.

—Crean, caballeros, que me han quitado un gran peso de encima. ¡Estaba tan nervioso mientras aguardaba, ahí sentado, a que me trajeran los documentos...! Yo creo que el abogado no sabe mucho lo que se hace. ¿Qué le parece?

—Pues, que sin duda se olvidó de explicarle algunas cosas —respondióle Mason—. Probablemente tendría prisa la última vez que estuvo aquí o estaría excitado.

—Sí, excitadísimo —confesó Loring.

Al subir al taxi, dijo Mason:

—Di que nos lleven al hotel Ripley, Drake. Está muy bien situado.

—Ya comprendo —replicó el detective.

Mientras eran llevados al hotel donde Mason se había inscrito bajo el nombre de Johnson, los tres guardaron silencio, y una vez allí, Mason se aproximó al encargado y le dijo:

—Éste es míster Legrand, de Detroit, lo mismo que yo, y desea una habitación para unos cuantos días. ¿Podrán darle una en el piso en que tengo yo la mía?

—Veamos —replicó el encargado consultando el libro índice—.

Usted ocupa el número 518, ¿eh, míster Johnson?

—Precisamente.

—Bueno, pues, puedo darle a este caballero el número 522.

—Muy bien. Ahora deseo advertir al portero para cuando llegue el equipaje de míster Legrand.

Subieron con Loring a su habitación.

—Bueno —dijo Mason al hombre—. Ahora quédese aquí y no salga a la calle, pero al andar por el hotel procure no apartarse mucho del teléfono, para el caso de que le llamemos, pues ahora nos vamos a la Delegación. Después es posible que le dirijamos unas preguntas más, pero no se preocupe, que todo va bien ahora que ha firmado su declaración. Ya está usted al corriente.

—Me alegro muchísimo y obedeceré sus órdenes —replicó Loring—. El abogado me dijo que tan pronto como estuviera alojado le telefoneara. ¿Puedo hacerlo?

—No —replicó Mason—. Puesto que ha hablado con nosotros ya no es necesario. Estése aquí y aguarde a que le llamemos o vengamos a verle. No haga nada hasta que volvamos de la Delegación.

—Bueno, bueno —convino Loring.

Entonces los dos hombres salieron de la habitación y cerraron la puerta.

—Chico, ¡qué suerte! —Drake se volvió sonriente a mirar a Mason—. ¿Qué haremos ahora?

Mason se dirigió hacia el ascensor.

—Un gran despliegue —replicó.

—Pues, ¡adelante!

Al llegar al vestíbulo, Mason se detuvo junto al teléfono y pidió comunicación con la Delegación de Policía. Una vez obtenida, preguntó por Sidney Drumm, de la Sección de Detectives, y al cabo de dos minutos sonó la voz de aquél al otro lado de la línea.

—Mason al habla —le comunicó—. Diga, Drumm, he descubierto una nueva derivación del caso Belter, pero necesito una cooperación. Yo le ofrecí una oportunidad con el arresto de Eva Belter, y ahora le pido que me la dé usted.

—Yo no sé si me la ofreció o no. Sé únicamente que se me presentó y que usted me salió al paso.

—Bueno, no es ocasión de discutir eso ahora —dijo Mason—. Yo

hice el trabajo y usted recibió todas las alabanzas.

—Bien. ¿Qué es lo que desea?

—Que busque al oficial Hoffman y que me aguarde con él al pie de la avenida Elmwood. Quiero mostrarles algo, y para ello les pido que visiten conmigo la casa de los Belter.

—Es tarde y el sargento ha debido marcharse —protestó el detective.

—No importa, búsquele usted, y si es posible, traigan consigo a Eva Belter.

—¡Diantre! ¡Vaya una orden! Si la sacamos llamará la atención —observó Drumm.

—No la llamará si lo hacen secretamente —replicó Mason—. Que la acompañen los agentes que ustedes quieran, pero sin ruido, ¿eh?

—Yo no sé lo que opinará de esto la policía —dijo Drumm en son de protesta—, pero me parece que no querrá hacerlo.

—Bueno. Procure convencerla, y si no puede lograr que venga Eva Belter, procure por lo menos que acuda él a la cita. Me hubiera gustado tener a Eva allá. De todos modos, vengan ustedes dos.

—Bueno. Si todo va bien, me hallaré aguardándole al pie de la colina con el sargento. Si está aquí, le prometo que irá.

—No, eso no. Asegúrese antes de su presencia y luego entraremos en detalles, pues si no puede o no quiere acompañarnos, no se efectuará la visita. Volveré a telefonarle dentro de cinco minutos.

—Está bien —replicó el detective, y cortó la comunicación.

Drake miró a su compañero.

—¡Diantre, amigo, te llevas un buen bocado!

—No te preocupes, sabré masticarlo —replicó Mason.

—¿Sabes lo que haces?

—Creo que sí.

—Si como supongo, tratas de levantar una fortificación para la defensa de esa mujer, creo que debes levantarla tras de la población, y así la cogerás de sorpresa.

—Yo no pretendo levantar nada. En cambio, deseo ver a la policía en la avenida de Elmwood.

Drake se encogió de hombros.

—Como quieras. Ya sabes a lo que te arriesgas.

Mason hizo un gesto de asentimiento, compró unos cigarrillos en el estanco y tornó a telefonar a Drumm.

Éste le dijo:

—He podido convencer a Hoffman, pero no quiere llevar consigo a Eva Belter. Sin duda, teme que le prepare una celada. Además, en torno de su prisión hay constantemente una nube de reporteros y, por consiguiente, no podríamos sacarla de allí sin llevarlos a todos detrás. También teme Hoffman que al llevarle a la casa de Belter haga una de las suyas y que salga la visita en los periódicos, colocándole, por lo tanto, en una posición desairada; pero se aviene a acompañarnos.

—Bien. Para el caso es casi lo mismo. Les aguardaré al pie de la avenida, en un «Buick».

—De acuerdo. Dentro de cinco minutos saldremos de aquí.

—Hasta la vista, pues —díjole Mason, y colgó de su gancho el auricular.

## Capítulo XIX

Los cuatro hombres subieron trabajosamente las escaleras que conducían al pórtico de la casa, y al llegar a la puerta, el sargento, se volvió a Mason y le dijo con el entrecejo fruncido:

—Bueno, ahora nada de bromas, ¿eh?, confío en usted.

—Abra bien los ojos y oídos, y si cree que descubro algo, ¡adelante!, eche tras de mí. Si por el contrario, cree que trato de engañarle, le permito que se vaya.

Hoffman replicó:

—Es justo.

—Antes de entrar en la casa —siguió diciendo Mason— conviene recordar: que me uní a mistress Belter en la farmacia que hay al pie de la colina y que subimos juntos hasta aquí. Ella no llevaba bolso ni tampoco la llave de la puerta. Al salir, ésta quedó abierta, por lo que ella confiaba en poder entrar sin llamar, y así me lo dijo; pero la puerta estaba cerrada con pestillo nada menos, como se cierra durante la noche.

Drumm observó:

—Esa mujer, es tan embustera, que si me dijera que una puerta está cerrada creería que estaba abierta.

—Es cierto; sin embargo —replicó testarudamente Mason—, recuerde que no llevaba encima la llave y que salió lloviendo. De algún modo contaría con volver a entrar.

—Quizás estaba aturdida —indicó Hoffman.

—¿Ella? ¡Quiá!

—Bueno, prosiga —a Hoffman comenzaba a interesarle la explicación.

—Cuando entré en el vestíbulo —dijo Mason reanudando su relato— había en el paragüero un paraguas mojado. Debajo vi un charco de agua y esto me movió a fijarme en él. También debieron

verlo ustedes al llegar.

Se contrajeron las pupilas de Hoffman.

—En efecto —dijo—. Ahora lo recuerdo. ¿Y bien?

—Por ahora nada. Ya hablaremos de esto después —replicó Mason alargando el índice y pulsando el timbre de entrada. Abrióles un mayordomo, a quien sorprendió al parecer la presencia de los cuatro hombres.

—¿Está Carlos Griffin? —inquirió Mason.

El mayordomo negó con un movimiento de cabeza.

—Ha salido, caballero —replicó—. Tenía una cita, cosa de negocios, según creo.

—Y mistress Veitch, ¿está en casa?

—¡Oh, sí; naturalmente!

—¿También su hija Norma?

—También, señor.

—Bueno. Vamos al estudio de míster Belter. No diga a nadie que hemos venido, ¿entiende?

Hoffman pasó al otro lado de la puerta y dirigió una mirada escudriñadora al paraguero en que había visto el paraguas mojado la noche del crimen. Después quedó pensativo.

Drumm silbaba nerviosamente con voz apenas perceptible.

Subieron al estudio, donde se había encontrado el cadáver de Belter; Mason encendió las luces y comenzó a examinar las paredes con suma atención.

—Les invito a que me ayuden —dijo a sus compañeros.

—¿Qué es lo que busca? —inquirió Drumm.

—El agujero de una bala.

—No pierda el tiempo —gruñó el sargento.

—Hemos registrado hasta el menor detalle de estos muros, y además, tenemos de ellos un plano y fotografías. Una bala no puede haberlos atravesado sin dejar huellas del impacto y sin que se desprenda el yeso de la pared.

—Ya lo sé —replicó Mason—. Antes que ustedes, la busqué sin poder encontrarla. Pero voy a hacer una búsqueda. Sé lo que *debió* pasar, pero aún no puedo probarlo.

El policía concibió una súbita sospecha.

—Oiga, Mason: ¿trata de probar la inocencia de esa mujer?

Mason dio media vuelta y se encaró con él.

—Trato de demostrar lo que ocurrió la noche del crimen —replicó.

—Eso no es lo que yo pregunto —dijo arqueando las cejas Hoffman—. ¿Trata de obtener la libertad de esa mujer?

—Sí.

—Pues entonces, permítame —e hizo ademán de salir del estudio.

—No lo haga, ahora que voy a darle ocasión de que salga su retrato en la primera plana de los diarios.

—¿Lo ve? Me lo estaba temiendo. Es usted hábil, Mason. He tomado informes de usted.

—Pues en ese caso sabrá que nunca me río de mis amigos y Drumm es uno de ellos. Si pretendiera burlarles no le habría hecho venir.

Hoffman admitió como a la fuerza:

—Bueno; me estaré un poco más; pero no me salga con una chuscada. Quiero saber qué es lo que pretende.

Mason se hallaba mirando en aquel momento hacia el cuarto de baño. En el suelo, líneas trazadas con yeso señalaban la posición que había ocupado el cuerpo de Belter.

De pronto se echó a reír.

—¡Qué idiota soy! —exclamó.

—¿Qué le hace gracia? —inquirió Drumm.

Mason volvióse al policía.

—Voy a demostrarle algo, Hoffman —dijo—. ¿Quiere enviar a buscar a mistress Veitch y a su hija?

—¿Qué quiere de ellas?

—Hacerles unas preguntas.

—No. Primero quiero saber lo que hacemos aquí.

—Pronto lo sabrá. Entretanto, tome asiento y asista al interrogatorio, y si cree que me excedo en mis atribuciones, me lo dice. ¡Vamos, hombre!, si quisiera jugarle una mala pasada, le llevaría ante el juez y allí le daría la sorpresa.

Hoffman reflexionó un minuto.

—Es lógico —dijo al cabo, y agregó dirigiéndose al detective—: Drumm, vaya a buscar a esas mujeres y que suban.

Drumm saludó con una inclinación de cabeza y salió de la habitación.

Pablo Drake contempló curiosamente a su amigo. El rostro de éste no daba la más mínima señal de emoción, ni tampoco abrió la boca durante el tiempo que transcurrió entre la salida y el regreso de Drumm al gabinete. Finalmente se oyó ruido de pasos al otro lado de la puerta: abrióse ésta, y Drumm cedió el paso, inclinándose, a las dos mujeres.

Mistress Veitch ofreció el aspecto sombrío de siempre. Sus oscuros ojos, sin brillo, miraron con indiferencia a los hombres que ocupaban el estudio. Andaba con su paso peculiar, largo y pesado.

Norma Veitch llevaba un vestido muy ceñido, que acentuaba las curvas de su cuerpo. Al parecer sentíase orgullosa de su habilidad en atraer las miradas de los presentes mientras iba examinándoles uno por uno con una sonrisa en los labios sensuales.

Mason manifestó que deseaba dirigirle unas preguntas, y ella replicó:

—¿Otra vez?

—Mistress Veitch, ¿sabe algo respecto a las relaciones de su hija con Carlos Griffin? —inquirió él sin prestar atención al comentario.

—Sé que están prometidos, nada más —replicó el ama de gobierno.

—¿Sabía usted que existía entre ellos un asunto amoroso? —siguió preguntando Mason.

—Siempre existe entre dos que se quieren.

—No me refiero a eso, mistress Veitch. Dígame, ¿existían ya estas relaciones entre los dos antes de que viniera aquí Norma?

Los oscuros ojos hundidos se posaron un momento en la faz de la muchacha y después volvieron a clavarse en la de Mason.

—No —respondió—. Se conocieron después.

—¿Está enterada del matrimonio de su hija?

Los ojos del ama de gobierno continuaron mirándole imperturbables.

—No está casada.

Mason volvióse vivamente a Norma:

—¿Qué dice a esto, miss Veitch? ¿Está casada o no?

—Todavía no —repuso la muchacha—; pero lo estaré. Perdone que le diga que no veo la relación que guarda esto con el asesinato de míster Belter. Si ustedes me interrogan respecto a él, no me queda más remedio que contestar a sus preguntas; mas no veo por

qué han de meterse en mis asuntos.

—¿Cómo va a casarse con Griffin, si ya tiene marido? —insistió Mason.

—Le prohíbo que me insulte: yo no estoy casada —replicó Norma Veitch.

—Eso es lo que dice Harry Loring.

El rostro de la muchacha varió imperceptiblemente de expresión, pero esto duró lo que un abrir y cerrar de ojos.

—¿Loring? —repitió con acento sereno—. Jamás he oído ese nombre. Madre, ¿conoce a algún hombre que lleve este apellido?

Mistress Veitch arrugó la frente.

—No, no lo recuerdo, Norma. Tengo buena memoria, mas no me acuerdo de semejante apellido.

—Quizá pueda yo refrescarla. Se trata de un individuo que vive en los departamentos Belvedere, número 312.

Norma meneó la cabeza vivamente.

—Se trata, sin duda, de una equivocación.

Entonces Mason sacó de uno de sus bolsillos la demanda y las copias de las convocatorias.

—En tal caso deseo que me explique —dijo— cómo es que ha cursado usted esta demanda y por qué jura en ella haber contraído matrimonio con Harry Loring.

Norma dirigió una mirada rápida al documento y otra a su madre. Ésta continuaba impassible.

En vista de ello, Norma replicó prontamente:

—Yo no quería que se enterase Carlos de este asunto; pero ya que lo ha descubierto, voy a darle una explicación: Carlos y yo, nos enamoramos uno de otro, mas no nos atrevimos a declarar nuestras relaciones por temor a disgustar a míster Belter. Muerto éste, no había razón para seguir ocultándolas y por ello han salido a la luz. Mi esposo estaba ya casado y su esposa vivía, lo que fue uno de los motivos que me movieron a separarme de él. Fui a ver a un abogado y me dijo que el matrimonio no era válido y que pediría su anulación. Pero yo iba a hacerlo sin dar escándalo. No podía figurarme que alguien lo supiera y relacionara mi nombre con el de Loring.

—Oiga, eso no es lo que dice Griffin —observó Mason.

—Claro que no. Él no sabe nada de todo esto.

—No; pero ha confesado. Al interrogar a usted, mi objeto es comparar ambas declaraciones, para ver si es usted responsable del delito de encubridora del crimen o si es meramente víctima de las circunstancias.

El policía se adelantó un paso.

—Mason, tengo que interrumpir aquí la diligencia —observó.

El aludido se encaró con él.

—Concédame un momento, sargento —suplicó—, y después la interrumpiré si lo desea.

Norma miró rápida y nerviosamente a los dos. El rostro de mistress Veitch expresaba una aburrida resignación.

—La noche del crimen —explicó Mason—, mistress Belter sostuvo una discusión con su marido y le disparó un tiro. Después volvió la espalda y salió corriendo, sin pararse a mirar lo que había sucedido. Ella suponía, con lógica femenina, que por haber hecho fuego sobre él tenía forzosamente que matarlo. Y en verdad, dada su nerviosidad y la distancia que le separaba de Belter, era muy improbable que pudiese hacerlo... De todos modos, bajó velozmente la escalera, tomó, al paso una chaqueta y salió a la calle. Usted, miss Veitch, oyó el tiro, se arrojó de la cama, se vistió y fue a ver lo que sucedía. Entretanto, Griffin había llegado de la calle en su coche. Como estaba lloviendo, dejó su paraguas en el paragüero, y subió al gabinete... Usted oyó su voz y la de Belter y se paró a escuchar. El último explicaba a su sobrino que su esposa había querido matarlo y que tenía pruebas de su infidelidad. Mencionó el nombre del amante y pidió consejo a Carlos, respecto a lo que debía hacer.

»Griffin demostró curiosidad. Quería ver cómo había sido hecho el disparo e hizo que se situara su tío en la puerta del cuarto de baño, en la posición que ocupaba cuando disparó mistress Belter sobre él. Obedeció míster Belter, Griffin levantó la mano, que empuñaba el revólver... y le metió un balazo en mitad del corazón. Después dejó caer el arma al suelo, salió al jardín, se metió en el coche y desapareció.

»Por el camino se emborrachó, tras de provocar la rotura de un neumático, a fin de explicar la tardanza en llegar al lugar del suceso y, en efecto, volvió a éste después de llegar a él la policía. Entonces hizo ver que regresaba a la casa luego de pasar toda una noche

fuera de ella. Pero se olvidó del paraguas que había dejado en el vestíbulo, y también pasó por alto el detalle de haber cerrado la puerta, que encontró abierta al llegar, con pestillo.

»Mató a su tío porque sabía que le dejaba por único heredero de todos sus bienes, y porque adivinó que Eva Belter *se creía* la autora del crimen. Comprendió que por el revólver seguiría su pista la policía y que todas las pruebas estaban contra ella. La bolsa en que Belter había hallado las pruebas de sus relaciones criminales con el hombre a quien trataba de difamar el *Spicy Bits*, estaba en un cajón de la mesa.

»Usted habló a su madre de lo que había visto y ambas decidieron aprovechar la ocasión de hacerse pagar bien su silencio. Así, acordaron ponerle en la alternativa de casarse con usted o delatarlo.

Hoffman se rascaba perplejo la cabeza.

Norma lanzó una rápida mirada a su madre.

Mason observó pausadamente:

—Ahora se le ofrece la ocasión de salir con bien de ésta; aprovéchela. Según la ley, usted y su madre son encubridoras del delito, y por consiguiente, sufrirán todos sus rigores. No necesitamos su testimonio, ya que tenemos la confesión de Griffin; mas si desea cooperar a la labor que realiza la policía, hágalo ahora. No lo deje para después.

Le interrumpió Bill Hoffman para decir a la muchacha:

—Voy a dirigirle una pregunta, una sola, y después, ¡basta de interrogatorio! ¿Ha hecho usted lo que dice Mason o no?

Norma dijo: «Sí», con voz queda.

Mistress Veitch, alterada al fin, se encaró con ella, hecha un basilisco:

—¡Norma! —chilló—. ¡Calla, estúpida! Te están engañando, ¿no lo ves?

El policía se le aproximó.

—Podrá ser un engaño, si usted quiere, mistress Veitch —dijo lentamente—; pero su declaración y el comportamiento de usted las han descubierto. Ahora diga la verdad, toda la verdad; es su única probabilidad de salvación. De lo contrario las haré detener a las dos por encubridoras.

Mistress Veitch humedecióse los labios y prorrumpió en un

ataque de ira.

—¡La muy idiota! ¿Para qué habré confiado en ella? No se enteró del crimen, dormía como un tronco. Fui yo quien oyó el disparo y subí al estudio. Debí callar a mi hija la verdad. Él se hubiera casado *conmigo*. Pero quise favorecerla y; ¡he aquí la muestra de gratitud!

El policía se volvió y miró perplejo a Mason.

—¡Caramba, vaya un enredo! —exclamó—. ¿Dónde está la bala que respetó a Belter?

Mason se echó a reír.

—¡Pues no me he preocupado poco! —explicó—. Lo mismo que el paraguas mojado y la puerta cerrada. Yo me figuraba lo que había sucedido, pero no *cómo* había sucedido y he estado en esta habitación buscando el agujero de una bala. Después he comprendido que si la bala hubiera dejado impacto, Griffin no hubiera cometido el crimen. Por consiguiente, sólo podía haberle sucedido a la bala una cosa.

»Belter estaba dándose un baño en la bañera enorme de gran cabida. Estaba furioso con su mujer y aguardaba que viniera de la calle. Estando en el baño la oyó entrar en la casa, salió del agua y echóse encima una bata mientras le ordenaba con un grito que subiese.

»Sostuvieron un altercado, y ella le pegó un tiro. Él se hallaba en aquel momento en el umbral de la puerta del cuarto de baño, lugar en que fue hallado más tarde su cadáver. Si se coloca usted junto a esa puerta, puede imaginar la trayectoria de la bala, siguiendo con el índice su dirección. Pues bien, al no hacer blanco, la bala cayó en el baño y el agua amortiguó su impulso.

»Carlos Griffin llegó, a poco, al lugar del suceso, y su tío le contó lo que había sucedido, firmando, sin saberlo, su sentencia de muerte, pues Griffin no quiso desperdiciar la ocasión que se le ofrecía. Hizo colocar a Belter en la posición en que había estado cuando sonó el disparo, tomó el automático con la mano enguantada y apuntó a Belter. En seguida disparó, hiriéndose en mitad del corazón, sacó el casquillo vacío, se lo guardó en el bolsillo, dejó caer el arma al suelo y partió. He aquí cómo se cometió el crimen. No hay nada más sencillo.

## Capítulo XX

Los rayos del sol matinal penetraban a raudales por las ventanas del despacho de Mason, quien sentado ante la mesa escritorio, contemplaba con ojos enrojecidos por la falta de sueño a Pablo Drake.

—Bueno —decía éste—, ya le hemos pescado.

—Pues, explícate.

—Le buscamos en vano toda la noche —siguió diciendo el detective—; imagínate, pues, nuestra sorpresa al verle volver a casa a las seis de la mañana. Resistió y negó con lo cual Norma Veitch pretendió desdecirse de su declaración pasada. Fue el ama de gobierno quien le vendió. Es una mujer muy especial. De no hablar antes su hija, no le hubiésemos sacado palabra del cuerpo.

—Pero finalmente traicionó a Griffin, ¿eh? —inquirió el abogado.

—Sí. ¡Tiene gracia! Está prendada de su hija. Creyó que podía procurarle una buena alianza, y por ello encubrió a Griffin, mas al comprender que él había caído en poder de la justicia y que no se sacaría nada de su crimen, y además, que si sigue mintiendo llevarían a su hija a presidio, le ha denunciado. Después de todo, ella es la única que conoce los hechos.

—¿Y qué hay de Eva Belter? —preguntó Mason.

—Aquí tengo la orden de *habeas corpus* que pedí para ella.

—No es necesario; creo que la pusieron en libertad a las siete de la mañana de hoy.

—¿Crees que vendrá a verte?

Mason se encogió de hombros.

—Si es agradecida... —repuso—. Pero quizá no sienta agradecimiento. La última vez que la vi me maldijo.

La puerta de la calle sonó como si alguien hubiera penetrado en

el antedespacho y después repitióse el *clic*.

—Yo creí que estaba cerrada con llave —observó Drake.

—Quizá sea el portero...

Drake abandonó su asiento; en dos zancadas llegó a la puerta del despacho, abrióla, asomó la cabeza y se sonrió.

—¡Hola, miss Street!

—¡Buenos días, míster Drake! —repitió la voz de Della desde fuera—. ¿Ha venido ya míster Mason?

Drake consultó su reloj y después comentó mirando a su amigo:

—¡Caramba! Tu secretaria comienza temprano su labor.

—Pues, ¿qué hora es?

—Aún no han dado las ocho.

—Lamento que venga tan pronto, pues no quiero molestarla. Ha trabajado mucho en este asunto. Por ello he escrito a máquina la solicitud para el *habeas corpus*. Pensaba llevarla a la firma esta misma noche.

—Pues ya no la necesitas, desde el momento en que han puesto en libertad a mistress Belter.

—Es preferible tener una cosa que no tenerla cuando es menester —dijo sombríamente Mason.

Una vez más se abrió y cerró la puerta de la calle y en el silencio reinante, llegó el sonido hasta el despacho que ocupaban los dos hombres. Oyeron una voz masculina y a continuación el timbre del teléfono instalado sobre la mesa escritorio. Tomó Mason el auricular y la voz de miss Street le notificó:

—Aquí está míster Harrison Burke. Quiere verle. Dice que desea hablarle de un asunto importante.

Aún no se había iniciado el tráfico en la calle, por lo que Drake oyó claramente aquellas palabras.

—Me voy, Patricio —dijo puesto en pie—. Vine a enterarte de la detención de Griffin y del retorno de tu cliente a la libertad.

—Gracias, Pablo —replicó el abogado, y después agregó señalándole una puerta que conducía directamente al pasillo—: Sal por ahí, ¿quieres?

Y el detective obedeció. Franqueó los umbrales mientras Mason ordenaba a Della:

—Que pase. Drake se marcha.

Un momento después entraba Burke en la habitación, hecho un

caramelo.

—¡Maravillosa labor la suya, míster Mason! ¡Es un trabajo propio de un gran detective! Acabo de leer las alabanzas que le dedica la Prensa. Según ésta, Griffin confesará antes de mediodía su delito.

—Lo ha confesado ya. Siéntese.

Burke demostró cierto azoramiento, acercó una silla a la mesa y tomó asiento.

—El fiscal —explicó Mason— ha estado muy atento, y me ha prometido no revelar a la Prensa el episodio de Beechwood Inn, conocido únicamente de esa hoja escandalosa.

—¿Se refiere al *Spicy Bits*?

—Naturalmente.

—Bueno, ¿y qué se le ofrece?

—Pues vengo a pedirle que se asegure de que no hablará del caso.

—Para esto es mejor que se dirija a Eva Belter, puesto que va a ser dueña de los bienes de Belter.

—Pero, ¿y el testamento?

—No impedirá que lo sea. Según las leyes vigentes en este Estado, una persona no puede heredar de otra a quien haya matado por su propia mano. Eva Belter no puede impugnar el testamento que la deshereda, pero como Griffin mató a Belter, Eva queda, en calidad de esposa, como única heredera legal.

—Entonces, ¿administrará y dirigirá el *Spicy Bits*?

—Precisamente.

—Comprendo —Burke unió los dedos de ambas manos por sus extremos—. ¿Sabe usted qué pena le alcanza?

—Hace una hora que ha sido puesta en libertad.

Burke dirigió una ojeada al teléfono.

Mason empujó el aparato hacia Burke.

—Antes diga a mi secretaria que le ponga en comunicación con la persona que desea —observó.

Burke hizo un gesto de asentimiento y tomó el receptor con el aire de serena dignidad que asumía en ocasiones como si se pusiera en posición para retratarse. Dio un número a miss Street y aguardó pacientemente. Después de un momento oyóse hablar al otro lado de la línea, y Burke inquirió:

—¿Está ahí mistress Belter?

Tornóse a oír un murmullo por el auricular.

—Bueno. Dígale —explicó con voz untuosa Burke— de parte del zapatero que ya ha recibido los zapatos que desea y que pase a verlos cuanto antes.

Sonrióse, inclinó varias veces la cabeza ante el aparato, como dirigiéndose a un auditorio invisible y después colgó el auricular con precisión meticulosa.

—Gracias, amigo —dijo a Mason—. No puedo expresarle con palabras lo agradecidísimo que le estoy. Mi carrera estaba a punto de naufragar y sus esfuerzos han evitado un grave daño.

Mason le respondió con unos gruñidos inarticulados.

Alisóse el otro los pantalones, tiró del chaleco y puesto en pie dijo con voz sonora y ampulosa:

—Cuando se dedica uno en cuerpo y alma a laborar en pro de la sociedad, tiene naturalmente enemigos que recurren a todos los medios para conseguir sus fines. Así, cualquier indiscreción que uno cometa, se aumenta y se da a la publicidad, interpretándola torcidamente. Yo he servido bien y fielmente al público...

Mason se alzó tan bruscamente de la silla, que su respaldo fue a chocar contra la pared.

—Ahórrese lo que sigue —observó— y coloque el disco a quien lo quiera oír. Eva Belter me dará cinco mil dólares como pago por mi trabajo. Pues bien, voy a sugerirle que le haga pagar a usted la mitad, sobre poco más o menos de esta cantidad.

El acento salvaje con que se expresaba hizo retroceder al político.

—¡Pero, amigo mío, querido amigo! —protestó—. ¡Usted no es mi abogado! Acusaban a mistress Belter de un asesinato, error que ha podido acarrearle las más funestas consecuencias y por esto la ha representado. Yo me vi envuelto incidentalmente en el caso y como amigo suyo...

—Ya he notificado el consejo que pienso dar a mi cliente —replicó insensible Mason—. Recuerde que ahora es la propietaria del *Spicy Bits*, y que de ella depende lo que éste publique. Pero..., no quiero detenerlo por más tiempo, míster Burke.

El político tragó saliva, quiso decir algo, lo pensó mejor, levantó una mano, mas sorprendiendo a tiempo el fulgor que despedían las

pupilas de Mason, tornó a bajarla y respondió:

—Sí, en efecto. Celebro que me lo recuerde. Vine sólo un momento. No quería dejar de expresarle mi agradecimiento.

—No vale la pena, gracias. Y... por esta puerta se sale al corredor —terminó, cambiando de tono.

Desde su asiento contempló la espalda del político mientras franqueaba el umbral del despacho y salía al pasillo, y después de cerrada la puerta, todavía permaneció mucho tiempo con los fríos ojos hostiles clavados en ella.

La puerta del antedespacho abrióse sin ruido, y junto a ella detúvose Della Street, mientras estudiaba el perfil del abogado. Observando que no la había visto, ni percibiendo siquiera el rumor de sus pasos, se le aproximó en silencio. Sus ojos se inundaron de lágrimas al poner ambas manos sobre los hombros de él.

—Perdón —dijo—. Siento haberle juzgado tan severamente.

Mason se sobresaltó al oír su voz, volvióse y reparó en los húmedos ojos. Ambos se miraron en silencio. Della agarrábase frenéticamente a sus hombros, como dominada por el temor de que se lo arrancasen de los brazos.

—Debí comprenderlo en seguida, jefe. Por esto, al leer los periódicos de la mañana, me he sentido tan humillada, que...

Los largos brazos de Mason rodearon sus hombros y la estrecharon contra su pecho.

—Olvídelo, pequeña —le dijo con áspera ternura.

—¿Por qué no te explicabas? —inquirió ella con voz ahogada.

—Porque lo que precisamente me dolía más —dijo él escogiendo con cuidado las palabras— era tener que justificarme.

—¡Oh, nunca, nunca, mientras viva, volveré a dudar de ti!

Alguien tosió en la puerta. Eva Belter acababa de entrar, sin ser vista, en el despacho.

—Perdón si les interrumpo —observó con acento glacial—. Pero deseaba ver a míster Mason.

Della se arrancó de los brazos del abogado, con las mejillas encendidas, y contempló a Eva con ojos airados.

Mason, en cambio, la miró fijamente, sin turbarse lo más mínimo.

—Adelante. Entre y tome asiento —le indicó fríamente.

—Antes —repuso ella con acento agrio— quítese de la boca la

señal que le ha dejado el carmín.

Mason replicó siempre imperturbable:

—Puesto que está aquí, aquí se quedará. ¿Qué es lo que desea?

Suavizóse la expresión de los ojos de Eva y se aproximó a él.

—Vengo a decirle que le he juzgado mal y que significa mucho para mí...

Mason se volvió a Della.

—Della, abra los cajones de esos armarios —le ordenó.

La secretaria le miró sin comprender.

Mason le indicó con el dedo los armarios de acero.

—Abra un par de cajones —dijo.

La muchacha obedeció. Los cajones estaban repletos de carpetas llenas de legajos.

—¿Ve esos cajones? —preguntó a Eva.

Eva Belter los miró, frunció el ceño e hizo un gesto de asentimiento.

—Bueno, pues son distintos casos. Cada uno de ellos representa un caso y los cajones de esos armarios están llenos de otros iguales. Son casos criminales en los que he intervenido.

»Cuando haya concluido el suyo, lo tendré ahí archivado en carpetas, del mismo tamaño que las demás y la consideraré igualmente importante. Miss Street le dará un número y más adelante si algo le sucede, y desea consultar su legajo, le dará a Della otro número igual, y ella me buscará su caso en el archivo.

Mistress Belter arrugó el entrecejo.

—¿A qué viene esta explicación? —inquirió—. ¿No se encuentra bien? ¿Qué sucede?

Della Street recorrió la distancia que separaba los archivos de la puerta del antedespacho, salió sin hacer ruido, y cerró la puerta. Mason repuso mirando fijamente a su cliente:

—Le explico esto para que comprenda lo que representa en este despacho. Es usted un caso y nada más que un caso. Ya me ha pagado en parte mi trabajo; pero todavía tiene que darme cinco mil dólares. Le aconsejo que haga pagar a Burke dos mil quinientos, por lo menos.

Temblaron los labios de mistress Belter.

—Vine a darle las gracias. Créame, esta vez soy sincera, me impulsa a ello el corazón. En un principio representé un papel;

ahora se acabó. Ya no hago más comedia. Y le estoy tan agradecida, que haré cualquier cosa por usted. Tiene mucho talento, un maravilloso talento, y he venido a decírselo. No me trate como si fuera un animal de laboratorio.

Esta vez brotaron lágrimas verdaderas de sus ojos y le miró tristemente.

—Aún tenemos que hacer muchas cosas —dijo él—. Ante todo ver si acusan a Griffin de crimen premeditado, para que no herede. En esto quedará usted al margen de la cuestión, pero no inactiva. Ahora no le resta a Griffin más dinero que el que había dentro de la caja fuerte de su tío y hemos de procurar que no se lo quede. Le digo esto para que no crea que todavía puede manejarse sin mí.

—¡Oh, no he dicho eso! ¡Ni he querido decirlo, ni siquiera lo he pensado! —repuso rápidamente Eva.

—Bien, pero es conveniente que lo sepa.

Dieron un golpecito en la puerta del despacho.

—¡Adelante!

Abrióse ésta, y Della Street penetró, deslizándose como una sombra en la habitación.

—¿Puede encargarse hoy mismo de un nuevo caso? —inquirió solícita mirando los cargados ojos de Mason.

Él meneó la cabeza, como queriendo quitarse de encima una niebla mortal.

—¿Sabe de qué se trata? —interrogó a Della.

—No. La nueva cliente es una muchacha lujosamente vestida y guapísima. Parece de buena posición. Está muy afligida, pero es reservada.

—Debe ser intratable, ¿eh?

—No, sino desgraciada.

—Vaya, veo que le ha caído en gracia —observó riendo Mason—. De lo contrario diría que es intratable. ¿Qué le dice el corazón, Della? ¿Le habla esta vez como en el caso de nuestra última cliente? —añadió señalando a mistress Belter.

Della la miró un instante y en seguida apartó la vista.

—Esta nueva cliente —observó pausadamente— está muy agitada, en su interior, quizá furiosa, mas es una señora, demasiado señora si no me engaño. Es..., bueno, quizá sea algo intratable.

Mason lanzó un hondo suspiro. El airado fulgor se extinguió

poco a poco en sus pupilas y sucedió a él una expresión de interés pensativo. Limpióse los labios con el dorso de la mano y sonrió a Della.

—Dígale que entre en cuanto vea salir de aquí a mistress Belter, lo cual —añadió— será muy pronto.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los seudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M.

Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los

casos en los que intervino, excepto uno (*El caso de la mecanógrafa aterrorizada*).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el seudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

## Notas

[1] Moneda de níquel de cinco centavos, que se echa en el teléfono público. < <